



Griselda Gambaro

**La malasangre
y otras obras de teatro**

CLÁSICOS®



loqueleg®

LA MALASANGRE
Y OTRAS OBRAS DE TEATRO

D. R. © del texto: Griselda Gambaro, 1974, 1984, 1994

D. R. © del estudio: Alicia Stacco

D. R. © de la fotografía de cubierta: Santiago Bubis

D. R. © Ediciones Santillana S. A., 2016

D. R. © Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2022

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-607-8842-73-5

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx

 **SANTILLANA**

La malasangre y otras obras de teatro

Griselda Gambaro

Estudio de
Alicia Stacco

loqueleo®

[A título personal]

Por Griselda Gambaro

Hablar de teatro me impone forzosamente hablar de mí misma, no tanto por soberbia, o quizás sí, un poco, sino porque en términos exactos no soy una estudiosa del teatro sino una dramaturga cuya relación con él tiene que ver fundamentalmente con mis propias obras, con el camino que esas obras recorrieron dentro y fuera del escenario.

Mi camino hacia la literatura teatral empezó insólitamente por la narrativa. Y digo que empezó por la narrativa porque en ese género —leyendo y escribiendo narrativa— aprendí el valor de la buena escritura; sólo tuve que saber después que en el teatro debía tener un plus que era el de sostener la acción dramática, el de ser ella misma acción dramática. Para quienes escribimos dramaturgia, la estructura verbal posee la misma densidad que la estructura dramática, guarda con ésta una relación recíproca e ineludible.

Hasta hoy, de modo continuo, alterno la narrativa con la dramaturgia. Una o dos obras teatrales me imponen un paréntesis en el que escribo narrativa —novelas o cuentos— y me olvido casi totalmente del teatro. En esos momentos, ante los otros, sólo simulo ser una escritora de

teatro. Naturalmente, cuando escribo teatro, la narrativa queda silenciosa, aunque en acecho. Nunca sé por qué una situación, una imagen se me presenta para ser desarrollada con la exigencia del espacio, de la corporeidad, de la voz, del tiempo acotado de la representación teatral, o me pide la escritura más lenta, más introspectiva diría, de la narrativa.

Yo agradezco poder saltar de un género a otro, de una forma a otra. Las dos me han dado ocasión para gratitudes diferentes, no sólo porque ambas me han permitido ejercer prácticas creativas que me resultaban necesarias, sino también porque así he podido acceder a dos espacios públicos: el del lector, el del espectador. Bien sabemos que el espectador es también un posible lector, pero será siempre un lector particular. Ni aun leyendo a Shakespeare podrá entregarse solo a su magia verbal, a la inagotable sucesión de metáforas y analogías de su lenguaje. Si quiere leer bien deberá estar disponible, por lo menos, a una de las infinitas puestas en escena que propone el texto.

Los dos espacios públicos a los que he accedido devuelven la misma respuesta, aunque sea diferente su manifestación: la de los espectadores, exteriorizada en el aplauso, inmediata y presente; y la del lector de una obra narrativa, dilatada en el tiempo y distante por la lectura solitaria. Sin embargo, al término, ambos devolverán la misma respuesta no obstante de las diferencias de recepción: ese lector aislado, si la obra es perdurable, se multiplicará en una presencia más silenciosa que la del público de teatro, pero igualmente colectiva.

Por otra parte, si la literatura me enseñó inicialmente el valor de la buena escritura, la literatura dramática me

enseñó a escribir para el teatro cuando me descubrió la manera, la técnica, los matices, la palabra de la especificidad teatral.

Diría que mi método de trabajo se apoya en la observación, no parte del contacto con actores o directores, de ver teatro asiduamente —de hecho lo frecuenté poco en mis primeros años de juventud—, o de aprender en el escenario mismo. Pero bien está dicho que cada autor busca la preceptiva que le conviene y que las formas de acercarse a un arte, a la dramaturgia en este caso, son infinitas si están amparadas por el deseo de morder su médula.

En ese trabajo en soledad, en esa creación a través de la página escrita, yo soy la autora y también los personajes, el escenario, la escenografía, incluso la música y las alternativas del clima con lluvia o en bonanza. Soy todo esto y al mismo tiempo organizo escrupulosamente mi propia puesta en escena. Soy la primera realizadora de mis obras. Pero una realizadora cuya puesta en escena sólo ella ve, desdoblada en una espectadora ideal; en la omnipotencia que le brinda escribir un texto puede creer que produce un fenómeno teatral, pero una vez escrito se da cuenta de que sólo tiene un texto, sólo hipotéticamente le pertenece una parte del fenómeno, que exige para su concreción el trasvasamiento a una forma corpórea. Y esto es aplicable a cualquier texto dramático, que no es, como censuraba Tadeusz Kantor, "algo listo y cumplido", sino flexible e inacabado, por más perfecta que sea su expresión literaria.

Como dije ya, lo que me acercó al teatro fue la gran literatura dramática, esos autores que leí cuando ignoraba mis propias expectativas: Shakespeare, Lope de Vega, Chejov, Pirandello, O'Neill y, por supuesto, los argentinos

como Armando Discépolo y otros que fueron audaces en la Argentina para su época, como Defilippis Novoa en alguna de sus piezas y Roberto Arlt.

Esa literatura —cuya diferencia con otras formas literarias, como la novela o la poesía, es obviamente su necesidad de la escena— me llevó al teatro. Y lo que me salvó, creo, de ser discursiva o farragosa contando con una preparación tan literaria es que al escribir mis piezas siempre he tenido presente, de modo instintivo y cognoscitivo a la vez, esa necesidad propia de la escritura teatral.

* Fragmento de la conferencia cuyo título propuesto por la Universidad de Cuenca fue “Mis aportes al teatro”. Universidad de Cuenca, Madrid, 1998. Publicado en Griselda Gambaro, *El teatro vulnerable*, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de Ediciones, Buenos Aires, 2014.

La malasangre

Escena I

Un salón hacia 1840, las paredes tapizadas de rojo granate. La vestimenta de los personajes varía también en distintas tonalidades de rojo. Una gran mesa de roble lustrado, enteramente vacía, un sofá, tres sillas de alto respaldo y un pesado mueble, aparador o cómoda, con candelabros. Un piano en un extremo. Dos puertas laterales y a foro una ventana con cortinas.

El PADRE, que viste de rojo muy oscuro, casi negro, está de pie, de espaldas, enteramente inmóvil, y mira hacia abajo a través de los vidrios de la ventana.

Después de un momento, entra la MADRE. Trae una bandeja con un botellón de cristal y dos copas.

MADRE. — Acá está el vino. (Con una sonrisa tímida) Te lo quise traer yo.

PADRE. — Te lo agradezco. (Una pausa. Secamente) ¿Por qué dos copas? ¿Quién bebe conmigo?

MADRE. — Pensé...

PADRE. — Mejor que no pienses. (La Madre deja la bandeja sobre la mesa. El PADRE vuelve a mirar por la ventana, el rostro ácido y malhumorado) Ninguno

me gusta. Ninguno me gusta de todos esos. No hay uno que valga nada. Creen que van a venir acá y que soy ciego y tonto.

MADRE. — (*se acerca y mira con él*) El tercero...

PADRE. — (*fríamente*) El tercero, ¿qué?

MADRE. — Parece agradable.

PADRE. — (*oscuro*) Sí.

MADRE. — (*pierde seguridad*) Va a estar en la casa.

PADRE. — Sí. ¿Y con eso?

MADRE. — (*tímidamente*) Es mejor que sea agradable, ¿no?

PADRE. — Sí. Y también parece inteligente, (*la remeda*) ¿no?

MADRE. — (*insegura*) No sé.

PADRE. — ¿Y qué otras condiciones tiene? (*Le toca un seno groseramente*) Mi mujercita sagaz.

MADRE. — (*se aparta*) Benigno, por favor.

PADRE. — (*la rodea con un brazo, la hace mirar por la ventana. Con dulzura*) Miremos juntos. Dos ven más que uno. ¿Qué más ves?

MADRE. — Tiene aspecto... (*Se interrumpe*)

PADRE. — Sí.

MADRE. — Es muy atildado.

PADRE. — Querés decir buen mozo.

MADRE. — No. Que está bien vestido. Con guantes... rojos.

PADRE. — ¡Qué vista penetrante! ¿Y qué más ves? Estuve atinado en pedirte que miráramos juntos.

MADRE. — (*insegura*) Y... y no veo más.

PADRE. — Sí. Ves más. ¡Te gusta la cara! (*La empuja brutalmente*) ¡Fuera!

MADRE. — ¿Pero por qué?

PADRE. — ¡Solo mi cara tenés que mirar, puta!

MADRE. — Te miro, ¡y no me insultes!

PADRE. — *(como si hubiera oído mal, se toca la oreja.*

Mira a su alrededor, divertido) ¿Qué? Yo dicto la ley.

Y los halagos. Y los insultos. Dije lo que dije, y lo puedo repetir. *(Muy bajo)* Puta.

MADRE. — Te pedí que no me insultes.

PADRE. — ¿Por qué?

MADRE. — Por respeto.

PADRE. — *(como siguiéndole el juego, alarmado)* ¡Y pueden oír!

MADRE. — Sí.

PADRE. — No. Lo dije muy bajo. ¡Y lo puedo gritar alto!

Nadie oye lo que yo no quiero. Oyen, pero no entienden. ¡Fuera, fuera de aquí!

MADRE. — *(se aleja hacia la puerta, se vuelve. Suavemente)* Te odio.

PADRE. — *(se dirige hacia ella)* ¿Qué?

MADRE. — No quise decirlo.

PADRE. — ¿Qué? *(Le toma el brazo, como si quisiera hacerle una caricia. Pero después de un momento se lo tuerce)* ¿Qué? Yo tampoco entiendo lo que no me gusta oír. *(Le tuerce más el brazo)* ¿Qué?

MADRE. — *(aguanta el dolor, luego)* Te amo.

PADRE. — *(dulcemente)* ¡Después de tanto tiempo! Otra vez...

MADRE. — *(guarda silencio un momento, luego, como el PADRE acentúa la presión)* Te... amo.

PADRE. — *(la suelta, la besa en la mejilla. Con naturalidad)* Gracias, querida. Ahora dejame. Hace frío en el patio. Deben de estar congelados. No quiero que esperen más. *(La MADRE sale. El PADRE toca el cordón*

del timbre. Mira por la ventana. Se asoma FERMÍN. Es alto y robusto, se advierte que entre el PADRE y él hay una especie de complicidad, de acuerdo tácito en sus respectivos roles)

FERMÍN. — ¿Señor?

PADRE. — (*mira por la ventana*) El tercero que se vaya. Hace frío.

FERMÍN. — Sí, señor.

PADRE. — ¡Fermín! Si tarda, podés empujarlo.

FERMÍN. — (*como siguiendo un juego*) ¿Cómo sé que tarda? ¿Debe correr? (*El PADRE se encoge puerilmente de hombros. FERMÍN, con una sonrisa*) Lo haré, señor. (*Sale*)

PADRE. — (*mira por la ventana*) Tomaste frío tontamente. Se va a mirar en el espejo y desconfiará de su cara o de sus uñas roñosas bajo los guantes. (*Se vuelve. Infantil*) ¿Qué hice, qué hice? ¿Por qué me echan? Yo estaba ahí en la fila, ¡buenito! ¡Y me compré guantes rojos! (*Mira*) ¡No con tanta brusquedad, Fermín! ¡Qué bruto es! (*Ríe espasmódicamente, se atora. Ácido*) Ninguno me sirve de todos esos. El primero demasiado orgulloso, el segundo demasiado alto, el tercero no está, el cuarto... Y ese que sale de la fila, ¿cómo se atreve? ¿Es que “yo” dije que podían saltar como canguros para entrar en calor? (*Mira algo que lo sorprende, se vuelve*) ¡Oh! ¡Oh, oh, Dios mío! (*Ríe espasmódicamente, con alegría. Sacude el cordón del timbre*) Dios mío, te agradezco: Te agradezco la consideración a mis deseos, yo pecador. (*Canturrea*) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (*Se asoma FERMÍN*) El que da vueltas... El que menos luce...

FERMÍN. — ¿Lo echo a patadas?

PADRE. — ¡No! Tráelo aquí.

FERMÍN. — ¿Los otros?

PADRE. — Que esperen. El frío es sano. Baja los humos. (*FERMÍN sale. El PADRE se sirve vino y bebe. Contento*) Veremos si con este ocurre lo mismo. (*Ríe espasmódicamente. Canturrea*) La madre se me calienta, la hija se me enamora...

FERMÍN abre la puerta a RAFAEL, quien entra y se inclina. Viste un traje de tela liviana, está amoratado de frío. Tiene rostro muy hermoso, sereno y manso. Su espalda está deformada por una joroba y camina levemente inclinado.

PADRE. — (*con una sonrisa cordial*) Adelante. (*Avanza hacia RAFAEL. No le da la mano. Lo rodea y le mira la espalda. Ríe con su risa espasmódica*) Sí... Es contrahecho...

RAFAEL. — Señor...

PADRE. — Estará bien con nosotros. Como ve, tengo buen carácter. (*RAFAEL sorbe*) Hacía frío afuera, ¿no? Me levanté tarde, la cama estaba caliente. Por eso esperaron tanto. Pero acá no. No hace frío. ¿O sí?

RAFAEL. — No... No, señor, no hace frío.

PADRE. — (*tímido*) Quiero pedirle... (*Se interrumpe*)

RAFAEL. — ¿Qué?

PADRE. — No lo tome a mal. Soy brusco, nadie me quiere, pero no se puede pedir a la gente que lo quiera a uno. Si no hay un interés... Usted tiene un interés.

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — Entonces... no digo amor, pero comprenderá.

RAFAEL. — (*no entiende*) Sí, señor.

PADRE. — *(en un arranque)* ¡Bueno, se lo pido! *(Se queda en silencio, inmóvil. Luego camina nervioso. Se detiene, mira a RAFAEL como si esperara algo)*

RAFAEL. — A sus órdenes.

PADRE. — ¡Es lo que quería oír! ¡Después no se queje! *(Ríe, nervioso y espasmódico. Una pausa. Luego, tierno y casi lascivo)* Desnúdese.

RAFAEL. — ¿Qué?

PADRE. — ¡Dijo que sí, dijo que sí!

RAFAEL. — *(retrocede)* No...

PADRE. — Vamos... Entre hombres. Mi mujer quería quedarse, pero la eché.

RAFAEL. — ¿Por qué?

PADRE. — ¿Por qué la eché?

RAFAEL. — No. Por qué usted quiere...

PADRE. — ¡Nunca vi! *(Ríe, se atora)*

RAFAEL. — *(humillado)* No soy una curiosidad.

PADRE. — Yo tampoco. Y me desnudo. ¡Solo cuando me baño! *(Tierno y confidencial)* A oscuras. Lo otro a oscuras. Con un agujero en el camión. *(Ríe, se tapa la boca, con vergüenza)*

RAFAEL. — No puedo. *(Saluda inclinándose y se aleja hacia la puerta)*

PADRE. — ¡Señor! *(RAFAEL se vuelve)* ¿Vio cuántos esperan en el patio?

RAFAEL. — Sí.

PADRE. — Una larga fila. Muertos de frío. Saben que mi casa es rica, que mi trato es bueno. Y yo los miré, hace rato que los miro, y cuando apareció usted dije: ese. Ese.

RAFAEL. — ¿Por qué?

PADRE. — (*remeda*) ¿Por qué, por qué? Por su linda cara.
(*Se acerca y le da vueltas alrededor*) Y es limpio.
(*Le pasa el pulgar por la mejilla*) Afeitado. (*Señala la joroba*) ¡Pero esto! ¿Me deja... tocarla? Da suerte.
(*Ríe*) ¡Hombre afortunado!

RAFAEL. — (*pálido de humillación*) Soy un buen profesor.

PADRE. — (*suavemente*) Lo veremos. (*Ansioso*) ¿Me permite?

RAFAEL. — No.

PADRE. — (*se acerca a la ventana, aparta la cortina y mira*) Llueve. Y no se van. Ni se guarecen bajo el alero. Disciplinados y en fila. Saben hacer buena letra. Saben que todo camino empieza con la buena letra.
(*Se vuelve hacia RAFAEL*) Pero yo ya elegí. A usted.

RAFAEL. — Soy un buen profesor.

PADRE. — (*blandamente*) Eso cuenta también. Desnúdese.
(*Ríe*) Hasta la cintura. Más no. (*Le toca la ropa*) Limpia, pero raída. Liviana. Afeitado, pero macilento. Eso se llama hambre. Y no todos, en esta ciudad (*ríe*), quieren tener a un contrahecho en casa. Pero yo sí. Y no será un criado. Tendrá cuarto aparte. Se sentará a la mesa con nosotros. Y comerá. Nos trataremos de igual a igual.

RAFAEL. — Gracias.

PADRE. — Váyase, si quiere.

Un silencio. Se oye la lluvia.

RAFAEL. — No quiero irme.

PADRE. — ¡Trato hecho! Ordenaré que se vayan los otros.
Carece de sentido hacerlos esperar. (*Sacude el cordón del timbre*) Llueve mucho y el puesto está tomado.

FERMÍN. — (*en la puerta*) ¿Señor?

PADRE. — El puesto está tomado.

FERMÍN. — Me alegro, señor. (*Una pausa*) ¿Me necesita?

PADRE. — ¿Yo?

FERMÍN. — Usted llamó, señor.

PADRE. — ¿Que yo llamé? No me acuerdo qué quería.
¿Qué quería?

FERMÍN. — Ya entramos las jaulas con los pájaros.

PADRE. — ¡Ah! ¡Eso! ¡Llueve tanto!

FERMÍN. — Usted sabe que a los pájaros los cuido. No debiera preocuparse, señor.

PADRE. — Gracias, Fermín. (*FERMÍN se retira. PADRE sonríe a RAFAEL*) Debiera preguntarle qué materias enseña.

RAFAEL. — Francés y latín, señor. Botánica, matemáticas.

PADRE. — ¿Matemáticas también? ¡Soberbio! A mí me enseñará matemáticas, las niñas solo necesitan saber que dos más dos son cuatro. (*Vagamente lascivo*) ¿Y... y lo que le pedí...? (*Bajo*) Desnúdese.

RAFAEL. — ¿Para qué?

PADRE. — (*bromista*) Para saber si no miente.

RAFAEL. — No miento. (*Con una sonrisa crispada*) Tengo joroba desde la infancia. Mi padre quizás fue jorobado también... Nadie pudo decirme cómo la conseguí. Si usted quiere, puede tocarla.

PADRE. — (*seco*) No a través de la ropa.

RAFAEL. — No... puedo.

PADRE. — (*dulce y ansioso*) Quiero verla. Por favor.

RAFAEL lo mira fijamente. Después, con lentitud, se deshace el nudo de la corbata, se quita la chaqueta, la camisa.

PADRE. — (*se acerca y observa con curiosidad, como a un animal extraño*) Nunca había visto. ¿Es un hueso?

RAFAEL. — (con mortificación) Hueso y carne.

PADRE. — Es muy lisa.

RAFAEL. — Sí, muy lisa.

PADRE. — (tiende la mano con asco, toca apenas) Es la primera vez que veo, que toco. Me da asco. Fuerte, compacta. ¿No le pesa? Pobrecito, debe pesarle. Como cargar una bolsa con piedras. Siempre. Cuando duerme y come y camina. Y... hace el amor.

RAFAEL. — No.

PADRE. — (ansioso) ¿No hace el amor?

RAFAEL. — No me pesa.

PADRE. — Los genes se acoplaron mal. (Se tienta. Ríe espasmódicamente) ¡Qué capricho! (Se despereza, enderezando su espalda) Cúbrase. ¡A ver si se le resfría! (Ríe) Brindemos. Lo acepto. (Sacude el cordón del timbre. Sirve dos copas. Tiende una a RAFAEL, quien se está vistiendo torpemente. Espera con la copa tendida. Risueño) Ligerito... Al amo no se lo hace esperar. (RAFAEL toma la copa, nervioso, intenta beber, se la tira encima. El PADRE lo observa, ríe) Casi perfecto. (Canturrea) La madre se me calienta, la hija se me enamora... (Un poco antes ha entrado FERMÍN, respondiendo al llamado. Con curiosidad burlona ha observado los gestos torpes de RAFAEL.)

FERMÍN. — La corbata, señor, ¿se la anudo?

RAFAEL. — No, gracias.

PADRE. — (a FERMÍN) Que vengan las damas. Está el profesor. (Sale FERMÍN) Usted jamás hubiera pensado tener tanta suerte... Ni le pido referencias. Suerte, ¿eh? ¿Y por qué?

RAFAEL. — No sé, señor. Se lo agradezco.

PADRE. — ¡Su joroba! ¡Muchacho, le da suerte! (*Ríe*)

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — (*se asoma a la ventana*) Lluve. Dicen que en estos tiempos nadie es capaz de obstinarse en nada. (*Ríe*) ¡Pero esos de ahí abajo! ¡Qué buena madera! La necesidad es la mejor obstinación... Esperan y no se convencen... ¡de que ya están sonados!

Entran DOLORES y la MADRE. DOLORES es una hermosa muchacha de veinte años, de gestos vivos y apasionados, y una especie de fragilidad que vence a fuerza de orgullo, de soberbio desdén.

PADRE. — Mi mujer, mi hija Dolores. (*A RAFAEL*) ¿Cuál es su nombre?

RAFAEL. — Rafael Sánchez.

PADRE. — Rafael, digamos. (*A DOLORES*) Te enseñará latín y francés. Botánica. ¿Sabés lo que es botánica?

DOLORES. — Sí.

PADRE. — Cómo son las hojitas y los árboles y los pajaritos en los árboles. (*Alusivo*) ¿Te lo enseñaba el otro? (*DOLORES le vuelve la espalda*) Y dibujo. (*A RAFAEL*) ¿Dibujo sabe?

RAFAEL. — Sí, señor.

PADRE. — ¡Una alhaja! Dolores, podés darle la bienvenida. (*A RAFAEL*) Estaba muy encariñada con su viejo profesor. Bueno, no tan viejo, ¿no?

DOLORES. — (*lo mira desafiante*) No.

MADRE. — (*tímidamente*) No estuvo mucho tiempo...

PADRE. — (*la hace callar con una mirada*) Ese es el peligro. Si son viejos son ñoños, y si son jóvenes son aprovechados. Pero algunos ya entran con el pie

torcido en la vida, o la espalda (*festeja riendo con una corta risa que interrumpe cubriéndose la boca*) y no son peligro para nadie. (A la MADRE) Traete tu bordado y sentate allí. (*Le señala el sofá*) Pero te autorizo a ausentarte. (*Ríe espasmódicamente y sale*)
DOLORES *mira a RAFAEL, seria e inamistosamente.*

MADRE. — (*con una sonrisa torpe*) Bienvenido. Estará cómodo con nosotros. Dolores es...

DOLORES. — (*la interrumpe, secamente*) Como soy.

MADRE. — Siéntese.

RAFAEL. — Gracias. (*Pero no lo hace, ya que DOLORES y la MADRE están de pie*)

DOLORES. — (*lo mira. Después de un silencio*) Es mejor morir de hambre que aceptar lo que no merecemos.

RAFAEL. — Soy un buen profesor.

DOLORES. — O lo que merecemos por taras.

MADRE. — (*confusa*) No le haga caso. Siéntese. (*Se sienta. RAFAEL hace lo mismo*) ¿Comerá con nosotros? (*Teme haber hablado de más. Se levanta. RAFAEL hace lo mismo*) O... tal vez con los criados. Pero la comida es buena. La misma. Sin vino.

RAFAEL. — Comeré con ustedes, señora. El señor ha tenido esa bondad.

DOLORES. — ¡Qué extraordinario! Papá es demasiado bondadoso. (*Con una sonrisa torcida*) Ya lo verá usted. Una bondad desbordante como un río... (*borra la sonrisa*) que ahoga. Mamá, te mandaron a buscar tu bordado. Y todavía estás acá. ¡Vaya, perrito!

MADRE. — ¡Dolores!

DOLORES. — Y después venga, pero no habrá peligro. Lo dijo papá (*mirando a RAFAEL*) ¡y es cierto!

MADRE. — (*torpe, a RAFAEL*) En seguida vuelvo. Si quieren empezar... (*Sale*)

DOLORES. — (*furiosa, va hacia el gran aparador, abre un cajón. Saca cuadernos, libros, una carpeta con dibujos. Arroja todo sobre la mesa*) ¡Acérquese!

RAFAEL. — No sabía que tenía otro profesor. Entonces seguiremos...

DOLORES. — ¡Nada! Tenía otro, ¡con la espalda derecha! (*Una pausa*) Perdóneme. Quería decir... que no era servil.

RAFAEL. — Yo tampoco. (*Una pausa*) O sí. (*Como ella lo mira, burlona*) No hay límites muy claros, señorita.

DOLORES. — Para algunos. (*Abre la carpeta*) Acérquese. Esto es lo que dibujo. Nada torpe, ¿no?

RAFAEL. — (*mira*) No. Está muy bien.

DOLORES. — Tengo talento.

RAFAEL. — Diría que sí.

DOLORES. — (*ríe*) Me los hacía mi profesor. A mí me tiemblan las manos. Odio el dibujo.

RAFAEL. — Yo haré que a usted le guste.

DOLORES. — ¿Sí? (*Lentamente*) Nadie hace que me guste nada. ¡Nadie hace gustarme nada!

RAFAEL. — Quiero decir...

DOLORES. — Le haré salir canas verdes.

RAFAEL. — ¿Por qué?

DOLORES. — Porque lo eligió mi padre.

RAFAEL. — También al otro.

DOLORES. — Al otro lo elegí yo. Sin mostrar demasiado interés, por supuesto. Duró quince días. Para mí era un viejo, pero a mi padre le parecía buen mozo, sospechaba. (*Ríe, ácida*) No solo de mí, también de mi madre.

RAFAEL. — (*mansamente*) No sospechará conmigo.

DOLORES. — (*lo mira*) No. Es evidente.

RAFAEL. — No me agradea.

DOLORES. — ¿Yo? No me tomo el trabajo. Usted ya está agredido por naturaleza. (*Como RAFAEL va a hablar*)
¡No me conteste! ¿Quiere vino?

RAFAEL. — No.

DOLORES. — ¿Cómo va a tomar vino sin permiso? Yo sí. (*Se sirve y alza la copa hacia RAFAEL. Con una furia helada*) Brindo por usted. Bienvenido a esta casa. (*Bebe. Arroja la copa contra la pared. Entra la MADRE. Mira con sorpresa. DOLORES, con hipócrita dulzura*) Se me voló la copa, mamá. Quería servirle al profesor y se me voló la copa.

Escena II

RAFAEL y DOLORES en el salón. Están estudiando, con libros y cuadernos sobre la mesa, sentados del mismo lado. Silencio. Se asoma la MADRE. DOLORES la mira fríamente.

MADRE. — *(con una sonrisa incómoda)* ¿Todo bien?

RAFAEL. — Sí, señora. *(Va a incorporarse)*

MADRE. — No, no, me voy. Solo quería saber si necesitaban algo.

DOLORES. — *(con una dulzura venenosa)* No, mamá. Tanta preocupación me conmueve. Estamos estudiando, ¿no ves?

MADRE. — Sí, sí. *(Torpe)* Estudien. Hasta luego... *(Sale)*

DOLORES. — *(la remeda con una sonrisa torcida)* Estudien... Me duele la cabeza. *(Silencio de RAFAEL, los ojos bajos sobre su libro)* Se dice: lo siento o se pregunta si duele mucho. Hay que ser cortés. Me duele la cabeza.

RAFAEL. — *(sin levantar los ojos, neutro)* ¿Mucho?

DOLORES. — Sí, como para no poder escribir.

RAFAEL. — Está progresando muy bien.

DOLORES. — Soy inteligente. (*Arroja el lápiz*) ¡No estoy en vena! (*Se oye afuera el ruido de un carro y de las herraduras de los caballos sobre las piedras. Ambos atienden.* DOLORES) Todas las mañanas pasa. Pero por deferencia hacia mi padre muchas veces no gritan... “melones”.

RAFAEL. — (*sin levantar los ojos*) Sigamos. Si se esfuerza...

DOLORES. — ¡Dije que no estoy en vena!

RAFAEL. — Se añade “or” para el comparativo. Por ejemplo, prudenti, prudentior...

DOLORES. — (*se levanta y lo enfrenta del otro lado de la mesa. Acentúa*) No me importa. No me in-te-re-sa.

RAFAEL. — (*sin mirarla*) Su padre ordenó que la mañana estuviese dedicada al latín.

DOLORES. — ¡Mi padre es un imbécil! ¡Latín! En una ciudad salvaje. La mejor cabeza es la cortada. El mejor ruido es el silencio. Quiere que aprenda latín. ¡Hay que ser imbécil!

RAFAEL. — (*la mira*) Si se niega a estudiar, tendré que decírselo.

DOLORES. — Acá son todos cuenteros. Uno más no desbordará el río.

Se asoma el PADRE. Rápidamente, DOLORES toma una hoja, y luego, tanto ella como RAFAEL, se quedan quietos, como concentrados. El PADRE los mira y lanza su risa espasmódica. RAFAEL saluda y va a incorporarse. Con un gesto de la mano, el PADRE le indica que no, ríe y se marcha.

RAFAEL. — Deberé informarle...

DOLORES. — ¿Y por qué no lo hizo? (*Lo remeda*) Deberé informarle... ¿Y qué hará mi padre? ¿Me pondrá en

penitencia? (*Niega, con una sonrisa burlona*) Le rezongará a usted. Para eso le paga.

RAFAEL. — Siéntese, por favor. (*DOLORES lo mira, finalmente se sienta en su lugar*) Y el superlativo se forma agregando “ssimus”, prudenti, prudentior, prudentissimus. (*DOLORES, con ostensible indiferencia, tararea*) Atiéndame. Me hace el trabajo muy difícil.

DOLORES. — Para eso le pagan.

RAFAEL. — Me pagan para que le enseñe. No para que se burle de mí.

DOLORES. — “Sí” para que me burle de usted. Eso tranquiliza a mi padre. (*Entra FERMÍN. Trae una bolsa granate, que mantiene alejada del cuerpo*)

FERMÍN. — Permiso, señorita.

DOLORES. — (*ve la bolsa, se incorpora con sobresalto*) ¿Qué traés ahí, Fermín?

FERMÍN. — (*con una sonrisa*) ¡Melones! (*Mete la mano en la bolsa, la saca ensangrentada*)

DOLORES. — (*pálida*) ¡Llévate eso! (*Se cubre la boca con la mano*) ¡Huele mal! ¿Cómo...?

FERMÍN. — (*sonríe*) ¡Pasaron y compré! Pensé, a la niña le gustará. (*Hurga en la bolsa*)

DOLORES. — ¡No, no!

RAFAEL. — ¡Salga de aquí!

FERMÍN. — (*sonriente, pero oscuro*) No me alce la voz, señor. Cuidado. (*A DOLORES*) Niña, ¿qué piensa? Fui a hacer las compras al matadero. Y en el camino, pasó el carro. Mire. (*Saca un melón*) Es un melón. Pura miel. Me dije, la niña se vuelve loca por los melones...

DOLORES. — Pero nunca... ¡nunca más comí...! (*Se rehace*)
¡Qué broma estúpida! ¡Se lo diré a mi padre! ¡Bruto,
bestia asquerosa!

FERMÍN. — (*muy contento*) ¡Niña! ¡Si fue su padre! Me di-
jo andá a divertir a la niña y al jorobado. ¡Estudian
mucho! (*Ríe*) ¿No lo quiere?

DOLORES. — ¡No! (*Aparta el rostro*) Rafael, sigamos con
la lección. ¿Dónde estábamos?

FERMÍN. — (*se huele la mano, se la seca sobre la ropa*)
Compré carne podrida. Para darle un susto. ¡Pero fue
idea del señor!

RAFAEL. — Está bien, Fermín. Dígale gracias.

FERMÍN. — (*pone el melón sobre la mesa, entre los libros*)
Lo dejo acá. Se lo pueden comer. (*Vengativo*) ¡Le voy
a decir al señor que no se divirtieron! La señorita
cree que a los salvajes, inmundos, asquerosos, no se
les debe cortar la cabeza. Es demasiado buena.

RAFAEL. — No. La señorita cree que es justicia. (*DOLORES
levanta la cabeza, lo mira. RAFAEL, a DOLORES*) Dios
perdonará a los débiles.

DOLORES. — Yo no me perdonaré.

FERMÍN. — ¿Se lo comen o no?

RAFAEL. — Más tarde.

FERMÍN. — ¡No está maduro! (*Ríe*) ¡Pura miel! ¡En in-
vierno! (*Sale*)

RAFAEL. — (*toma la fruta y la coloca sobre el aparador*)
Vamos a terminar la lección.

DOLORES. — Gracias. (*Una pausa*) Pero no necesita hablar
por mí.

RAFAEL. — No volveré a hacerlo. (*Hojea el libro*) Acá
estábamos. Prudenti, prudentior, prudentissimus.

DOLORES. — Dije que me dolía la cabeza. Y ahora me duele más. (*Con tierna burla*) Rafael prudentissimus.

RAFAEL. — Por favor, sigamos. Está mintiendo.

DOLORES. — ¡Nunca miento!

RAFAEL. — Veritas odium parit.

DOLORES. — ¿Qué es eso? ¿Nunca mirás de frente?

RAFAEL. — (*alza la cabeza y la mira*) La franqueza engendra odio.

DOLORES. — (*ríe, luego*) Te equivocás. Cuando te miro el rostro me parece...

RAFAEL. — No hemos avanzado nada.

DOLORES. — (*suavemente*) ¿Conociste mujer?

RAFAEL. — No hemos...

DOLORES. — ¡No hemos cuernos! (*Suavemente*) ¿Conociste mujer? (*Silencio tenso de RAFAEL*) ¿No? (*RAFAEL cierra los ojos*) ¿Quién va a quererte, no? Por eso te eligió mi padre. Me guarda para alguien como él. Más rico. Prefiero matarme. Pero no. La muerte no me gusta. ¿A vos te gusta?

RAFAEL. — ¿Qué?

DOLORES. — ¡La muerte, bobo!

RAFAEL. — No.

DOLORES. — Entonces, te gusta lo mismo que a mí. (*Le pasa el dedo por el dorso de la mano*) ¡Qué hermosa manito!

RAFAEL. — (*aparta la mano*) Déjeme.

DOLORES. — Te dejo. (*Cambia de lugar*) De frente pasás. Mirame. (*RAFAEL alza la cabeza y la mira. DOLORES, sincera*) Tenés lindos ojos. Demasiado tiernos. (*Espera un comentario o reacción que no se produce*) Cuando te miro me parece que no tenés...

RAFAEL. — (*termina por ella*) ¿Joroba? Pues la tengo, señorita.

DOLORES. — Eso tranquiliza a mi padre. Pero hace mal. Basta que me prohíba una fruta para que me tiente comerla. ¿Me entendés?

RAFAEL. — No. Ni quiero.

DOLORES. — (*dulcemente*) ¿Te explico?

RAFAEL. — (*tenso*) No.

DOLORES. — Hay mujeres que... que se pueden enamorar de los defectuosos...

RAFAEL. — (*tenso*) ¡Y defectuosos que por suerte no se enamoran de las imbéciles!

DOLORES. — (*ríe*) ¡Ah, sos capaz de enamorarte!

RAFAEL. — Como cualquier hombre. Sigamos. El verbo varía de terminación, Petrus amat...

DOLORES. — ¿Y de vos se enamoraron?

RAFAEL. — (*cada vez más tenso*) Petrus amat, Petrus...

DOLORES. — (*fría y autoritaria*) Te hice una pregunta. Contestame. Acá los criados contestan cuando se los interroga.

RAFAEL. — ¿Ya se le pasó el susto? Contestaré las preguntas referidas a la lección. Y no soy un criado.

DOLORES. — ¿Quién te dijo que me asusté? Hace falta más que una broma idiota. Y sí que sos un criado porque te dejan a solas... conmigo. (*Exasperado, RAFAEL cierra bruscamente el libro. DOLORES sonríe, dulcemente*) ¿Te enojaste?

RAFAEL. — No, señorita. (*Se controla, abre el libro*) Sigamos.

DOLORES. — Lindos ojos... Tiernos y sedientos. Mirame.

RAFAEL. — Jamás la miraré.

DOLORES. — (*persuasiva*) ¿No?

RAFAEL. — Usted se confunde.

DOLORES. — ¿Con qué?

RAFAEL. — Con el objeto de su... (*Va a decir algo irreparable, se contiene*)

DOLORES. — (*fría*) Terminá.

RAFAEL. — Quiero enseñarle lo que sé y basta. Es mi trabajo y lo cumpliré a conciencia. No haga la coqueta conmigo que no va. Soy su profesor y debe obedecerme... en esto.

DOLORES. — (*ríe, luego dulcemente*) Lindos ojos... Sedientos. (*Una breve pausa*) ¡Pero qué problema abrazarte! (*Hace un gesto hiriente como si no le alcanzara el brazo*)

RAFAEL. — (*se incorpora bruscamente*) ¡Cállese, maldita sea! ¡Malcriada, odiosa!

DOLORES. — ¡Servil!

RAFAEL. — ¿Servil? ¡Pero tonta! ¡Orgullosa con el estómago lleno!

DOLORES. — (*lo enfrenta muy cerca*) ¡Servil! (*RAFAEL le pega una bofetada. DOLORES se lleva la mano a la mejilla, no puede creerlo, vacila un momento entre la humillación y el llanto, y se crispa de furia*) ¡Se lo diré a mi padre! ¡Ponerme la mano encima! (*Sacude frenética el cordón del timbre*) ¡A mí! ¡Nadie me pegó jamás y que un...! ¡Se lo diré! ¡Te pondrá de patitas en la calle! ¡Jorobado!

RAFAEL. — ¡No lo haga!

DOLORES. — ¡Te meterá preso!

RAFAEL. — ¡Le pido disculpas!

DOLORES. — ¡Ni que te arrodilles! (*Se asoma FERMÍN*) ¡Que venga mi padre!

FERMÍN. — ¿Qué pasó, niña?

DOLORES. — ¡Que venga mi padre! (*Sale FERMÍN*)

RAFAEL. — ¡Discúlpeme, por favor! ¡No debió ofenderme!

DOLORES. — ¿Yo? Para que yo ofenda, ¡tiene que haber
“alguien” para ofender!

RAFAEL. — No diga eso. La criatura más mísera puede
ser ofendida.

DOLORES. — Está bien que reconozcas tu condición. ¡Yo
te enseñaré quién obedece a quién! ¡Mi padre te lo
enseñará más rápido!

RAFAEL. — (*se encoge de hombros, triste*) Como quiera.
(*Entra el PADRE*)

PADRE. — (*risueño*) ¿Niños?

DOLORES. — (*se abalanza hacia sus brazos*) ¡Me dio una
bofetada!

PADRE. — ¿Quién? ¿Él?

RAFAEL. — Señor...

PADRE. — (*abraza a DOLORES. A RAFAEL, tristemente*) ¿Por
qué?

DOLORES. — Hice mal un dibujo. (*Se aparta, abre la car-
peta de dibujo, busca*) Vas a ver, papá. ¡Este dibujo!

PADRE. — (*triste*) Es muy hermoso...

DOLORES. — (*vuelve a sus brazos*) ¿Verdad, papá? Papito.

PADRE. — (*le mira el rostro*) Te marcó los cinco dedos...
(*La acaricia suavemente*) ¿Y qué haremos, Dolores?
¿Qué haremos con él?

DOLORES. — ¡Que se vaya!

PADRE. — Te quedarás sin profesor. Serás burrita, burro-
ta. Como tu madre. Que si viene un franchute, no
sabe decir buen día. ¿Qué haremos con él?

RAFAEL. — Está mintiendo, señor.

PADRE. — ¡Cállese! (*Dulcemente, a DOLORES*) ¿Qué querés que le hagamos? Y Fermín me contó que no le gustó la broma. Quizás piense que a los asquerosos no hay que cortarles la cabeza. (*A RAFAEL, por encima del hombro de DOLORES*) Quizás lo piensa.

RAFAEL. — No, señor. No lo pienso.

PADRE. — Pero esto no arregla nada. Le pegó a mi niña. (*A DOLORES*) ¿Qué querés que le hagamos?

DOLORES. — Que lo metan preso, que le peguen, que se vaya... (*Llora*)

PADRE. — Oh, no, no. Esos lindos ojitos... Bueno, papá hará algo que le gustará a su niña. Deje de llorar. (*Le seca las lágrimas*) Se me rompe el corazón. Te compraré un vestido. ¡Y haremos una fiesta!

DOLORES. — (*se aprieta contra él, mimosa*) Gracias, papá. (*Hipa*) ¡Pero me pegó!

PADRE. — Sí, te pegó, ¡malo! Papá no olvida.

RAFAEL. — Me provocó, señor.

PADRE. — (*lo mira y por contestación ríe con su risa espasmódica. Deja de reír*) Papá es bueno, pero se pone feroz cuando su niña llora. (*Se sienta y sienta a DOLORES en sus rodillas*)

RAFAEL. — Me iré, señor.

PADRE. — (*no lo atiende*) Acá, como cuando era chiquita. (*Sacude las piernas*) ¡Caballito! Vamos a jugar a las adivinanzas, ¿querés?

DOLORES. — (*mimosa*) Sí.

PADRE. — A ver si acertás la primera. (*Como en un juego infantil*) ¿Cuál es el criado más fuerte?

DOLORES. — Fermín.

PADRE. — ¿Quién tiene el cinturón más ancho?

DOLORES. — Fermín.

PADRE. — ¿Quién el brazo más rudo?

DOLORES. — (ríe) ¡Fer-mín!

PADRE. — ¿Y la espalda más espesa?

DOLORES. — (pícaro) ¡RAFAEL! (*RAFAEL retrocede hasta empujar una silla*) ¡Se asustó! (*Se levanta*) ¡Se asustó, papá! (*Va hacia RAFAEL*) ¡Pegame otra vez! Jorobado, lacayo. ¡Servil! ¿No era esta la palabra que te ofendía? ¡Servil! (*Aterrorizado, RAFAEL aparta a DOLORES y va hacia la puerta. Cuando la abre, está FERMÍN en el vano. Lo sujeta*)

RAFAEL. — ¡Déjeme! (*Se debate inútilmente. El PADRE mira y ríe con su risa espasmódica. En ese momento, DOLORES comprende que el juego ha dejado de ser juego, se asusta ella entonces y rompe a llorar angustiosamente*)

Escena III

Es de mañana. DOLORES y la MADRE en el salón. Los libros y carpetas sobre la mesa.

MADRE. — No debiste hacerlo.

DOLORES. — “Él” no debió hacerlo.

MADRE. — Tu padre es duro.

DOLORES. — (*culpable, pero orgullosa*) Nadie me pondrá la mano encima.

MADRE. — Sí. Pero hay muchas maneras de golpear.

DOLORES. — (*burlona*) Sabia. Lástima que esa sabiduría nunca la usás con vos. Te golpean de muchas maneras, pero ninguna te irrita bastante. (*La MADRE la mira y se aleja hacia la puerta*) ¡Mamá! (*En un ruego*) Quedate.

MADRE. — No. Tengo que dar las órdenes para el almuerzo. Espero que hoy comas... un poco. (*Vengativa*) No es así como vas a conseguir que te perdone.

DOLORES. — ¿A mí? ¿Quién tiene que perdonarme “a mí”?

MADRE. — Seguramente nadie. Entonces comé. (*Una pausa*) Y dormí de noche.

DOLORES. — Me espíás.

MADRE. — Te cuido.

DOLORES. — ¡Ah, ahora se llama cuidar!

MADRE. — El orgullo no hace buenas migas con el arrepentimiento.

DOLORES. — ¡Sí! Si no, no sirve. (*Orgullosa, pero al borde de las lágrimas*) ¡Nadie me pondrá la mano encima, te dije! ¡No me parezco a vos!

MADRE. — Voy a dar las órdenes para el almuerzo.

DOLORES. — ¡Mamá! (*Se le quiebra la voz*) Quedate.

MADRE. — No. (*Sale*)

DOLORES. — (*hojea una carpeta, alterada. Se oye pasar el carro. DOLORES se queda inmóvil, atiende. Se oye un grito indescifrable de vendedor. Cuando cesa, DOLORES cierra la carpeta con un golpe seco, pega con el puño sobre ella. Entra RAFAEL, camina más torcido. Se miran con una larga y cargada mirada. Luego, bruscamente, DOLORES aparta una silla*) Siéntese. (*RAFAEL continúa mirándola. DOLORES, incómoda*) ¿Cómo... está?

RAFAEL. — Bien... (*agrega*) señorita. (*La mira fijamente*)

DOLORES. — ¿Por qué me mira?

RAFAEL. — (*aparta el rostro*) Perdón.

DOLORES. — (*lo mira ella ahora, de otra manera, con culpa, tristeza y un sentimiento más profundo. Después de un silencio*) Míreme.

RAFAEL. — (*levanta los ojos hacia ella, neutro*) Vamos a seguir...

DOLORES. — Dijo que nunca iba a mirarme.

RAFAEL. — (*neutro*) Me equivoqué. Vamos a seguir...

DOLORES. — No quiero. En tres días me olvidé de todo.

RAFAEL. — Repasaremos.

DOLORES. — Nada de lo que me enseña me sirve.
¿Escuchó hoy gritar “melones”?

RAFAEL. — No.

DOLORES. — Suerte para usted. Pasaron dos veces. En la primera, dejaron una cabeza en la esquina.

RAFAEL. — No vi nada.

DOLORES. — Se levantó tarde.

RAFAEL. — Quizás. No me sentía... bien.

DOLORES. — (*bajo*) Lo sé. Quiero decirle...

RAFAEL. — Nada. Me pagan para que le enseñe.

DOLORES. — Le dije que son cosas inútiles.

RAFAEL. — Útiles o inútiles debo enseñárselas. Me pagan. Sueldo, alojamiento y comida. Con los señores.

DOLORES. — (*lo mira. Bruscamente*) ¡Empecemos! (*Se sienta. RAFAEL no la imita*) Siéntese.

RAFAEL. — (*dolorido por el castigo*) Estoy mejor de pie.
Entra FERMÍN, trae una bandeja con una taza y una jarra de chocolate.

FERMÍN. — Permiso, señorita. La señora me manda servirle este chocolate. ¿Se acuerda cuando se lo llevaba a la cama?

DOLORES. — (*seca*) No me acuerdo.

FERMÍN. — ¡Oh, usted se reía mucho conmigo! (*Sirve*)

DOLORES. — Ya no.

FERMÍN. — (*le tiende la taza*) Y yo le llevaba regalos.
¿Qué me trajiste, Fermín?, me decía. No lo deje enfriar.

DOLORES. — (*con enojo*) ¿Para mí? ¿Para mí sola? ¿No ves que estoy acompañada?

FERMÍN. — (*burlón*) Sí, señorita.

DOLORES. — ¿Y entonces?

FERMÍN. — Hay compañías que no cuentan. (*Mira a RAFAEL con una superioridad burlona. Sonríe*)

DOLORES. — (*furiosa*) ¿Quién te ha dicho que sonrías? ¿Quién te autorizó? ¿Yo te autoricé? ¿Te hice una broma? ¿Compartimos algo?

FERMÍN. — No, señorita.

DOLORES. — ¡Entonces, tomá tu expresión de lacayo! ¡Y llevate esto! (*Toma la taza y la deposita sobre la bandeja*) ¡Acá hay dos personas!

FERMÍN. — Su madre...

DOLORES. — ¡Mi madre no manda en esta casa! ¡Te dije que te lo lleves! (*Aferra la bandeja y la arroja violentamente contra la puerta*)

FERMÍN. — (*humildemente, se inclina y recoge la jarra y los pedazos de la taza*) Perdón, señorita. No debe enojarse conmigo. (*Sale. Un silencio*)

RAFAEL. — (*sonríe vagamente*) No es bastante.

DOLORES. — ¿Qué no es bastante?

RAFAEL. — Lo sabe.

DOLORES. — ¡No creas que porque te defiendo...! (*RAFAEL ríe, amargo. DOLORES, furiosa*) ¡No te rías!

RAFAEL. — (*borra la sonrisa*) No. Si usted no me autoriza, tampoco me reiré.

DOLORES. — ¿Qué es lo que no era bastante?

RAFAEL. — Lo sabe.

DOLORES. — No repitas.

RAFAEL. — Tampoco usted.

DOLORES. — (*en un arranque*) ¡Yo puedo...! (*Se contiene. Con penosa humildad*) Por favor.

RAFAEL. — ¿Qué quiere ahora? Nos tocaba francés y botánica. Pero podemos cambiar. Si su padre no se entera. (*Con otro sentido*) ¿Qué quiere?

DOLORES. — (*lo mira. Con penosa humildad*) Que me perdones.

RAFAEL. — Que yo... ¿De qué?

DOLORES. — Que me perdones. (*Se acerca*)

RAFAEL. — (*se aparta*) Señorita, alguien puede entrar y no estamos trabajando.

DOLORES. — Te falta agregar que no te comprometa. No tengas espíritu de... (*Se interrumpe*)

RAFAEL. — (*blandamente*) No me comprometa.

DOLORES. — (*con desprecio*) ¡Oh, todos lacayos!

RAFAEL. — (*estalla, furioso*) ¡Basta! ¿Qué es lo que me pide? ¿Perdón? ¿Quiere pedirme perdón? ¿A mí? Si la pone contenta, perdonada está. Usted puede cometer todos los ultrajes y será perdonada.

DOLORES. — ¡No así!

RAFAEL. — “¡Sí, así!” Tan hermosa, señorita de sociedad y padre poderoso, “¡sí, así!”. ¿De qué otra manera quiere ser perdonada por los lacayos? ¡Como lacayos la perdonamos! ¡Y ahora empecemos! ¡Siéntese! (*La sujeta con violencia por el hombro para que se siente*)

DOLORES. — (*se resiste contra él. Levanta la cabeza y lo mira, muy cerca. Quedan inmóviles los dos. DOLORES, como si lo descubriera*) Te amo...

RAFAEL. — Cállese.

DOLORES. — (*aterrada*) Te amo... Te amo con tus ojos furiosos...

RAFAEL. — ¡Cállese!

DOLORES. — *(se aprieta contra él. En un solo impulso)*

Amo tu nariz, tus piernas, tus dientes, tu lengua.

RAFAEL. — La odio. *(La rechaza)*

DOLORES. — *(no lo atiende. Ansiosa y dulcemente)* ¿No me oíste? ¿No me oíste?

RAFAEL. — *(se queda en suspenso. Muy bajo, como si fuera otra persona quien hablara)* Sí...

DOLORES. — *(apremiante)* Sí, ¿qué?

RAFAEL. — Sí... Dolores...

DOLORES. — *(apremiante)* Dolores, ¿qué?

RAFAEL. — Dolores... mi alegría.

DOLORES. — *(apremiante)* ¿Lo soy?

RAFAEL. — *(por un segundo pareciera que va a decir sí. Luego, terminante)* No.

DOLORES. — ¡Dijiste sí!

RAFAEL. — *(se aleja)* Apártese. *(Vengativo)* ¿Se divirtió así con el otro?

DOLORES. — ¿Qué otro?

RAFAEL. — ¡Con el profesor que echó su padre!

DOLORES. — ¡Ni lo miré!

RAFAEL. — ¿No? Pero un poco de coquetería con un lacayo distrae, el tiempo pasa mejor.

DOLORES. — ¿Pero no entendés nada? ¿No sabés nada de arrepentimiento? *(Se acerca a él)* ¡Pegame!

RAFAEL. — *(suavemente)* ¿Y no gritará servil? ¿No llamará a su padre? ¡Oh, qué tentación!

DOLORES. — *(le pega en el pecho con los puños)* ¿Cómo me rechazás “a mí”? ¿Qué debo hacer? ¿Cómo tengo que hablarte?

RAFAEL. — *(inmóvil)* Así. Ahora la reconozco.

DOLORES. — *(baja los brazos)* Perdoname.

RAFAEL. — No debe excusarse. Yo comprendo sus arrebatos, señorita.

DOLORES. — Por favor...

RAFAEL. — (*lentamente*) ¡Déjeme en paz! ¡No quiero ser juguete de nadie y menos suyo! Si yo fuera...

DOLORES. — Lo que sos. Más alto, más hermoso, más derecho, no te querría. (*Se acerca y tiende la mano hacia el rostro de RAFAEL*)

RAFAEL. — Se olvidó de mí. (*Le baja el brazo*) ¿A quién debo querer yo, señorita? ¿A usted como es?

DOLORES. — (*humilde*) A mí... como soy.

RAFAEL. — Me pide mucho.

DOLORES. — No. (*Ríe temblorosa*) Dijiste... Dolores mi alegría.

RAFAEL. — Porque... (*busca*) sonaba bien. Aunque no fuera cierto. (*Recupera su furia*) ¡Y este perdón tampoco le va! Me duelen las espaldas, ¡pegó en la joroba especialmente!

DOLORES. — Perdoname. ¡Te pido perdón!

RAFAEL. — ¡La perdoné, dije! Que a uno le concedan todos los perdones significa que no merece ninguno. ¡Como el olvido, señorita! Si uno olvida todo, sepulta, degüella su memoria. ¿Quiere ese tipo de olvido? ¿Necesita sentirse bien con su conciencia? ¡Pues se lo concedo! ¡Y déjeme en paz!

DOLORES. — No. No te dejaré en paz. Quiero que me odies... por lo que te hice... y que me perdones.

RAFAEL. — El odio lo tiene. (*Ríe*) ¡Y el perdón!

DOLORES. — Te amo.

RAFAEL. — ¿Qué sabe usted?

DOLORES. — Sé que te amo.

RAFAEL. — (*remeda, ácido*) Sé que te amo. Se apasionó demasiado pronto, ¿no le parece? No es más que una estúpida criatura. ¡Sé que te amo! No soy un cualquiera. Como con ustedes. Tengo mi cuarto aparte. ¡Sé que te amo! (*Ríe*) ¡Ama a un criado! A un lacayo, como dice usted.

DOLORES. — ¡No!

RAFAEL. — Sí, un criado a quien se puede castigar impunemente. ¿Sabe de qué está llena mi joroba? ¡De humillación! Humillación de criado, por supuesto.

DOLORES. — Nadie te humilló jamás. Yo sí me siento humillada porque te hice...

RAFAEL. — (*con una sonrisa sarcástica*) ¿Castigar? No, señorita, no es lo mismo. No se aflija. Soy un criado. Siempre me sirven último, y no hablo si no me dirigen la palabra, y debo decir: Sí, señor; Sí, señorita. ¡Y en mi magnífico cuarto tropiezo la joroba contra las paredes!

DOLORES. — ¡Te amo!

RAFAEL. — ¿Me ama? ¡Sí, señor! (*Ríe, rectificá*) ¡Sí, señorita! ¡Su padre se alegrará!

DOLORES. — ¡No me hables de mi padre!

RAFAEL. — ¡Bailará en una pata cuando lo sepa! ¡En dos!

DOLORES. — (*lo abraza*) ¡No me castigues!

RAFAEL. — (*vengativo*) ¡Si no la castigo! Me acostaré con usted y le haré un hijo jorobado. ¡Podemos hacer hijos los jorobados! ¿Lo pensó? ¡Será divertido!

DOLORES. — ¡No, no!

RAFAEL. — ¿No, no? ¡Sí! ¡Nos reiremos juntos, usted y yo!

DOLORES. — (*oculta la cara contra su hombro*) ¡No me castigues, Rafael!

RAFAEL. — ¡El nietito de su padre! Con el cuello torcido, si tenemos suerte, y una giba más grande que la mía porque su carne es fresca.

DOLORES. — ¡Te amo!

RAFAEL. — (*la rechaza*) ¡Cállese! (*Se oye pasar el carro*) ¿Oye? Pasa y vuelve a pasar. Ahí estará su cabeza, también. ¡Y la mía! ¡No vale la pena, señorita! ¡Para mí no vale la pena! (*DOLORES le da la espalda, ahoga un sollozo*) Ahora viene el llanto. Las señoritas lloran cuando no les satisfacen los caprichos.

DOLORES. — (*se seca las lágrimas. Lo enfrenta, orgullosa*) ¿Quién llora?

RAFAEL. — La prefiero así. (*Se miran a la distancia, como dos enemigos. Entra FERMÍN, los observa con una suspicacia burlona. Trae otra vez una bandeja con la jarra y una sola taza*)

FERMÍN. — Por un error, al profesor le servimos en su cuarto. La servidumbre está ahora muy ocupada. Y yo tengo un recado urgente que me encomendó el señor. (*Sirve el chocolate*) Béballo caliente. Estudia mucho. (*Va hacia la puerta*) Y no se enoje conmigo, señorita. También puedo equivocarme. (*Ya en la puerta, como por casualidad, pero sugestivamente, pone ambas manos sobre el ancho cinturón. A RAFAEL*) ¿No le molesta, no?

RAFAEL. — No. Gracias, Fermín. Después tomaré el chocolate en mi cuarto.

FERMÍN. — No le importa tomarlo frío, ¿verdad?

RAFAEL. — No. No me importa.

FERMÍN sonríe, sale y cierra la puerta.

DOLORES. — ¿Me perdonaste?

RAFAEL. — (*terminante*) No. (*Se miran intensamente.*
Un largo silencio) Sí... (*Con una sonrisa iluminada,*
Dolores corre hacia él)

Escena IV

DOLORES y la MADRE en la habitación de DOLORES. Un chal sobre una silla. La MADRE sostiene un vestido entre los brazos, DOLORES, en enaguas, tararea. Cuando la MADRE se acerca con el vestido y lo acomoda para que coloque la cabeza, DOLORES se inclina y sale por el otro lado. Da vueltas tarareando.

MADRE. — Dolores, vamos. Vestite. (*La mira*) Estás contenta.

DOLORES. — ¿Y cómo no?

MADRE. — Me alegro que estés contenta.

DOLORES. — La idea de papá es magnífica. (*Dulcemente*)
Hace proyectos con las personas y las personas dicen sí.

MADRE. — Esa persona es su hija.

DOLORES. — O su mujer. O sus criados... Nadie puede decir no al señor de la casa. Mueve un dedo y ya está.

MADRE. — Ese señor es tu padre.

DOLORES. — ¿Y el otro señor, mamá? ¿El que corta cabezas?

MADRE. — ¡Oh! Quien te oye puede pensar que corta cabezas todo el día. Es bondadoso. No le gusta hacerlo.

DOLORES. — (*sonríe*) No.

MADRE. — Se le oponen y no lo dejan elegir.

DOLORES. — (*con sospechosa dulzura*) Yo no me opongo, mamá. Yo lo dejo elegir. A papito. ¿Elegió bien?

MADRE. — Sí. (*Se acerca con el vestido*)

DOLORES. — (*se escapa*) ¿Cómo es?

MADRE. — Buen mozo.

DOLORES. — Rico.

MADRE. — Buen mozo y rico. Vamos. Que tu padre se impacienta.

DOLORES. — ¿Y qué me importa? Hermoso y rico. Pero con cincuenta años, ¿no?

MADRE. — No. Es joven. ¡Si tuviste que verlo alguna vez!

DOLORES. — ¡Juro que no! ¿Dónde?

MADRE. — En misa. Él está tan enamorado...

DOLORES. — (*se burla*) ¡Qué emoción! (*Da unas vueltas, tararea*) ¡Yo también estoy enamo-ra-da!

MADRE. — No te burles. Vamos.

DOLORES. — Mejor que espere, mamá. ¡Se pone más...!
(*Termina con un gesto*)

MADRE. — ¡Está tu padre! Se enfurece por nada y después descarga contra mí.

DOLORES. — Nunca existe “con vos”, siempre contra. Te gusta. (*Le mira el brazo*) ¿Qué te pasó acá? ¡Cómo pellizca cuando se enfurece!

MADRE. — Me golpeé contra una puerta.

DOLORES. — Sí. Porque sos tonta y ciega.

MADRE. — Vestite.

DOLORES. — (*se viste*) ¿Y cómo se llama?

MADRE. — Juan Pedro.

DOLORES. — Juan Pedro, ¿qué?

MADRE. — (*vacila*) De los Campos Dorados.

DOLORES. — ¿Qué?

MADRE. — Campos Dorados.

DOLORES. — (*sonríe, incrédula*) No es cierto...

MADRE. — ¿Por qué? ¿Qué tiene?

DOLORES. — ¡Oh, mamá! (*Se tienta*) ¿De verdad se llama así... desde chiquito?

MADRE. — Sí. Se llama... ¡De los Campos Dorados!

DOLORES. — ¡Oh, mamá, no puede ser! (*Ríe*) ¿Me va a caer encima eso? ¿Yo qué hice? ¡Campos Dorados! (*Ríe*)

MADRE. — ¿Y qué hay? (*Sonríe*) ¡Es un buen apellido!

DOLORES. — ¡Sí! ¡Campos Dorados! ¡Brilla! ¡Campos plateados hubiera sido peor! (*Ríe*) ¿Cómo... cómo voy a casarme con él? ¡Ay! ¡Ay, no tendrías que... que habérmelo dicho!...

MADRE. — (*sonríe*) ¿Qué tiene? No se llama campos...

DOLORES. — ¿Inundados...? (*Ríe en un ataque loco de risa, se abraza a la MADRE, que se contagia. Ríen las dos, abrazadas. Dejan de reír poco a poco*)

MADRE. — Vamos...

DOLORES. — (*con la cabeza apoyada sobre el hombro de la MADRE*) Mamá...

MADRE. — ¿Qué?

DOLORES. — (*se aparta un poco y la mira*) Qué hermosas así.

MADRE. — ¿Cómo?

DOLORES. — Así, riéndote.

MADRE. — (*se pone seria*) Vamos, que tu padre espera... (*intenta desasirse*)

DOLORES. — (*la retiene*) Por qué no decir: que tu padre espere...

MADRE. — No, basta. (*Se suelta*) Tiene mal carácter.

Mejor que te peines.

DOLORES. — Yo también.

MADRE. — (*intenta peinarla*) Ya debieras atarte el pelo...

DOLORES. — (*la rechaza, sacude la cabeza*) No hay necesidad.

MADRE. — Entonces, vamos.

DOLORES. — ¡Dolores de los Campos Dorados! (*Ríe, pero sin ninguna alegría. La MADRE no la acompaña. DOLORES le hace cosquillas bajo el mentón*) Reíte.

MADRE. — Ya basta.

DOLORES. — Es un buen apellido, tenés razón. Por lo menos te hizo olvidar.

MADRE. — ¿De qué?

DOLORES. — De que no podías reírte. (*Entra el PADRE*)

PADRE. — ¿Y? ¡Estoy harto de aguantarle la lata a ese imbécil! ¿Qué esperan?

MADRE. — Ya vamos, Benigno. Estamos listas.

DOLORES. — ¡Oh, este también tiene un nombre! (*Ríe*)

PADRE. — (*la mira, oscuro*) ¿Puede saberse la causa del jolgorio?

DOLORES. — Estoy contenta.

PADRE. — (*se ablanda*) ¿Es cierto? (*Le acaricia la mejilla*) ¿Elegí bien esta vez?

DOLORES. — No podías haberme dejado a mí, ¿no, papá?

PADRE. — ¿Qué decís, Dolores? Sos una niña, mi niña. (*La besa en la frente*) Te deseo lo mejor.

DOLORES. — (*por un segundo se recuesta contra él*) No mentís. Y lo terrible es que me conmueve. (*Se aparta. Cambia de tono*) Ya vamos, papá. ¿Es un imbécil?

PADRE. — (*tierno*) No. Jamás te casaría con un imbécil.
(*Le sonríe, afectuoso. Mira a la MADRE y su rostro se oscurece*) Querida, hay que tener tacto. No sos una cualquiera.

MADRE. — (*insegura, se lleva las manos al peinado*) ¿Qué pasa? ¿En qué me equivoqué?

PADRE. — Cambiate de vestido.

MADRE. — ¿Por qué? Te gustaba mucho este.

PADRE. — Con mangas largas es más discreto... para una señora.

MADRE. — Tengo el chal. (*Se lo pone*)

PADRE. — Puede deslizarse. (*Se lo desliza. Le mira el brazo*) ¿Qué pensaría?

DOLORES. — Que las puertas golpean, papá.

PADRE. — Sí.

DOLORES. — Y que es ciega y tonta.

PADRE. — Sí. (*Una pausa*) No me hace honor haber elegido tan mal. (*Sale. La MADRE y DOLORES se miran*)

DOLORES. — Ya estoy lista. Vamos.

MADRE. — No.

DOLORES. — Nos esperan.

MADRE. — Me cambio el vestido. (*Se miran*)

Escena V

El salón. El PADRE y JUAN PEDRO DE LOS CAMPOS DORADOS, un hombre joven, excesivamente bien vestido, buen mozo. Están sentados, el PADRE tamborilea con los dedos sobre la rodilla. Un silencio. Entra RAFAEL.

RAFAEL. — ¿Me mandó llamar, señor?

PADRE. — *(sin mirarlo)* Sí, quédese ahí. *(JUAN PEDRO mira fugazmente. RAFAEL se queda parado junto a la puerta. El PADRE tamborilea sobre su rodilla. Un silencio prolongado e incómodo. JUAN PEDRO sonrío. A nadie. Se da cuenta. Borra la sonrisa. PADRE, con acento malhumorado, casi entre dientes)* A las señoras siempre hay que esperarlas.

JUAN PEDRO. — Sí.

PADRE. — Ya estaba lista. Tenía un vestido rojo y quiso ponerse otro... *(sonríe torcido)* rojo.

JUAN PEDRO. — Sí.

PADRE. — Siempre quieren estar mejor.

JUAN PEDRO. — Dolores es muy joven.

PADRE. — ¿Dolores...? *(Grosero)* La vieja fue. Digo, mi mujer. *(Ríe, espasmódico)* Perdona la familiaridad.

Es mi mujer, ¿no? (*Lo mira atentamente, esperando respuesta*) Puedo tomarme algunas libertades.

JUAN PEDRO. — (*incómodo*) Sí.

PADRE. — (*se incorpora, dominándose a duras penas.*

JUAN PEDRO lo imita. El PADRE le sonrío, hipócrita)

Me tiene en un puño.

JUAN PEDRO. — Hay prisiones dulces, señor.

PADRE. — (*lo mira, rompe a reír divertidísimo, lo palmea en el hombro. Entran DOLORES y la MADRE. Se adelanta, riendo*) ¡Ah, por fin! (*Gentilmente, les besa las manos*)

DOLORES. — (*con fingida dulzura*) Mamá tuvo que cambiarse el vestido. ¿No se lo ordenaste?

PADRE. — ¿Yo? Tu madre es muy coqueta. Nunca se decide. (*Presenta*) Juan Pedro. Mi mujer, mi hija Dolores.

JUAN PEDRO les besa las manos. DOLORES le sonrío y lo mira burlona. La MADRE y DOLORES se sientan en el sofá.

PADRE. — Rafael, sírvanos una bebida.

DOLORES. — Está Fermín, papá.

PADRE. — (*no la atiende, a JUAN PEDRO*) ¿Prefiere licor? Tenemos licor de ciruelas, té o... ¿o quizás prefiera mate?

JUAN PEDRO. — No, mate no. Me cae ácido. Tomaré... licor.

PADRE. — Licor, Rafael. (*RAFAEL va hacia el gran aparador, saca un botellón y copas. JUAN PEDRO lo mira curiosamente. El PADRE descubre la mirada*) Es el profesor de Dolores. Preceptor en casa. Como de la familia. Pero no está de más tomar algunas precauciones... Al elegir. (*Río con su risa espasmódica*)

JUAN PEDRO. — (*tarda un segundo en comprender*) ¡Ah!
(*Ríe discretamente*) ¡Muy atinado, señor! Mi padre
me eligió un profesor tonto porque no soportaba a
nadie más inteligente que yo.

DOLORES. — (*dulcemente*) ¡Qué difícil debió ser!

JUAN PEDRO. — ¿Por qué? ¿Es que soy tan tonto?

DOLORES. — (*ídem*) No. Decía. (*Se ríe boba*)

PADRE. — Dolores estudia francés. Y latín, que nadie
estudia.

DOLORES. — Y dibujo, papá.

PADRE. — Dibujo. Podés mostrarle tus dibujos, Dolores.

MADRE. — (*tímidamente*) A mí hay uno que me gusta...

DOLORES. — (*la interrumpe sin oírla*) ¡Cómo no! ¡Puedo
recitar un poema también! ¿Quiere que le recite un
poema?

JUAN PEDRO. — Con placer.

DOLORES. — (*sin levantarse del sofá, con la mirada perdida*)

Rodeada estoy de imbéciles

y simulo que soy tonta

los imbéciles me creen

y me hago la marmota.

(*Mira a JUAN PEDRO*) ¿Qué le parece?

JUAN PEDRO. — (*perplejo, intenta reír*) ... Lindo...

DOLORES. — (*con una sonrisa almibarada*) ¿No?

JUAN PEDRO. — Lindo, pero con una intención muy
transparente.

DOLORES. — ¿Cuál?

PADRE. — (*le pone la mano sobre el hombro y aprieta*)

Hija única, Dolores es malcriada. Necesita una mano
fuerte.

DOLORES. — (*secamente*) Me hacés mal, papá.

PADRE. — (*hipócrita*) Perdón. (*Aparta la mano*) Mano fuerte en guante de seda. Es lo que necesitan las damas. (*Se oye pasar el carro*) Y no solo las damas.

JUAN PEDRO. — Estoy de acuerdo. Tenemos paz. No es un precio excesivo.

DOLORES. — (*con una sonrisa venenosa*) Si lo pagan los otros.

JUAN PEDRO. — Y riqueza.

DOLORES. — Si la disfrutan usted... y mi padre.

PADRE. — (*como en un juego, dulce y suavemente, pero con furia contenida, le pega en la boca con la punta de los dedos*) Dolores, en boca cerrada no entran moscas, ¡cerrá la boca! ¿Y, Rafael? ¿Esa bebida?

RAFAEL. — (*toma la bandeja que había dejado sobre la mesa y sirve*) En seguida, señor.

PADRE. — (*hacia JUAN PEDRO*) ¡Salud! (*Bebe*)

JUAN PEDRO. — A la suya. ¡Y a la salud de las damas! (*Bebe*)

DOLORES. — ¿Por qué no se sirvió, Rafael? ¿No le gusta el licor?

RAFAEL. — Gracias, señorita. No... bebo.

PADRE. — ¡Sírvasse, Rafael! ¡Usted es de la familia! (*A JUAN PEDRO*) Come con nosotros.

JUAN PEDRO. — Y... ¿y no les molesta?

DOLORES. — (*secamente*) ¿Por qué?

JUAN PEDRO. — Yo... yo tengo una particular sensibilidad hacia los defectuosos... Cualquier defecto físico me crispa.

MADRE. — (*sonríe bondadosa*) Pero Rafael es...

PADRE. — (*no la atiende*) ¡Ah, le digo que se vaya! Váyase, Rafael. Después de todo no tiene por qué aguantarnos.

RAFAEL. — Como usted quiera, señor. (*Se inclina*)

DOLORES. — ¡No! (*Sonríe a JUAN PEDRO*) Le pido una prueba de estima. Que se quede. No será tan flojo, ¿no?

JUAN PEDRO. — Es por sensibilidad. Pero, por supuesto, que se quede, si usted lo desea. (*Con una risita infame*) ¡Miraré de costado!

RAFAEL. — (*se dispone a marcharse*) Buenos días.

JUAN PEDRO. — La señorita desea que se quede. Y yo me someto a sus deseos.

PADRE. — (*como RAFAEL vacila*) Quédese.

RAFAEL. — Sí, señor.

Entra FERMÍN, sosteniendo una bandeja. Sobre la bandeja, un plato de plata con una taza.

PADRE. — ¿Qué, Fermín?

FERMÍN. — Como sé que el señor profesor no bebe, le traje un té.

PADRE. — ¿Y desde cuándo...? (*Se ilumina*) ¡Oh, está bien!

FERMÍN. — (*a RAFAEL*) Sírvase.

RAFAEL. — Gracias. (*Toma el plato, que está ardiendo y le quema los dedos. Pega un grito y deja caer todo*)

DOLORES. — (*se incorpora con el rostro furioso*) Papá, ¿cómo permitís...?

PADRE. — (*ríe espasmódicamente*) ¡Fermín, bestia! ¿Se quemó, Rafael?

RAFAEL. — (*con el rostro contraído*) No, señor. (*Se inclina para recoger la taza. La MADRE, que se ha incorporado alarmada, vuelve a sentarse. Mueve la cabeza, con mansa reprobación*)

FERMÍN. — Deje, yo soy el criado.

DOLORES. — Papá, ¿cómo tolerás...?

PADRE. — Es una broma. Fermín, si hacés esto otra vez te echo a patadas.

FERMÍN. — (*contento*) Sí, señor. (*Sale*)

PADRE. — Sentate, Dolores. No pasó nada. Tranquilícela, Rafael.

RAFAEL. — No me quemé, señorita.

JUAN PEDRO. — Es curioso... (*aparta la vista*)

PADRE. — (*confidencial*) ¡Yo la vi! (*Ríe, se atora*)

DOLORES. — (*abruptamente*) Mamá toca el piano.

MADRE. — (*tímida*) ¡No, Dolores! ¿Qué decís?

DOLORES. — (*a JUAN PEDRO*) ¿Sabe bailar?

JUAN PEDRO. — (*se incorpora*) Encantado. Si los señores permiten. Pero la señora dudaba...

PADRE. — La señora no duda. ¡Es una buena oportunidad para que exista! (*Ríe, se atora*)

MADRE. — Hace tanto tiempo que no...

DOLORES. — (*suavemente*) Papá prefiere el silencio porque le gusta pensar. Y mamá andaba siempre con la musiquita. (*Extiende los dedos*) ¡Se le cayó la tapa encima! (*Ríe ácidamente*)

MADRE. — (*apresurada*) ¡Un accidente! Por eso... ¡debo tocar muy mal! Ya ni me acuerdo. Hace tanto tiempo que no...

PADRE. — Vamos, no seas vanidosa. (*Sincero*) Tengo mal carácter. Me irritaba la música. Ya debieras conocerme.

MADRE. — (*desarmada y casi con ternura*) Te conozco, Benigno.

PADRE. — Entonces sabés que te lo pido sinceramente.

DOLORES. — ¿Bailará, Rafael? ¿Quiere acompañarnos?

RAFAEL. — Perdón, señorita. Me excuso.

JUAN PEDRO. — (ríe) ¡Oh, sería cómico! (*Se pone los dedos sobre los ojos*) ¡Miraré a través de los dedos para no impresionarme!

DOLORES. — (*con una mirada mortal*) ¿Impresionarse de qué?

JUAN PEDRO. — A veces soy torpe.

DOLORES. — (*sonríe, con dulzura venenosa*) ¡No! Es el tacto de la época. ¿Bailamos? ¿Y usted, Rafael?

RAFAEL. — No, gracias, señorita.

PADRE. — Baile, Rafael. No le pregunté si era profesor de danzas. Pero un hombre con su talento las sabe todas. (*La MADRE se ha sentado ya en el taburete y recorre las notas. PADRE se acerca*) ¿Te acordás?

MADRE. — (*levanta hacia él un rostro iluminado*) Sí, Benigno, ¡me acuerdo! (*Empieza muy mal un minué, después se afianza*)

JUAN PEDRO se acerca a DOLORES con la mano tendida, mira fugazmente hacia los padres y como los ve distraídos le toca brutalmente un seno. DOLORES se aparta y lo mira con estupor. JUAN PEDRO, como si el gesto no hubiera tenido nada que ver con él, atiende un momento la música y en un punto dado ofrece su mano a DOLORES. Después de una breve vacilación, DOLORES la acepta. Bailan.

DOLORES. — Por favor, Rafael, acompañenos. (*Lo mira intensamente*) Usted no va a tener miedo de bailar.

RAFAEL. — Perdón, señorita.

DOLORES. — (*irritada*) ¡No me pida perdón! (*Se aparta de JUAN PEDRO, quien termina una figura de minué donde debiera encontrar a DOLORES. Pero ella baila sola*)

en otro costado) Quiero que usted baile... conmigo.

(Sin acercarse, tiende la mano hacia él)

RAFAEL. — Seré... ridículo.

DOLORES. — *(desafiante)* Sí.

RAFAEL. — Patético.

DOLORES. — ¡Sí!

PADRE. — *(ríe espasmódico, interpreta mal la escena)*

Dolores... *(Tímidamente, RAFAEL se adelanta. Bailan los tres, pero es obvio que DOLORES no considera a JUAN PEDRO. Ella y RAFAEL se miran intensamente. El PADRE observa divertido, pero poco a poco deja de sonreír, mira oscuro. Sacude el cordón del timbre. Luego, pega con la mano abierta sobre el piano) ¡Un vals! (La MADRE deja de tocar, el baile se interrumpe)*
¿Te gusta el vals, Dolores?

DOLORES. — Sí, papá.

PADRE. — *(a la MADRE)* Un vals, entonces.

MADRE. — *(contenta)* ¡Benigno, me pedís mucho!

PADRE. — No. Es fácil. *(Tararea)* Lo tocabas siempre cuando éramos novios. *(Le toma una mano y se la besa)* Probá. Por mí.

MADRE. — *(sonríe tímidamente ante esa muestra de afecto e intenta recordar el vals, empieza, se equivoca, se va afianzando)* Creía que no me gustaba más la música, pero... *(Levanta la cabeza, sonríe al PADRE, que le devuelve la sonrisa. Como con sorpresa)* ¡Me gusta! ¡Si no te aburre! *(Toca)* *(Entra FERMÍN)*

FERMÍN. — ¿Señor?

PADRE. — Los jóvenes están bailando.

FERMÍN. — Me alegro, señor.

PADRE. — Rafael se quedó sin pareja.

FERMÍN. — *(pesca al vuelo la intención y todo el diálogo es para llegar a un punto que los dos conocen)* ¿Y qué debo hacer? ¿Busco una criada?

PADRE. — ¡No! Es demasiado poco. ¿Y desde cuándo las criadas bailan el vals? El candombe, Fermín.

FERMÍN. — ¿Y yo?

PADRE. — Sos más que un criado.

FERMÍN. — Gracias, señor. *(Sonríe)* ¿Debo bailar con él?

PADRE. — Si fueras tan amable...

DOLORES. — *(palidece)* No es necesario, papá.

FERMÍN. — ¿Me aceptará?

PADRE. — Lo acepta, ¿no, Rafael? No es demasiado apuesta, pero... *(Ríe. La MADRE se interrumpe)* ¡No te detengas! ¡Mové los deditos!

FERMÍN. — ¿Cómo debo bailar?

PADRE. — Como sepas.

FERMÍN. — ¿Lento?

PADRE. — “Muy” lento.

FERMÍN. — *(irónico, a RAFAEL)* ¿Me concede esta pieza?

RAFAEL. — *(enfrenta la humillación, orgulloso)* ¡Sí! Las que usted quiera... señorita.

FERMÍN. — ¡No! ¡La señorita es usted! *(Lo enlaza por la cintura, bailan)*

JUAN PEDRO. — *(mira risueño, luego a DOLORES)* ¿Bailamos? *(Sin contestar, DOLORES corre hacia la puerta. Con un rápido movimiento, el PADRE la detiene, la mantiene abrazada contra su pecho)*

PADRE. — *(con fingida dulzura)* ¿Por qué te vas? ¿Te cansaste de nuestra compañía?

DOLORES. — No, papá. No me cansé.

PADRE. — Entonces bailá. (*Una breve pausa*) O mirá a la parejita. ¿No es deliciosa?

DOLORES. — Sí... papá. (*JUAN PEDRO lanza una risita*) ¿Por qué se ríe?

JUAN PEDRO. — (*risueño*) Perdón. Como dice su padre, es deliciosa.

DOLORES. — ¡Sí! Soltame, papá. No me iré. (*El PADRE la suelta. DOLORES lo mira*) Me gusta ver hacer el ridículo a la gente.

PADRE. — (*señala a FERMÍN y a RAFAEL*) A “ellos” tenés que mirar. (*Se acerca al piano*) ¡Más rápido! ¡Qué vals dormido! (*A la MADRE*) Tenías más sangre antes. Me querías más. ¡Más rápido! (*Golpea con la mano abierta sobre el piano. La MADRE acelera el ritmo, no tanto porque el PADRE se lo pide sino porque tiene excusa para su propio placer. RAFAEL se agota, pero lucha por seguir a FERMÍN*) ¡Más rápido! (*FERMÍN acelera aún*)

DOLORES. — (*mira, no lo soporta*) ¡Basta! (*A la MADRE*) ¡Dejá de tocar!

PADRE. — ¡Más rápido!

DOLORES. — ¡No quiero que bailen! (*Intenta separar a RAFAEL de FERMÍN, pero los dos giran tan vertiginosamente que solo consigue que la empujen de un lado y de otro. Demudada*) Por favor, por favor... (*Un empellón la arroja sobre JUAN PEDRO*)

JUAN PEDRO. — ¡Qué brutos! (*La ayuda a incorporarse. Con una rápida ojeada, percibe que nadie los observa y toca a DOLORES como alguien que aprovecha burdamente la ocasión*)

DOLORES. — (*lo rechaza. Lo mira como sin reconocerlo*) Por favor, por favor...

PADRE. — *(grita, golpeando con la mano abierta sobre el piano, mientras FERMÍN y RAFAEL bailan en un torbellino que gira y gira y gira) ¡Más rápido! ¡Más rápido! ¡Más rápido!*

Escena VI

El salón. Hay libros y cuadernos sobre la mesa. DOLORES y RAFAEL. DOLORES levanta la tapa del piano, recorre algunas teclas.

DOLORES. — Mi madre siempre tocaba el piano. Le gusta la música. Pero mi padre odia todo placer que no provenga de él. Como no puede dar placer, da odio. Y lo llama amor. Mi madre no toca más el piano, cree que no le gusta la música. Y lo más curioso es que... también ella llama amor al odio de mi padre. Y a veces... hasta yo lo llamo de la misma manera.

RAFAEL. — *(suavemente, le aparta las manos del teclado, baja la tapa)* Vamos a estudiar.

DOLORES. — ¿No querés que te cuente nada?

RAFAEL. — No, señorita... Dolores. No me corresponde saber nada. *(Se sienta a la mesa. Sin mirarla)* ¿Por qué quiso separarnos ayer? Al final... no pudo verme hacer el ridículo.

DOLORES. — No, no eras vos quien lo hacías. ¿Me creés?

RAFAEL. — *(la mira, no contesta. Suavemente)* Siéntese. *(Ella lo hace, a su lado. RAFAEL abre un libro, lee)*

“Elle avait pris ce pli dans son âge enfantin

De venir dans ma chambre un peu chaque matin
Je l'attendais ainsi qu'un rayon qu'on espère..."

(*Levanta la vista y la mira*) Et je lui disais: je t'aime.

DOLORES. — (*lo mira*) Y yo decía: te amo.

RAFAEL. — En francés, es je t'aime. (*Simula leer*) Il lui
disait: je t'aime.

DOLORES. — Te amo.

RAFAEL. — (*una pausa*) No debe hacer esto... conmigo.
(*La mira, ya no dice una frase prestada*) Je t'aime.

DOLORES. — (*pone su mano sobre la de él*) Nos iremos
juntos. Campos Dorados se llama. Y fijó la boda
dentro de tres meses.

RAFAEL. — Los latinos decían que el nombre es el destino.

DOLORES. — (*con aprensión*) Me llamo Dolores. ¿Es mi
destino ese? ¿El dolor?

RAFAEL. — El nombre verdadero. Belleza. O alegría.
Dolores mi alegría.

DOLORES. — Nos iremos juntos.

RAFAEL. — ¿Dónde?

DOLORES. — Afuera. (*Se abre la puerta. DOLORES aparta
rápidamente la mano. Entra FERMÍN, con una bande-
ja, la jarra y una sola taza. Deposita todo sobre la
mesa, los mira curiosamente y sale. DOLORES*) Donde
nos sirvan dos tazas de chocolate y podamos beber-
las juntos. Donde no griten melones y dejen cabezas.
Donde mi padre no exista. Donde por lo menos el
nombre del odio sea odio.

RAFAEL. — Es imposible.

DOLORES. — Tenés miedo.

RAFAEL. — No tengo miedo. Pero sé que es imposible. No
podremos ocultarnos. Mi joroba hablará.

DOLORES. — ¿Es que no vale la pena?

RAFAEL. — Vale la pena. (*Extiende la mano, aprieta fuertemente la de DOLORES. Entra FERMÍN y RAFAEL aparta rápidamente la mano*)

DOLORES. — ¿Qué querés, Fermín? ¿Quién te llamó?

FERMÍN. — El señor tiene que darle órdenes al jorobado. Dice que vaya.

DOLORES. — (*furiosa*) ¡No lo llames así!

RAFAEL. — No importa. Lo soy. (*Sonríe mansamente. Burlón*) Estoy “hecho de tal manera que un mal pintor no me hubiera dibujado peor en la oscuridad”. Ya vuelvo. (*Sale. FERMÍN permanece en el salón, mueve los pies, indeciso*)

DOLORES. — ¿Qué querés?

FERMÍN. — (*tímido*) Le traje algo.

DOLORES. — ¿Qué?

FERMÍN. — (*pone la mano en el bolsillo, saca un pajarito oscuro, se lo tiende a DOLORES*) Está muerto.

DOLORES. — Sí.

FERMÍN. — A mí me gustan las cosas muertas, ¿a usted no?

DOLORES. — No, Fermín.

FERMÍN. — No se mueven. No rezongan.

DOLORES. — “Yo” te rezongo. Sos ofensivo con Rafael.

FERMÍN. — A él no le importa.

DOLORES. — A mí sí.

FERMÍN. — ¿Lo sabe su padre?

DOLORES. — ¿Qué?

FERMÍN. — ¿Que a usted le importa?

DOLORES. — Solo me importa que no lo llames...

FERMÍN. — (*con placer*) Joro-ba-do. Está bien. No lo llamo más. (*Insiste con el pájaro muerto*) ¿Lo quiere o no?

DOLORES. — No.

FERMÍN. — (*no entiende. Sonríe*) ¡Está bromeando!
¡Tome! (*Se lo pone en la mano*) Cuando era chica le gustaban los regalos que le traía.

DOLORES. — (*suavemente*) Me daban horror.

FERMÍN. — (*herido*) ¡Todo un verano le traje arañas!

DOLORES. — Me daban horror.

FERMÍN. — ¡Deme! (*Le saca el pájaro. Furioso*) ¡Tiene la joroba llena de cicatrices! ¡De mi mano!

DOLORES. — ¡Callate!

FERMÍN. — ¡De mi mano! ¡Por su culpa! Si usted quiere...

DOLORES. — ¿Qué?

FERMÍN. — Puedo agarrarlo una noche y...

DOLORES. — (*se asusta*) No, no es necesario.

FERMÍN. — Soy bueno con usted. La vi nacer.

DOLORES. — Sí. Dame. (*Tiende la mano hacia el pajarito*)

FERMÍN. — (*caprichoso*) ¡No! (*Lo esconde tras la espalda*)
Le apreté el cogote, para usted, y me lo despreció.

DOLORES. — Hice mal. Dámelo. (*Como un niño caprichoso, FERMÍN niega con la cabeza*) Sí. Lo voy a cuidar.
(*FERMÍN le tiende el pajarito. DOLORES lo toma, le alisa las plumas con la punta del dedo*) Es lindo.

FERMÍN. — (*sonríe*) Quieto. No canta.

DOLORES. — Gracias, Fermín. Lo guardaré. Ahora... an-date.

FERMÍN. — ¿No me da un premio por mi regalo?

DOLORES. — Sí. (*FERMÍN se acerca, se arrodilla y le besa el pie. DOLORES lo aparta enseguida*)

FERMÍN. — Antes me dejaba más. No me gusta que esté tanto tiempo con ese. Se lo dije al señor.

DOLORES. — ¿Qué le dijiste?

FERMÍN. — (*malévolo*) ¿Le interesa? ¿Qué me da si se lo cuento?

DOLORES. — ¡Nada! ¡Los chismosos me asquean!

FERMÍN. — ¡Deme el pajarito!

DOLORES. — (*ríe, con esfuerzo*) ¡No, Fermín! ¿Por qué te enojás? Es un lindo pájaro... solo que está muerto. (*Lo acaricia*) Gracias, Fermín.

FERMÍN. — Si le gusta... déjeme. (*DOLORES tiende el pie, FERMÍN le besa el zapato, tiende tímidamente la mano hacia el tobillo*)

DOLORES. — ¡Basta! (*Suaviza el tono*) Basta, Fermín. Fermincito. Mi padre te estará buscando. Sos su mano derecha.

FERMÍN. — (*se alza*) ¡Sí que soy su mano derecha! (*Va hacia la puerta. Se vuelve*) Hace rato que no me llamaba Fermincito. ¡No le voy a decir nada al señor! ¡Y le buscaré más regalos, como antes! (*Va a salir*) Y usted, ¡no hable tanto con el jorobado! ¡Se la dejó marcada, la joroba! (*Ríe, sale*)

DOLORES. — Por mi culpa. Jorobado. ¿Por qué no lo digo, por qué me ofende que lo digan los otros? (*Con esfuerzo*) Joro-ba-do. Mi Rafael es jorobado. ¡No! No tiene joroba, no tiene defecto alguno. Lo querría sin piernas. Ciego. (*Con cuidado, sin mirar, deposita el pájaro sobre la mesa. Sin mirar, se limpia las manos*) Joro-ba-do. ¿Por qué me enamoré de un jorobado si hay tantos derechos, normales, si hay tantos hombres que caminan sin ningún peso en las espaldas? Con el alma negra, ¡pero ningún peso en las espaldas! (*Con esfuerzo, entre dientes*) Rafael jorobado. ¡Joro-ba-do! (*Se tapa la boca*) ¡No puedo! (*Entra RAFAEL*)

RAFAEL. — No sé para qué me mandó llamar. ¡Tonteras!
Algo que combinó con Fermín y... (*La mira*) ¿Qué te pasa?

DOLORES. — Nada. (*Se incorpora*) Te miro.

RAFAEL. — (*tristemente*) ¿Y cómo me ves?

DOLORES. — (*corre hacia él, lo abraza, repite y es cierto*)
¡Hermoso, hermoso, hermoso!

Escena VII

DOLORES y la MADRE en el salón. La MADRE le acomoda el vestido. La mira.

MADRE. — Estás bonita. Pero pálida.

DOLORES. — La emoción, mamá.

MADRE. — Juan Pedro es maravilloso, tan cortés, ¿lo notaste? Siempre me pide permiso.

DOLORES. — (*burlona*) Y te conquistó.

MADRE. — ¿Y a vos no? Tu padre está muy contento.

DOLORES. — ¿Ya hicieron negocios juntos?

MADRE. — ¡Qué ocurrencia!

DOLORES. — (*simula ingenuidad*) ¿Por qué? Papá tenía unos campos para vender, Juan Pedro unos campos para comprar. Papá está bien relacionado y Juan Pedro está mejor. Papá aprueba y Juan Pedro aplaude. Y los dos dicen que los inmundos, salvajes, asquerosos, deben morir. Y esto abarca mucho. ¿Quién no es salvaje? ¿Quién no es asqueroso? ¿Quién no es inmundo? Solo el poder otorga una pureza que nada toca.

MADRE. — Dolores, cuando hablás así no te conozco. ¿No será Rafael quien...?

DOLORES. — ¿Ese? Ese no sale del francés y del latín, mamá. Si piensa, piensa en un idioma que nadie entiende.

MADRE. — Estás pálida. (*Le pellizca las mejillas*) Así tendrás mejor color.

DOLORES. — Más alegría.

FERMÍN abre la puerta a JUAN PEDRO.

JUAN PEDRO. — Señoras. (*Saluda a la MADRE, luego a DOLORES, cuya mano retiene un momento entre las suyas*) Me siento muy feliz.

DOLORES. — Yo también.

JUAN PEDRO. — Acabo de comprar una casa. Estoy ansioso para que usted la vea. Podríamos ir mañana. Con su permiso, señora.

MADRE. — (*contenta*) Lo tiene.

JUAN PEDRO. — (*a DOLORES*) Quisiera que fuera de su agrado.

DOLORES. — Todo es de mi agrado.

JUAN PEDRO. — Y que elija los muebles. Ya los tengo vistos, pero desearía su aprobación.

DOLORES. — (*remedando a la MADRE*) ¡La tiene!

JUAN PEDRO. — (*a la MADRE*) ¿Puedo esperar que nos acompañe, señora?

MADRE. — Sí, encantada. ¿Hacia el mediodía? (*A DOLORES, inquieta*) ¿Creés que tu padre tendrá algún inconveniente? Él, para el almuerzo, es...

DOLORES. — (*la interrumpe*) Ninguno. ¿Pero para qué? Todo estará perfecto. Aunque haya dos sillas, una mesa, una cama.

JUAN PEDRO. — (*sonríe*) Más que eso habrá.

DOLORES. — Lo sé. Compraremos plantas y ese será nuestro lujo. Las plantas y las flores. Y me gustaría una hiedra.

JUAN PEDRO. — El lujo serán las cortinas de raso granate, y los muebles importados y las alfombras. Una servidumbre numerosa para que no la roce ninguna fatiga.

DOLORES. — Me gusta cuidar las plantas.

JUAN PEDRO. — Por supuesto, las cuidará. Como ocio.

DOLORES. — Es usted muy amable. Y tendremos hijos.

JUAN PEDRO. — *(con una sonrisa embarazada hacia la MADRE)* También.

MADRE. — Siéntense y charlen tranquilos. Traeré mi costura y les haré compañía. *(Sale)*

DOLORES. — Con el profesor me deja sola.

JUAN PEDRO. — Es un jorobado. Y... *(sonríe)* y yo tengo más derechos. *(Sin otra palabra, se le tira encima. La toca brutalmente y pretende besarla. DOLORES se resiste. La escena se desarrolla en silencio, intensa y violenta. Ante un ruido de la puerta, JUAN PEDRO se separa y se recompone rápidamente. Entra la MADRE)*

MADRE. — *(con una sonrisa)* Acá estoy. *(Ve agitada a DOLORES, pero no se permite registrar la verdad. Le acaricia la mejilla al pasar)* ¡Qué colores! ¡Siéntense! Yo terminaré esto. *(Se sienta aparte, con su costura)*

JUAN PEDRO. — Le decía a Dolores que me siento muy feliz. *(A DOLORES)* No sabía...

DOLORES. — Yo tampoco. Me parecía que todos los hombres eran tontos y serviles. Ahora comprendo.

JUAN PEDRO. — ¿Qué?

DOLORES. — Que nada es tan simple como uno cree. Y nada tampoco tan complicado. Que lo derecho puede ser torcido y lo giboso plano como un campo dorado. *(Ríe, ácida)*

JUAN PEDRO. — No entiendo. ¿Por qué no hablar llanamente? No soy hombre de estudios.

DOLORES. — Por eso del profesor tonto que le eligió su padre, debe ser. Quería decir que basta encontrar a quien nos está destinado.

JUAN PEDRO. — ¿Soy yo?

DOLORES. — Es quien debe ser.

JUAN PEDRO. — Gracias. (*Mira hacia la MADRE para observar si los vigila. La MADRE levanta la cabeza en ese momento y le sonríe. JUAN PEDRO roza entonces, apenas, delicadamente, la mano de DOLORES con la suya*) Le pedí a su padre que despida al jorobado.

DOLORES. — ¿Por qué?

JUAN PEDRO. — No es agradable de ver. (*Lanza una risita*) La belleza pide belleza, y además, falta tan poco para que nos casemos, tres meses apenas... Es superfluo. Ya sabe lo que una mujer debe saber y el resto... se lo enseñaré yo.

DOLORES. — Justo. Pero hasta que nos casemos, que se quede. Después no aprenderé más nada.

JUAN PEDRO. — Salvo a ser mi esposa.

DOLORES. — Lo aprenderé bien. ¿Le pedirá a mi padre que lo deje hasta entonces?

JUAN PEDRO. — Sí. Si es su deseo.

DOLORES. — Es mi “tonto” deseo. Le diré que cuando usted me visite, se esconda. Yo no lo miro. No necesito mirarlo.

JUAN PEDRO. — Es usted hermosa. (*Mira hacia la MADRE, quien tiene la cabeza baja sobre su costura. Entonces, toma la mano de DOLORES y se la aprieta contra el sexo. DOLORES se aparta con violencia*)

DOLORES. — Mamá, Juan Pedro se va.

MADRE. — ¿Tan pronto?

JUAN PEDRO. — Sí. (*Se levanta*) Pasaré a buscarlas mañana para ver la casa.

MADRE. — Iremos con gusto.

DOLORES. — Ya la imagino. Paredes encaladas...

JUAN PEDRO. — (*sonríe*) Rojas...

DOLORES. — Y una mesa de pino.

JUAN PEDRO. — Roble.

DOLORES. — Y sillas de paja. (*JUAN PEDRO ríe*) Y una cama no muy grande...

MADRE. — Dolores...

DOLORES. — Perdón, mamá.

JUAN PEDRO. — Hasta mañana. A las doce estaré aquí.
(*Besa la mano a DOLORES. La MADRE lo acompaña. Salen*)

DOLORES. — Esa será “nuestra” casa, estúpido, no la tuya.
(*Se asoma RAFAEL*) ¡Rafael!

RAFAEL. — ¡Dolores! ¿Lo viste?

DOLORES. — Acaba de marcharse.

RAFAEL. — ¿De qué hablaron?

DOLORES. — No importa.

RAFAEL. — Sí, importa.

DOLORES. — ¿Estás celoso?

RAFAEL. — Sí.

DOLORES. — ¿Cómo son tus celos?

RAFAEL. — (*finje ferocidad*) ¡Brrr! ¡Lo mataría! (*Cambia de tono*) Lo odio... con su espalda derecha.

DOLORES. — ¿Derecha? Es un nudo lascivo.

RAFAEL. — ¿Qué? ¿Por qué?

DOLORES. — ¡Por nada! ¿Ya arreglaste todo?

RAFAEL. — Sí. Del otro lado del río no pasan carros, no hay silencio impuesto.

DOLORES. — Dicen que es una ciudad pequeña que todavía tiene un tiempo de paz. ¿Cuándo, Rafael?

RAFAEL. — Hoy. Cruzaremos el río a las diez de la noche.

DOLORES. — ¡Oh, tengo tal susto, Rafael!

RAFAEL. — Y yo también. ¡Atraverse con una niña rica! Es grave esto que hago.

DOLORES. — Que hacemos.

RAFAEL. — No se mide con la misma vara.

DOLORES. — ¿Te arriesgo?

RAFAEL. — No. Lo que arriesga es la infamia. Fermín o...

DOLORES. — Mi padre.

RAFAEL. — Sí. Y la ciudad detrás de tu padre. Pero todo saldrá bien.

DOLORES. — Tendremos una casa con retamas y santaritas. Y una cama chica.

RAFAEL. — Grande.

DOLORES. — ¿Por qué grande?

RAFAEL. — *(le cuesta, pero hace la broma)* ¡Para que no te tropieces con mi joroba! *(Ríe con esfuerzo, pero como DOLORES ríe libremente, se tientan los dos, felices)* Y no tendremos nada rojo. Nada que huela a sangre.

DOLORES. — Todo blanco.

RAFAEL. — Todo blanco hasta en la oscuridad.

DOLORES. — Mostrame los ojos. *(Se los besa)* Te quiero con los ojos abiertos y cerrados. Y tendremos niños.

RAFAEL. — No de mí.

DOLORES. — *(enojada)* ¿De quién si no? ¿Qué pensás?

RAFAEL. — *(sonríe, triste)* No saqués las garras, leona.

DOLORES. — Las saco con los tontos. Serán hermosos. Seguro. Como vos, tan derecho adentro, tan bien construido.

RAFAEL. — ¡Ay, es demasiado!

DOLORES. — Demasiado, ¿qué?

RAFAEL. — Este amor...

DOLORES. — (*ríe, canturrea*) ¡Rafael se asustó! Es una niña bonita, ¡tiene miedo del amor!

RAFAEL. — ¿Quién tiene miedo? (*La abraza cuerpo a cuerpo*)

DOLORES. — (*contesta*) ¡Rafael!

RAFAEL. — ¿Yo tengo miedo? ¿Te parece? (*La aprieta*)

DOLORES. — (*por un segundo no entiende. De pronto*) ¡Oh, Rafael! (*RAFAEL ríe*) ¡Soltame! ¡Estoy de novia!

RAFAEL. — (*la suelta*) ¡Con el señor de los Campos Dorados! (*Remeda a JUAN PEDRO*) ¿Baila conmigo?

DOLORES. — (*remeda, con las manos abiertas sobre los ojos*) ¡No lo miraré para no asustarme!

RAFAEL. — ¡Sí me mirarás! (*La persigue en torno de la mesa*)

DOLORES. — ¡No, que me impresiono!

RAFAEL. — (*logra sujetarla por una mano*) Te salvás de un buen nombre, ¡señora de los Campos Dorados!

DOLORES. — (*ríe*) ¡Ay, qué nombre! ¡Campos plateados!

RAFAEL. — ¡Dorados!

DOLORES. — ¡Inundados! (*Remeda*) Es superfluo que usted estudie. Ya sabe lo que una mujer debe saber y el resto... se lo enseñaré yo.

RAFAEL. — (*tierno y alusivo*) ¡“Yo” te lo enseñaré! (*Ríe*) Acercate.

DOLORES. — ¡No! (*Ríe, se escapa. Con gran ruido, se protege con una silla. Se oye pasar el carro. Atienden los dos, dejan de reír*)

RAFAEL. — ¡Ssss! Hagamos silencio.

DOLORES. — ¡No! ¡No me asusta ningún maldito carro! No solo te elijo a vos, ¡elijo cabezas sobre los hombros!

RAFAEL. — Sí, pero hagamos silencio. ¡No seas loca!

DOLORES. — ¡No soy! Yo, Dolores, soy cuerda y dejo la locura a los tristes. Vení. ¿Querés casarte conmigo?

RAFAEL. — Sí.

DOLORES. — ¿Cuándo?

RAFAEL. — Mañana.

DOLORES. — A esta hora estaremos lejos. ¿Querés vino?

RAFAEL. — No bebo.

DOLORES. — *(lo abraza)* Entonces, te bebo a vos.

RAFAEL. — *(alusivo)* Pero entero, ¿eh? *(DOLORES ríe, cierra los ojos con la cabeza apoyada sobre el hombro de RAFAEL. Se oye pasar el carro)*

DOLORES. — *(se pone rígida, se separa)* Pasa el carro otra vez.

RAFAEL. — Sí. No debemos olvidarlo, Dolores. Aunque seamos felices, no debemos olvidar que pasa el carro. Yo también: no solo te elijo a vos, elijo cabezas sobre los hombros... *(Se oye pasar el carro. Se miran inmóviles. En un momento, DOLORES extiende la mano hacia el rostro de RAFAEL. La deja inmóvil en el aire. RAFAEL se inclina y apoya su rostro en la mano)*

Escena VIII

El salón en penumbras. DOLORES espera en un rincón, un abrigo sobre los hombros, sosteniendo un pequeño atado entre sus manos. Hay un ruido afuera, no muy fuerte, como una puerta que bate o que se abre y se cierra.

DOLORES. — *(se sobresalta, susurra)* ¿Rafael? *(Silencio. Suspira y deja el atado en el suelo. Canta como una niña que teme la oscuridad, pero la voz se le quiebra. Silenciosamente, entra alguien)* ¿Rafael? *(Se acerca y toca. Con una exclamación ahogada)* ¡Mamá!

MADRE. — ¿Qué estás haciendo aquí, Dolores? A esta hora.

DOLORES. — No podía dormir. Tenía... hambre.

MADRE. — *(grave y reticente)* Sí. No comiste en la cena.

DOLORES. — Por eso.

MADRE. — Hubieras ido a la cocina. Llamado a un criado.

DOLORES. — No... se me ocurrió.

MADRE. — Podés irte a dormir. *(Una pausa)* No vendrá.

DOLORES. — ¿Quién?

MADRE. — Rafael. *(Le saca el abrigo de los hombros)*
Vestida para salir. *(Señala el bulto en el suelo)* Se iban a ir juntos. Robaste la casa.

DOLORES. — (*ríe temblorosa*) ¡Qué idea! Hacía frío. Tengo frío. (*Esboza un gesto para tomar el abrigo, pero no lo concluye*)

MADRE. — Nunca mentías.

DOLORES. — (*un silencio*) Es verdad. (*El diálogo siguiente se desarrolla en tono casi confidencial, la voz de DOLORES demasiado tranquila*)

MADRE. — Tu padre se enteró.

DOLORES. — ¿Se enteró? ¿Cómo? (*Silencio de la MADRE*)
¿Cómo? ¿Lo sabías?

MADRE. — Me di cuenta.

DOLORES. — Vos te diste cuenta, ¿y él? ¿Se lo dijo Fermín? (*Silencio de la MADRE*) ¿Fermín?

MADRE. — No.

DOLORES. — Tampoco vos mentís. (*Le acaricia la mejilla*)
Te lo agradezco. ¿Se lo dijiste? ¿Cuándo?

MADRE. — Antes de la cena, esta tarde.

DOLORES. — Si comimos juntos después y no... Papá me dijo: Chiquita, comé. Y bromeó. Estaba contento y sabía... ¿Por qué estaba contento?

MADRE. — Sabía.

DOLORES. — ¿Dónde está Rafael?

MADRE. — (*intenta marcharse*) Vamos a dormir.

DOLORES. — (*la retiene*) ¿Dónde está?

MADRE. — Ya no importa.

DOLORES. — (*muy bajo, pero con gran tensión*) “¿Ya?”
Antes y después y siempre importa. (*Alza la voz*)
¿Ya?

MADRE. — No grités.

DOLORES. — ¿Todo el mundo duerme?

MADRE. — No. Nadie duerme.

DOLORES. — ¿Y Rafael?

MADRE. — Duerme.

DOLORES. — ¿Él?

MADRE. — ¡Duerme!

DOLORES. — (*incrédula*) Nos... denunciaste. Estuviste espiándonos y... nos denunciaste.

MADRE. — No. Yo pensé que...

DOLORES. — Si nunca pensaste nada. ¿“Cuándo” empezaste a pensar? ¿Para qué?

MADRE. — Pensé que era mejor.

DOLORES. — Oh, qué algodón tenés adentro. Qué algodón sucio...

MADRE. — Dolores.

DOLORES. — Dolores mi alegría.

MADRE. — ¿Dónde iban a ir? Mi chiquita que roba en su casa y... y un jorobado por...

DOLORES. — (*con odio frío y concentrado*) Envidiosa. Aceptaste todo desde el principio, envidiosa de que los otros vivan. No por cariño. Miedo. Tímida de todo. A mí me hiciste esto. Miedo de vivir hasta a través de mí. Humillada que ama su humillación.

MADRE. — No quiero oírte, no entiendo, no... Siempre fuiste caprichosa. ¡Vamos a dormir! (*Con angustia*) Acostate en tu cama y...

DOLORES. — Espero a Rafael.

MADRE. — Y tapate y cerrá los ojos y... la puerta de tu cuarto para que nadie entre...

DOLORES. — Espero a Rafael.

MADRE. — No vendrá.

DOLORES. — ¿Por qué estás tan segura? Duerme, dijiste. ¿Cómo puede dormir?

MADRE. — No vendrá.

Dolores ¿Por qué? ¿Qué le han hecho? ¿Qué le ha hecho ese hombre que odia todo lo que no sea su poder?

MADRE. — Ya...

DOLORES. — (*salvaje*) ¡Dije que no digas “ya”! ¡Voy a buscarlo!

MADRE. — ¡No! (*La retiene*)

DOLORES. — ¡Dejame salir! ¿Nadie duerme? ¡Pues que se muestren despiertos! (*Se suelta*) ¡Voy a buscarlo!

MADRE. — ¡No vayas!

DOLORES. — (*se detiene*) ¿Por qué?

MADRE. — Lo traerán aquí. ¡Yo no quería!

DOLORES. — ¿Qué?

MADRE. — (*vencida*) Que lo trajeran...

DOLORES. — ¿Le han... pegado? ¿El escarmiento? ¿Creen que los seres escarmientan? ¿Pero qué piensan que somos? ¿Qué bestias son que no se conocen?

MADRE. — Callate. (*Rompe a llorar*)

DOLORES. — Tus lágrimas. (*Lentamente*) Ahora. Ya entiendo.

MADRE. — (*llora*) ¡Dolores!

DOLORES. — Qué espanto me dan tus lágrimas. Me pusiste un buen nombre. El nombre es el destino. (*Alza la voz*) ¡Yo no lloraré! Seca en mi odio. ¿Por qué estamos en esta oscuridad? Es de noche. (*Sonríe crispada*) Iba a escaparme. Pero no hay razón para la oscuridad. Encenderé las luces. (*Enciende febrilmente las velas, una por una, pero habla con tensa tranquilidad*) Para vernos las caras, mamá. Si no, una puede engañarse, oígo tu llanto, pero no lo veo bien. ¿Te pegó papá? ¿Por eso llorás? ¿A ver tu cara? (*Brutalmente, le toma el rostro que la MADRE*

quiere hurtar) Es la misma. Más fea. Tocate. (*Le lleva la mano a la cara*) Un tumor sobre la boca y telarañas sobre los ojos. Lagañas también. ¡Tocate! Vas a sentir tu propia fealdad. (*La deja*) Y mi cara, ¿cómo es ahora? (*Se toca*) No me la conozco. Pero no es mi cara la que me importa. ¡Ni la tuya!

MADRE. — No grités, Dolores, no me guardés rencor. ¡Se me escapó todo de las manos! Tu padre me preguntó y...

DOLORES. — (*con exasperación contenida, como si intentara una explicación común*) Es lo que pasa, mamá. Cuando se decide por los otros, es lo que pasa, se escapa todo de las manos y el castigo no pertenece a nadie. Entonces, uno finge que no pasó nada y todo el mundo duerme en buena oscuridad, y como el sol no se cae, al día siguiente uno dice: no pasó nada. E ignora su propia fealdad. ¡Tocate! (*Con una sonrisa crispada*) Y para colmo, encendí las luces. (*La MADRE tiende la mano para apagar una*) ¡No te atrevas! ¡Necesito ver el castigo! Necesito que no me quiten eso, el cuerpo castigado. (*Va hacia la puerta, grita furiosa de dolor*) ¡Fermín! ¡Fermín! (*FERMÍN se asoma enseguida. DOLORES*) Nadie duerme hoy en esta casa. ¿Qué te ordenó mi padre?

FERMÍN. — Que lo trajera.

DOLORES. — ¿Y qué esperarás, lacayo? ¿Que te llore?

FERMÍN. — Conocí a la señorita de niña. No me gusta que sufra.

DOLORES. — (*ríe*) ¡Buena respuesta! (*Se corta. Feroz*) ¡Traelo!

FERMÍN. — Su padre me lo ordenó. (*Su brutalidad se impone. Sonríe*) Quería que el jorobado no faltara a la cita.

DOLORES. — (*suavemente*) No lo hagás faltar. (*Sale FERMÍN. DOLORES enciende otra vela. Con dura naturalidad*) Quedó apagada esta. ¿Me ves bien, mamá?

MADRE. — Dolores, ¿por qué no te fuiste?

DOLORES. — (*con frío desprecio*) ¿A encerrarme en mi cuarto? No hay ninguna puerta para el dolor, mamá. ¡Tonta! (*Se abre la puerta. FERMÍN carga el cuerpo sin vida de RAFAEL. Lo arroja como un fardo sobre el piso. DOLORES, inmóvil, no aparta la vista*)

FERMÍN. — (*con un gesto de excusa*) Yo le hubiera pegado nada más. (*Se le escapa la risa*) ¡En la joroba!

MADRE. — Está bien, Fermín. Andate. (*Sale FERMÍN.*)

DOLORES. — (*siempre con la vista fija en RAFAEL*) Gracias, mamá. (*Con movimientos rígidos, se acerca, se arroja junto a él. Serena y en silencio. No lo toca. Lo mira largamente*) No bastaba pegarte, jorobadito. Pero no fue por tu joroba. Jorobadito. Todos debemos vivir de la misma manera. Y quien pretende escapar, muere. (*La MADRE solloza. DOLORES se alza*) ¡Fuera!

MADRE. — (*intenta acercarse*) ¡No me echés! ¡Es que tu padre es tan duro!

DOLORES. — (*salvaje*) ¡Fuera! ¡Quiero estar sola! ¡Decile gracias! ¡Le agradezco que me permita mirar a mi muerto! ¡Pero no quiero llantos a mi alrededor! ¡Llanto hipócrita! ¡Fuera!
Entra el PADRE, con FERMÍN, quien trae una bandeja con una jarra y tres tazas.

PADRE. — (*muy tranquilo*) ¿Quién grita? Dolores, no me gustan los gritos. No me dejan pensar. Vamos a dormir todos, ¿eh? Ni hablaremos de esto. Nos bebemos una taza de chocolate y...

DOLORES. — A dormir... (*Mira a los tres, masculla con un odio contenido y feroz*) ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Que el odio los consuma! ¡Que la memoria no los deje vivir en paz! ¡A vos, con tu poder, y a vos, mano verduga, y a vos, hipócrita y pusilánime!

PADRE. — ¿Qué criamos? ¿Una víbora? ¡Ya te sacaremos el veneno de la boca!

DOLORES. — ¡No podrás! ¡Tengo un veneno dulce, un veneno que mastico y trago!

PADRE. — Peor para vos. Ahora a dormir, ¡y es una orden!

DOLORES. — (*ríe*) ¿Qué? ¿Cómo no te das cuenta, papito? Tan sabio. (*Furiosa*) ¡Ya nadie ordena nada! (*Con una voz áspera y gutural*) ¡En mí y conmigo, nadie ordena nada! ¡Ya no hay ningún más allá para tener miedo! ¡Ya no tengo miedo! ¡Soy libre!

PADRE. — (*furioso*) ¡Silencio! ¡Nadie es libre cuando yo no quiero! ¡En esta casa, mando yo todavía! ¡Dije a dormir!

DOLORES. — ¡Jamás cerraré los ojos! Si me dejás viva, ¡jamás cerraré los ojos! ¡Voy a mirarte siempre despierta, con tanta furia, con tanto asco!

PADRE. — ¡Silencio!

DOLORES. — ¡Te lo regalo el silencio! ¡No sé lo que haré, pero ya es bastante no tener miedo! (*Ríe, estertorosa y salvaje*) ¡No te esperabas esta! ¡Tu niñita, tu tierna criatura...!

MADRE. — ¡Dolores!

DOLORES. — Dolores, ¿qué? (*Desafiante, al PADRE*) ¡Dolores mi alegría, me decía el jorobado! ¡A tus espaldas!

PADRE. — ¡Te molere a golpes! (*Va a pegarle, pero la MADRE se interpone y recibe el bofetón*)

DOLORES. — ¡Gracias, mamá! ¡A buena hora! ¡El algodón sucio sirve! ¡Te dije que no tengo miedo! ¡Menos de este!

PADRE. — ¡Que se calle! ¡Fermin, llevátela! ¡Sáquenla de mi vista!

DOLORES. — (*forcejea, mientras FERMÍN la arrastra, grita furiosa*) ¡Te odio! ¡Te odio!

PADRE. — ¡Silencio!

DOLORES. — (*con una voz rota e irreconocible*) ¡El silencio grita! ¡Yo me callo, pero el silencio grita!

FERMÍN, junto con la MADRE, la arrastra hacia fuera y la última frase se prolonga en un grito feroz. Una larga pausa.

PADRE. — (*mira de soslayo el cuerpo de RAFAEL. Se yergue inmóvil, con los ojos perdidos. Suspira*) Qué silencio...

Después de un momento

Telón

El nombre

Un banco largo.

Entra MARÍA, se sienta. Levanta la cabeza, mirando.

MARÍA. — ¡Qué lindo sol! (*Tiende la mano como si recibiera lluvia*) Moja... y caliente.

La primera señora fue muy buena. Yo tenía 16 años. (*Se le pierde la mirada en un punto del suelo. Se levanta*) Me parecía que acá había... No, me equivoqué. (*Vuelve a sentarse*) Tenía una pieza para mí, sin ventanas. Linda sí, con una frazada marrón para el invierno y la almohada... blanda. Me dio un poco de asco al principio porque estaba manchada de... no sé, pero le hice una funda y apoyé la cabeza sin acordarme de que abajo había... manchas.

Era como una princesa, ahí, en mi pieza, después del trabajo. Estaba sola, nadie me molestaba, salvo Tito que a veces se despertaba con pesadillas y me llamaba: “¡Ernestina!, ¡Ernestina!”. No es un lindo nombre. La señora me dijo: “¿Cómo te llamás?”.

Es lo primero que preguntan porque necesitan saber cómo se llama una. Tiran el nombre y una debe correr detrás: “¿Señora?”.

“María”, le dije. Le gustó el nombre, pero me lo cambió. ¿Y por qué no? ¿Qué importancia tiene un nombre? Cualquiera sirve.

Las muchachas no paraban en la casa y Tito podía ser feroz. (*Mira un punto*) Me parece que ahí hay... (*Se sujeta al banco. Lucha por no levantarse*) Miro. (*Se levanta y observa*) No, no hay nada.

(*Vuelve a su asiento*) Una vez me puso un sapo en la cama, qué susto. Empecé a gritar y la señora se enojó mucho conmigo. Creo que a Tito le dio lástima, quizás porque a él también le gritaban. Tito no era muy inteligente, tenían miedo de que fuera... (*Un gesto*). Por eso, para no embrollarlo con tantos cambios, todas las muchachas se llamaban igual: Ernestinas. Yo también me llamé Ernestina. No sé de dónde habían sacado el nombre, de una abuela o... (*no recuerda*) Me encariñé mucho con Tito, y él también conmigo, sobre todo después de lo del sapo. No se me despegaba en todo el día. La señora salía mucho y aprovechábamos. Se venía a mi cama, tenía seis años, y dormíamos juntos, con las manos apretadas, como dos perdidos. (*Sonríe*) Me enseñó a jugar a las damas, pero ya lo olvidé. Yo también soy un poco...

Pero después creció. Y para qué, entonces, iba a necesitar a alguien como yo que lo cuidara. Yo no podía cuidarlo en lo importante, en sus penas de muchacho que crece y se hace hombre. Así que la señora un día me llamó y me dijo: “Ernestina”. (*Extiende la mano*) Me estoy mojando. Me dijo: “Ernestina, buscate otro trabajo”.

Tito lloró, creo que... fueron sus últimas lágrimas de chico. Yo... yo también lloré, menos, ¿no?, porque yo era la sirvienta, no tenía por qué encariñarme. Saqué la funda de la almohada, que era mía, (*seca*) la funda era mía, y me fui. No quise cuidar a otro chico, una se encariña y es tonto, porque los chicos no son de una. (*Se toca el vientre*) Quizás, yo también... ¿no? Me cayó una vieja... No sé si los viejos me gustan. Con esta no me encariñé. Estaba enferma, le tenía pena, pero no cariño. ¡Ni pena le tenía! No me dejaba dormir, “Lucrecia, Lucrecia”, de día y de noche. Creo que... era mala. Enferma y mala. Y bien mirado, ¿por qué no iba a ser mala? La trataban como a un mueble. Apenas balbuceaba “quiero...”, le decían: “Callate, mamá. Tenés todo”. ¿Cómo podían estar tan seguros? ¿Qué saben lo que a una puede faltarle? (*Levanta con cuidado el pie y lo baja, como si sujetara algo*) Hay algo acá, bajo mi pie. (*Levanta el pie, mira*) No, nada. (*Retoma sin transición*) La pobre vieja no tenía nada, nada propio, ni el sol, el calorcito en invierno que da el sol, tampoco eso. “Hace frío, sáquela del patio, Lucrecia”, me decían, ¿qué sabían ellos cuándo los huesos necesitan sol? Y ni siquiera en verano. La ponían al fresco y la vieja quería sol. No tenía nada. Solo a mí. Entonces no me dejaba tranquila, porque si a uno le sacan todo, se pone malo y se la desquita con alguien. Me tenía a mí, a quien pagaban para eso, como quien paga la ausencia de un remordimiento. A mí sí me decía “quiero”. “Lucrecia, quiero”, “Lucrecia, dame”. Porque me llamaba Lucrecia.

Lucrecia era una hija que se le había muerto sin que se diera cuenta. (*Furiosa*) ¡Y esto no es una ganga! No se dio cuenta y no se lo dijeron. Yo le hubiera abierto la cabeza de arriba abajo para meterle adentro que se le había muerto la hija. Porque una debe tener sus muertos apretados así, ¡en el puño! (*Abre la mano, mira*) Nada. Y fui Lucrecia. ¿Qué me costaba? Un nombre vale lo que otro. (*Sonríe*) Además, nunca había sido la hija de una señora rica. No la llamaba mamá, pero le celebré el cumpleaños. Los hijos habían venido a felicitarla, ¡pero de comer...! A la vieja se le iban los ojos. “Te hace mal, mamá”, decía la señora, y le apartaba la mano. Los otros comían y la vieja tragaba en seco, miraba ansiosa, como un chico. ¿Qué podía pasarle? Una apoplejía. (*Ríe*) Eso fue un sábado y el domingo quedamos solas en la casa. Yo tenía la mirada de la vieja acá. (*Se señala la frente*) Le hice una fiesta. Casi se cae de espaldas. (*Ríe*) En lugar de llevarle la sopa aguada a su pieza, la traje al comedor. Compré todo con mi plata, hasta una torta de cumpleaños. ¡Cómo comió! Primero me miraba como pidiéndome permiso, pero después, ¡directamente al buche! Yo le servía y en una de esas me dice: “¿Qué hacés ahí, parada como una momia? Sentate”. Y me senté a la mesa, con mantel. No sé si en ese momento se dio cuenta de que yo no era la hija, que hubiera tenido como sesenta años, porque estaba achispada y me dijo: “¿No tenés novio?”.

A mí me preguntó, que me pasaba los lunes en el cine, sola, viendo cómo los otros vivían juntos, les

pasaban cosas juntos. A mí no me pasaba nada, (*ríe*) solo la vieja.

“No, señora”, le dije.

“¡Qué señora! Trago lo que me da una sirvienta. ¡Qué señora!” Y estaba furiosa. Pero la furia se le pasó enseguida. Se puso triste.

“No llegués a vieja”, me dijo.

“¿Por qué no, señora?”

“No llegués a vieja. No es lindo.”

“¡Qué no va a ser lindo!” Y le encendí la velita de la torta.

“Piense un deseo”, le dije.

“¿Y se cumple?”

“Sí.”

Entonces la vieja me miró fijo y cerró los ojos. ¡Qué cara tenía con los ojos cerrados! Se le borra-ba la maldad. Parecía buena, desconsolada... (*Ríe*) ¡Tardó tanto en desear algo! “¡Vamos, terminela!”, le dije. Pero no abrió los ojos. Me dio miedo. Vaya a saberse lo que estaba deseando. Lloraba. (*Sonríe*) ¡Borrachera de vieja! Y me incliné y le besé la mejilla, sobre las lágrimas, para que no deseara lo que estaba pensando...

Fue la única vez y no me rechazó. Raro. Porque era mala. Me hacía perrerías. La llevaba al baño, la limpiaba y a los dos minutos... Me tenía loca. “Lucrecia, hija mía, no me vas a heredar”, me decía la bruja, “atendé bien a tu mamá”. Le hubiera dado cianuro. Acabó por morirse y no se llevó ni a los vivos ni a los muertos con ella. Una mentira, eso se llevó, aunque pensándolo bien, se moría y me apretaba

la mano y yo quería decirle: “Abuelita, no tenga miedo”, pero no podía decirle abuelita, no era nada de ella, y no sé si al final la vieja no se dio cuenta porque me soltó la mano, me largó una mala palabra y se fue sola y bien a la muerte. Sí, una mala palabra... Hija de puta, me dijo.

Suerte que se murió ahí mismo y yo dormí tres días seguidos para desquitarme, y quizás por esto o por la mala palabra, la señora me llamó y me dijo, llorando: “Mamá murió, Lucrecia, no te necesitamos más. Te agradezco, Lucrecia, ¡te agradezco, Lucrecia!”.

Y yo también lloré un poco porque me había encariñado con la vieja, (*rectifica, dura*) no cariño, pena, aunque me largó con esa palabra, era su hija, ¿no?, y me encontré en la calle.

Busqué otro trabajo y pensé si podía tener un tiempo mío. ¿Pero cómo tenerlo? ¿Y qué haría con él? La transparencia del tiempo que solo muestra lo que está vivo... (*Tiende la mano*) Paró el sol. ¿O era lluvia? Y entonces, estuve en varias casas porque no sabía trabajar bien, me echaban. Me quedaba dormida sobre los platos sucios, iba a comprar y me perdía... buscaba... (*Mira*) No sé. En una casa me llamé Florencia porque la señora era de Florencia y quería recordar su ciudad y yo me sentí contenta por un tiempo porque parece que es una ciudad que... (*se olvida*) ¿Cómo? Me enfermé y en el hospital me llamaban La Muda porque hablaba poco. No sabía qué decir. Y después se me dio por hablar. Hablaba como si tuviera a Tito y fuera Ernestina, o cuidara a la vieja y fuera Lucrecia, o tuviera los nombres que

me pusieron las señoras, y cuando me acordaba que había sido una ciudad, entonces murmuraba como un río que pasa por la ciudad, y todos se reían de mí y a mí no me gustaba. (*Canturrea con la boca cerrada, meciéndose*) Yo les daba este nombre y no entendían. El sol tiene lindo nombre. Corto y luminoso, (*cierra los ojos*) me enceguece. Un médico del hospital me llevó a su casa. Necesitaba una muchacha. Y la señora me dice, sin maldad, “¿Cómo te llamas?”. Yo vacilé un poco, canturreé como el río, y la señora se asustó. No entendía. Quería un nombre de persona, de gente. Entonces pensé, para darle gusto, y elegí el nombre más hermoso: Eleonora. Y la señora, qué casualidad, se llamaba como yo, Eleonora. Y me dijo: “No, te pido un favor, ¿puedo llamarte María? Es tu nombre. María”. Y casi sonaba bien como lo decía ella. María. Pero no quise. “¿De quién es ese nombre, señora? No mío. Cámbiese usted el nombre. Usted se llama señora, ¡señora!”.

(*Mira, se inclina, ríe*) Acá encontré... Acá encontré, por fin... (*Se endereza, como si trajera algo en la mano. Mira*) Nada.

Ni siquiera quise ese nombre, Eleonora. Se lo dejé a ella. Este no me lo quita nadie.

Se balancea canturreando, pero de pronto, abre la boca y el canto se transforma en un largo, interminable grito.

Interior de una peluquería. Una ventana y una puerta de entrada. Un sillón giratorio de peluquero, una silla, una mesita con tijeras, peine, utensilios para afeitar. Un paño blanco, grande, y unos trapos sucios. Dos tachos en el suelo, uno grande, uno chico, con tapas. Una escoba y una pala. Un espejo móvil de pie. En el suelo, a los pies del sillón, una gran cantidad de pelo cortado. El PELUQUERO espera su último cliente del día, hojea una revista sentado en el sillón. Es un hombre grande, taciturno, de gestos lentos. Tiene una mirada cargada, pero inescrutable. No saber lo que hay detrás de esta mirada es lo que desconcierta. No levanta nunca la voz, que es triste, arrastrada. Entra HOMBRE, es de aspecto muy tímido e inseguro.

HOMBRE. — Buenas tardes.

PELUQUERO. — (*levanta los ojos de la revista, lo mira. Después de un rato*) ... tardes... (*No se mueve*)

HOMBRE. — (*intenta una sonrisa, que no obtiene la menor respuesta. Mira su reloj furtivamente. Espera. El PELUQUERO arroja la revista sobre la mesa, se levanta*

como con furia contenida. Pero en lugar de ocuparse de su cliente, se acerca a la ventana y dándole la espalda, mira hacia fuera. HOMBRE, conciliador) Se nubló. (Espera. Una pausa) Hace calor. (Ninguna respuesta. Se afloja el nudo de la corbata, levemente nervioso. El PELUQUERO se vuelve, lo mira, adusto. El HOMBRE pierde seguridad) No tanto... (Sin acercarse, estira el cuello hasta la ventana) Está despejado. Mm... mejor. Me equivoqué. (El PELUQUERO lo mira, inescrutable, inmóvil. HOMBRE) Quería... (Una pausa. Se lleva la mano a la cabeza con un gesto desvaído) Si... si no es tarde... (El PELUQUERO lo mira sin contestar. Luego le da la espalda y mira otra vez por la ventana. HOMBRE, ansioso) ¿Se nubló?

PELUQUERO. — (un segundo inmóvil. Luego se vuelve. Bruscamente) ¿Barba?

HOMBRE. — (rápido) No, barba, no. (Mirada inescrutable) Bueno... no sé. Yo... yo me afeito. Solo. (Silencio del PELUQUERO) Sé que no es cómodo, pero... Bueno, tal vez me haga la barba. Sí, sí, también barba. (Se acerca al sillón. Pone el pie en el posapié. Mira al PELUQUERO esperando el ofrecimiento. Leve gesto oscuro del PELUQUERO. HOMBRE no se atreve a sentarse. Saca el pie. Toca el sillón tímidamente) Es fuerte este sillón, sólido. De... de madera. Antiguo. (El PELUQUERO no contesta. Inclina la cabeza y mira fijamente el asiento del sillón. HOMBRE sigue la mirada del PELUQUERO. Ve pelos cortados sobre el asiento. Impulsivamente los saca, los sostiene en la mano. Mira al suelo...) ¿Puedo...? (Espera. Lentamente, el PELUQUERO niega con la cabeza. HOMBRE, conciliador)

Claro, es una porquería. (*Se da cuenta de que el suelo está lleno de cabellos cortados. Sonríe confuso. Mira el pelo en su mano, el suelo, opta por guardar los pelos en su bolsillo. El PELUQUERO, instantánea y bruscamente, sonríe. HOMBRE aliviado*) Bueno... pelo y... barba, sí, barba. (*El PELUQUERO, que cortó su sonrisa bruscamente, escruta el sillón. HOMBRE lo imita. Impulsivamente, toma uno de los trapos sucios y limpia el asiento. El PELUQUERO se inclina y observa el respaldo, adusto. HOMBRE lo mira, sigue luego la dirección de la mirada. Con otro raptó, impulsivo, limpia el respaldo. Contento*) Ya está. A mí no me molesta... (*El PELUQUERO lo mira, inescrutable. Se desconcierta*) Dar una mano... Para eso estamos, ¿no? Hoy me toca a mí, mañana a vos. ¡No lo estoy tuteando! Es un dicho que... anda por ahí. (*Espera. Silencio e inmovilidad del PELUQUERO*) Usted... debe estar cansado. ¿Muchos clientes?

PELUQUERO. — (*parco*) Bastantes.

HOMBRE. — (*tímido*) Mm... ¿me siento? (*El PELUQUERO lo mira, inescrutable*) Bueno, no es necesario. Quizás usted esté cansado. Yo, cuando estoy cansado... me pongo de malhumor... Pero como la peluquería estaba abierta, yo pensé... Estaba abierta, ¿no?

PELUQUERO. — Abierta.

HOMBRE. — (*animado*) ¿Me siento? (*El PELUQUERO niega con la cabeza, lentamente. HOMBRE*) En resumidas cuentas, no es... necesario. Quizás usted corte de parado. A mí, el asado me gusta comerlo de parado. No es lo mismo, claro, pero uno está más firme. ¡Si tiene buenas piernas! (*Ríe. Se interrumpe*)

No todos... ¡Usted sí! (El PELUQUERO no lo atiende. Observa fijamente el suelo. HOMBRE sigue su mirada. El PELUQUERO lo mira, como esperando determinada actitud. HOMBRE recoge rápidamente la alusión. Toma la escoba y barre. Amontona los pelos cortados. Mira al PELUQUERO, contento. El PELUQUERO vuelve la cabeza hacia la pala, apenas si señala con un gesto de la mano. El HOMBRE reacciona velozmente. Toma la pala, recoge el cabello del suelo, se ayuda con la mano. Sopla para barrer los últimos, pero desparrama los de la pala. Turbado, mira a su alrededor, ve los tachos, abre el más grande. Contento) ¿Los tiro aquí? (El PELUQUERO niega con la cabeza. HOMBRE abre el más pequeño) ¿Aquí? (El PELUQUERO asiente con la cabeza. HOMBRE, animado) Listo. (Gran sonrisa) Ya está. Más limpio. Porque si se amontona la mugre es un asco. (El PELUQUERO lo mira, oscuro. HOMBRE pierde seguridad) No... ooo. No quise decir que estuviera sucio. Tanto cliente, tanto pelo. Tanta cortada de pelo, y habrá pelo de barba también, y entonces se mezcla que... ¡Cómo crece el pelo!, ¿eh? ¡Mejor para usted! (Lanza una risa estúpida) Digo, porque... Si fuéramos calvos, usted se rascaría. (Se interrumpe. Rápidamente) No quise decir esto. Tendría otro trabajo.

PELUQUERO. — (neutro) Podría ser médico.

HOMBRE. — (aliviado) ¡Ah! ¿A usted le gustaría ser médico? Operar, curar. Lástima que la gente se muere, ¿no? (Risueño) ¡Siempre se les muere la gente a los médicos! Tarde o temprano... (Ríe y termina con un gesto. Rostro muy oscuro del PELUQUERO. HOMBRE se asusta) ¡No, a usted no se le moriría! Tendría

clientes, pacientes, de mucha edad. (*Mirada inescrutable*) Longevos. (*Sigue la mirada*) ¡Seríamos inmortales! Con usted de médico, ¡seríamos inmortales!

PELUQUERO. — (*bajo y triste*) Idioteces. (*Se acerca al espejo, se mira. Se acerca y se aleja, como si no se viera bien. Mira después al HOMBRE, como si este fuera culpable*)

HOMBRE. — No se ve. (*Impulsivamente, toma el trapo con el que limpió el sillón y limpia el espejo. El PELUQUERO le saca el trapo de las manos y le da otro más chico. HOMBRE*) Gracias. (*Limpia empeñosamente el espejo. Lo escupe. Refriega. Contento*) Mírese. Estaba cagado de moscas.

PELUQUERO. — (*lúgubre*) ¿Moscas?

HOMBRE. — No, no. Polvo.

PELUQUERO. — (*ídem*) ¿Polvo?

HOMBRE. — No, no. Empañado. Empañado por el aliento. (*Rápido*) ¡Mío! (*Limpia*) Son buenos espejos. Los de ahora nos hacen caras de...

PELUQUERO. — (*mortecino*) Marmotas...

HOMBRE. — (*seguro*) ¡Sí, de marmotas! (*El PELUQUERO, como si efectuara una comprobación, se mira en el espejo, y luego mira al HOMBRE que rectifica velozmente*) ¡No a todos! ¡A los que son marmotas! ¡A mí! ¡Más marmota de lo que soy!

PELUQUERO. — (*triste y mortecino*) Imposible. (*Se mira en el espejo. Se pasa la mano por las mejillas, apreciando si tiene barba. Se toca el pelo, que lleva largo, se estira los mechones*)

HOMBRE. — Y a usted, ¿quién le corta el pelo? ¿Usted? Qué problema. Como el dentista. La idea me causa

gracia. (*El PELUQUERO lo mira. Pierde seguridad*)
Abrir la boca y sacarse uno mismo una muela... No se puede... Aunque un peluquero, sí, con un espejo... (*Mueve los dedos en tijeras sobre su nuca*) A mí, qué quiere, meter la cabeza en la trompa de otros, me da asco. No es como el pelo. Mejor ser peluquero que dentista. Es más... higiénico. Ahora la gente no tiene... piojos. Un poco de caspa, seborrea. (*El PELUQUERO se abre los mechones sobre el cráneo, mira como efectuando una comprobación, luego mira al HOMBRE*) No, usted no. ¡Qué va! ¡Yo! (*Rectifica*) Yo tampoco... Conmigo puede estar tranquilo. (*El PELUQUERO se sienta en el sillón. Señala los objetos para afeitar. HOMBRE mira los utensilios y luego al PELUQUERO. Recibe la precisa insinuación. Retrocede*) Yo... yo no sé. Nunca...

PELUQUERO. — (*mortecino*) Anímese. (*Se anuda el paño blanco bajo el cuello, espera pacíficamente*)

HOMBRE. — (*decidido*) Dígame, ¿usted hace con todos así?

PELUQUERO. — (*muy triste*) ¿Qué hago? (*Se aplasta sobre el asiento*)

HOMBRE. — No, ¡porque no tiene tantas caras! (*Ríe sin convicción*) Una vez que lo afeitó uno, los otros ya... ¿qué van a encontrar? (*El PELUQUERO señala los utensilios*) Bueno, si usted quiere, ¿por qué no? Una vez, de chico, todos cruzaban un charco, un charco maloliente, verde, y yo no quise. ¡Yo no!, dije. ¡Que lo crucen los imbéciles!

PELUQUERO. — (*triste*) ¿Se cayó?

HOMBRE. — ¿Yo? No... Me tiraron, porque... (*se encoge de hombros*) les dio... bronca que yo no quisiera...

arriesgarme. (*Se reanima*) Así que... ¿por qué no? Cruzar el charco o... después de todo, afeitarse, ¿eh?, ¿Qué habilidad se necesita? ¡Hasta los imbéciles se afeitan! Ninguna habilidad especial. ¡Hay cada animal que es pelu...! (*Se interrumpe. El PELUQUERO lo mira, tétrico*) Pero no. Hay que tener pulso, mano firme, mirada penetrante... te para ver... los pelos... Los que se enroscan, me los saco con una pincita. (*El PELUQUERO suspira profundamente*); ¡Voy, voy! No sea impaciente. (*Le enjabona la cara*) Así. Nunca vi a un tipo tan impaciente como usted. Es reventante. (*Se da cuenta de lo que ha dicho, rectifica*) No, usted es un reventante dinámico. Reventante para los demás. A mí no... No me afecta. Yo lo comprendo. La acción es la sal de la vida y la vida es acción y... (*Le tiembla la mano, le mete la brocha enjabonada en la boca. Lentamente, el PELUQUERO toma un extremo del paño y se limpia. Lo mira*) Disculpe. (*Le acerca la navaja a la cara. Inmoviliza el gesto, observa la navaja que es vieja y oxidada. Con un hilo de voz*) Está mellada.

PELUQUERO. — (*lúgubre*) Impecable.

HOMBRE. — Impecable está. (*En un arranque desesperado*) Vieja, oxidada y sin filo, ¡pero impecable! (*Ríe histérico*) ¡No diga más! Le creo, no me va a asegurar una cosa por otra. ¿Con qué interés, no? Es su cara. (*Bruscamente*) ¿No tiene una correa, una piedra de afilar? (*El PELUQUERO bufando tristemente, HOMBRE desanimado*) ¿Un... cuchillo? (*Gesto de afilar*) Bueno, tengo mi carácter y... ¡adelante! Me hacen así, (*gesto de empujar con un dedo*) ¡y yo ya! ¡Vuelo! (*Afeitado. Se detiene*) ¿Lo corté? (*El PELUQUERO*

niega lúgubrementemente con la cabeza. HOMBRE, animado, afeitado.) ¡Ay! (Lo seca apresuradamente con el paño) No se asuste. (Desorbitado) ¡Sangre! ¡No, un rasguño! Soy... muy nervioso. Yo me pongo una telita de cebolla. ¿Tiene... cebollas? (El PELUQUERO lo mira, oscuro) ¡Espere! (Revuelve ansiosamente en sus bolsillos. Contento, saca una curita) Yo... yo llevo siempre. Por si me duelen los pies, camino mucho, con el calor... una ampolla acá, y otra... allá. (Le pone la curita) ¡Perfecto! ¡Ni que hubiera sido profesional! (El PELUQUERO se saca el resto de jabón de la cara, da por concluida la afeitada. Sin levantarse del sillón, adelanta la cara hacia el espejo, se mira, se arranca la curita, la arroja al suelo. El HOMBRE la recoge, trata de alisarla, se la pone en el bolsillo) La guardo... está casi nueva... Sirve para otra... afeitada...

PELUQUERO. — *(señala un frasco, mortecino) Colonia.*

HOMBRE. — *¡Oh, sí! Colonia. (Destapa el frasco, lo huele) ¡Qué fragancia! (Se atora con el olor nauseabundo. Con asco, vierte un poco de colonia en sus manos y se las pasa al PELUQUERO por la cara. Se sacude las manos para alejar el olor. Se acerca una mano a la nariz para comprobar si desapareció el olor, la aparta rápidamente a punto de vomitar)*

PELUQUERO. — *(se tira un mechón. Mortecino) Pelo.*

HOMBRE. — *¿También el pelo? Yo... yo no sé. Esto sí que no.*

PELUQUERO. — *(ídem) Pelo.*

HOMBRE. — *Mire, señor. Yo vine aquí a cortarme el pelo. ¡Yo vine a cortarme el pelo! Jamás afronté una situación así... tan extraordinaria. Insólita... pero si usted quiere... yo... (Toma la tijera, la mira con*

repugnancia) yo... soy hombre decidido a todo. ¡A todo!... Porque... mi mamá me enseñó que... y la vida...
PELUQUERO. — (*tétrico*) Charla. (*Suspira*) ¿Por qué no se concentra?

HOMBRE. — ¿Para qué? ¿Y quién me prohíbe charlar? (*Agita las tijeras*) ¿Quién se atreve? ¡A mí los que se atrevan! (*Mirada oscura del PELUQUERO*) ¿Tengo que callarme? Como quiera. ¡Usted! ¡Usted será el responsable! ¡No me acuse si...! ¡No hay nada de lo que no me sienta capaz!

PELUQUERO. — Pelo.

HOMBRE. — (*tierno y persuasivo*) Por favor, con el pelo no, mejor no meterse con el pelo... ¿para qué? Le queda lindo largo... moderno. Se usa...

PELUQUERO. — (*lúgubre e inexorable*) Pelo.

HOMBRE. — ¿Ah, sí? ¿Conque pelo? ¡Vamos pues! ¡Usted es duro de mollera!, ¿eh?, pero yo, ¡soy más duro! (*Se señala la cabeza*) Una piedra tengo acá. (*Ríe como un condenado a muerte*) ¡No es fácil convencerme! ¡No, señor! Los que lo intentaron, no le cuento. ¡No hace falta! Y cuando algo me gusta, nadie me aparta de mi camino, ¡nadie! y le aseguro que... No hay nada que me divierta más que... ¡cortar el pelo! ¡Me... me enloquece! (*Con animación, bruscamente*) ¡Tengo una ampolla en la mano! ¡No puedo cortárselo! (*Deja la tijera, contento*) Me duele.

PELUQUERO. — Pe-lo.

HOMBRE. — (*empuña las tijeras, vencido*) Usted manda.

PELUQUERO. — Cante.

HOMBRE. — ¿Que yo cante? (*Ríe estúpidamente*) Esto sí que no... ¡Nunca! (*El PELUQUERO se incorpora a*

medias en su asiento, lo mira. HOMBRE, con un hilo de voz) Cante, ¿qué? (Como respuesta, el PELUQUERO se encoge tristemente de hombros. Se reclina nuevamente sobre el asiento. El HOMBRE canta con un hilo de voz) ¡Figaro!... ¡Figaro... qua, figaro là...! (Empieza a cortar)

PELUQUERO. — *(mortecino, con fatiga) Cante mejor. No me gusta.*

HOMBRE. — *¡Figaro! (Aumenta el volumen) ¡Figaro, Figaro! (Lanza un gallo tremendo)*

PELUQUERO. — *(ídem) Cállese.*

HOMBRE. — *Usted manda. ¡El cliente siempre manda! Aunque el cliente... soy... (Mirada del PELUQUERO) es usted... (Corta espantosamente. Quiere arreglar el asunto, pero lo empeora, cada vez más nervioso) Si no canto, me concentro... mejor. (Con los dientes apretados) Solo pienso en esto, en cortar, (corta) y... (Con odio) ¡Atajá esta! (Corta un gran mechón. Se asusta de lo que ha hecho. Se separa unos pasos, el mechón en la mano. Luego se lo quiere pegar en la cabeza al PELUQUERO. Moja el mechón con saliva. Insiste. No puede. Sonríe, falsamente risueño) No, no, no. No se asuste. Corté un mechoncito largo, pero... ¡no se arruinó nada! El pelo es mi especialidad. Rebajo y emparejo. (Subrepticamente, deja caer el mechón, lo aleja con el pie. Corta) ¡Muy bien! (Como el PELUQUERO se mira en el espejo) ¡La cabecita para abajo! (Quiere bajarle la cabeza, el PELUQUERO la levanta) ¿No quiere? (Insiste) Vaya, vaya, es caprichoso... El espejo está empañado, ¿eh? (Trata de empañarlo con el aliento) No crea que muestra la*

verdad. (*Mira al PELUQUERO, se le petrifica el aire risueño, pero insiste*) Cuando las chicas lo vean... dirán: ¿Quién le cortó el pelo a este señor? (*Corta apenas, por encima. Sin convicción*) Un peluquero... francés... (*Desolado*) Y no. Fui yo...

PELUQUERO. — (*alza la mano lentamente. Triste*) Suficiente. (*Se va acercando al espejo, se da cuenta de que es un mamarracho, pero no revela una furia ostensible.*)

HOMBRE. — Puedo seguir. (*El PELUQUERO se sigue mirando*) ¡Deme otra oportunidad! ¡No terminé! Le rebajo un poco acá, y las patillas, ¡me faltan las patillas! Y el bigote. No tiene, ¿por qué no se deja el bigote? Yo también me dejo el bigote, y así, ¡como hermanos! (*Ríe angustiosamente. El PELUQUERO se achata el pelo sobre las sienes. HOMBRE, se reanima*) Sí, sí, aplastadito le queda bien, ni pintado. Me gusta. (*El PELUQUERO se levanta del sillón. HOMBRE retrocede*) Fue... una experiencia interesante. ¿Cuánto le debo? No, usted me debería a mí, ¿no? Digo, normalmente. Tampoco es una situación anormal. Es... divertida. Eso: divertida. (*Desorbitado*) ¡Ja-ja-ja! (*Humilde*) No, tan divertido no es. Le... ¿le gusta cómo... (*El PELUQUERO lo mira, inescrutable*)... le corté? Por ser... novato... (*El PELUQUERO se estira las mechas de la nuca*) Podríamos ser socios... ¡No, no! ¡No me quiero meter en sus negocios! ¡Yo sé que tiene muchos clientes, no se los quiero robar! ¡Son todos suyos! ¡Le pertenecen! ¡Todo pelito que anda por ahí es suyo! No piense mal. Podría trabajar gratis. ¡Yo! ¡Por favor! (*Casi llorando*) ¡Yo le dije que no sabía! ¡Usted me arrastró! ¡No puedo negarme cuando me

piden las cosas... bondadosamente! ¿Y qué importa? ¡No le corté un brazo! Sin un brazo, hubiera podido quejarse. ¡Sin una pierna! ¡Pero fijarse en el pelo! ¡Qué idiota! ¡No! ¡Idiota, no! ¡El pelo crece! En una semana, usted, ¡puf! ¡hasta el suelo! (*El PELUQUERO le señala el sillón. El HOMBRE recibe el ofrecimiento incrédulo, se le iluminan los ojos*) ¿Me toca a mí? (*Mira hacia atrás buscando a alguien*) ¡Bueno, bueno! ¡Por fin nos entendimos! ¡Hay que tener paciencia y todo llega! (*Se sienta, ordena, feliz*) ¡Barba y pelo! (*El PELUQUERO le anuda el paño bajo el cuello. Hace girar el sillón. Toma la navaja, sonríe. El HOMBRE levanta la cabeza*) Córteme bien. Parejito. *El PELUQUERO le hunde la navaja. Un gran alarido. Gira nuevamente el sillón. El paño blanco está empapado en sangre que escurre hacia el piso. Toma el paño chico y seca delicadamente. Suspira larga, bondadosamente, cansado. Renuncia. Toma la revista y se sienta. Se lleva la mano a la cabeza, tira y es una peluca lo que se saca. La arroja sobre la cabeza del HOMBRE. Abre la revista, comienza a silbar dulcemente.*

Telón

En la columna

1. Segundas opiniones

Una alta columna de hierro, con sostenes para subir. En el extremo superior de la columna, un hato de gruesas sogas. Fijados sobre el piso, en círculo y a distancia apreciable de la columna, unos tarugos de trecho en trecho. Entran ANTONIO, en bicicleta, y NICO, a pie; aspecto de obreros. ANTONIO lleva la comida en una valijita; el otro, en un paquete. ANTONIO baja de la bicicleta; dejan las cosas en el suelo. NICO se acerca a la columna, mira hacia arriba frotándose las manos con decisión.

NICO. — ¿Subís vos? Para mí es muy alto.

ANTONIO. — No te preocupés. (*Sube, avizora desde la altura*)

NICO. — ¿Qué tal?

ANTONIO. — A lo lejos veo una casa.

NICO. — ¿Es linda?

ANTONIO. — Una tapera. Se viene abajo. (*Desata una soga, la arroja hacia el suelo. Desciende de la columna. Tensan la soga, la atan tirante a un tarugo*)
No me dijiste nada de la bicicleta.

NICO. — (*mira*) ¿La compraste de segunda mano?

ANTONIO. — Sí.

NICO. — ¡Qué riesgo!

ANTONIO. — ¿Por qué?

NICO. — Andá a saber quién la usó antes. Cuántos choques tuvo.

ANTONIO. — ¿Con la bicicleta?

NICO. — Mi cuñado dice que antes de comprar una cosa usada, es mejor cortarse las manos.

ANTONIO. — Todo el mundo compra cosas usadas.

NICO. — ¿Cuántas velocidades tiene?

ANTONIO. — Una.

NICO. — (*terminante*) No sirve.

ANTONIO. — ¿Por qué?

NICO. — Mi cuñado, que sabe mucho de bicicletas, dice que son como pájaros sin alas. Mucho buche pero no pueden volar.

ANTONIO. — ¿Las bicicletas?

NICO. — Exacto. Dice que solo son buenas las de dos o tres velocidades.

ANTONIO. — Con una alcanza.

NICO. — No. Una velocidad para subir montañas. Otra para bajar. Y una tercera para laderas suaves.

ANTONIO. — ¿Y dónde está la montaña?

NICO. — Si llegás a la cima, dos, tres mil metros, y querés bajar del mismo modo, a la misma velocidad, te rompés el cuello. Me dice mi cuñado.

ANTONIO. — ¿Y quién lo conoce a tu cuñado? La primera vez que lo oigo. Acá no hay montañas. No pienso subir a una montaña. (*Sube a la columna*)

NICO. — Pero estás subiendo al palo.

ANTONIO. — ¡Pero no con la bicicleta!

NICO. — Mi cuñado dice...

ANTONIO. — Es su opinión. ¡Enterrala!

NICO. — (*ofendido*) Ya verás. Largame otra sogá.

ANTONIO. — (*lo hace. Mira a la distancia*) A los costados de la tapera, hay dos arbolitos. Si yo tuviera dos arbolitos dándome sombra en la ventana, no pondría un ventilador de techo.

NICO. — (*aterrado*) ¿Vas a poner un ventilador de techo?

ANTONIO. — ¿De qué te asombrás?

NICO. — (*ríe exageradamente*) ¡Sólo a vos se te ocurre!

ANTONIO. — ¿Por qué te reís?

NICO. — Horacio, ¿lo conocés?, mi vecino, dice que están obsoletos.

ANTONIO. — Todo el mundo los pone.

NICO. — Porque son ignorantes. Esta es época de acondicionadores de aire. Lo dice Horacio. Arrojá otra.

ANTONIO. — (*arroja otra sogá y baja rápidamente*) El ventilador de techo es más sano. Te tira un aire fresco, no te enfría hasta los huesos para darte pulmonía.

NICO. — Horacio...

ANTONIO. — ¿Qué tiene?

NICO. — Él, nada. Ni ventilador ni aire acondicionado.

ANTONIO. — ¿Y entonces?

NICO. — Pero sabe. Dice que las aspas pueden desprenderse, y si está funcionando te guillotina la cabeza. (*Ríe alusivamente*) U otra cosa.

ANTONIO. — Yo nunca supe.

NICO. — Lo ocultan. Cualquier falla es un secreto. Nadie habla.

ANTONIO. — No se puede mantener en secreto que te guillotina la cabeza.

NICO. — Sí, sí. Lo ocultan, dice Horacio. ¿Y los intereses comerciales?, dice. Los ventiladores están fuera de moda, son peligrosos, ¡y vos te empeñas en colgar uno del techo! ¿Por qué no te informarás antes? Como esa cerradura que pusiste en tu casa. Lo decidiste solo. ¡Y así te va!

ANTONIO. — *(con un hilo de voz)* ¿Cómo... me va?

NICO. — No quiero desanimarte. ¿Lo conocés al tipo que tiene un quiosco de diarios y revistas en la estación? Uno flaco.

ANTONIO. — Sí.

NICO. — ¡Ah, a ese lo conocés! Ese dice que la cerradura que pusiste en tu casa es una porquería.

ANTONIO. — ¿Y por qué le hablaste de mi cerradura?

NICO. — Vino así, conversando...

ANTONIO. — ¿Y por qué no le hablaste de “tu” cerradura?

NICO. — ¡No te vayas por las ramas! Dice: Con dos tambores es buena, con uno, una porquería. Vos pusiste con uno. También la enfermera del hospital dice que tu cerradura es mala. *(ANTONIO se deja caer en cuclillas. NICO, sorprendido)* ¿Ya paramos? ¿Tan pronto? Dice, los dos dicen, que los chorros no van a tener ningún trabajo. Esas cerraduras se abren con un suspiro. Lástima. *(ANTONIO se incorpora, lo mira fijamente. NICO, solícito)* ¿Te sentís mal? Estás pálido.

ANTONIO. — *(se aferra a la columna)* Estoy... bien.

NICO. — ¿Seguimos? Subí. *(Una risita)* Subí con la bicicleta. Sin velocidades, dice mi cuñado, una bicicleta es poco menos que inútil. Te metieron el perro. ¿Qué trajiste de comer?

ANTONIO. — Tomates.

NICO. — ¡Ay, no! ¡Qué mala idea!

ANTONIO. — ¿Por qué?

NICO. — Pepa, la cuñada de mi sobrina, ¿la conocés?, no la conocés, dice que las semillas del tomate se te incrustan en el páncreas.

ANTONIO. — ¿Le pasó a ella?

NICO. — No. Tiene una salud de fierro. Come tomates, pero no los recomienda.

ANTONIO. — ¡Y a mí qué me importa!

NICO. — ¿No sufrís del estómago?

ANTONIO. — A veces.

NICO. — Entonces, no le hagás caso. ¡Si lo sabés todo!

ANTONIO. — (*saca un tomate de la valijita, lo mira dudoso*) ¿Y qué como?

NICO. — Mejor no comer nada que padecer un ataque. Pepa dice que son fatales, te quedás duro. Y estamos lejos del hospital. La enfermera dice que lo más conveniente es vivir cerca.

ANTONIO. — Yo siempre comí tomates.

NICO. — ¡Por eso tenés ese color que asusta!

ANTONIO. — ¿Por los tomates?

NICO. — Sí. ¿Y cómo se te ocurre traer ahí la comida? ¿Querés suicidarte?

ANTONIO. — ¿Por qué? ¿Qué pasa?

NICO. — ¡En una valijita de plástico! El plástico es veneno puro.

ANTONIO. — (*con un hilo de voz*) ¿Quién lo dice?

NICO. — El primo segundo de una tía mía. Se jubiló hace rato.

ANTONIO. — ¿Era químico?

NICO. — No. Cajero en una farmacia. Mi tía dice que él lo dice. Yo no me arriesgaría.

ANTONIO. — (*cierra la valijita*) ¿Y vos qué trajiste?

NICO. — Tomates.

ANTONIO. — ¿Y yo por qué no los puedo comer?

NICO. — Por el páncreas. Además, Pepa dice, y yo le presto atención a Pepa, que los tipos nerviosos no deben comer tomates. Hacé lo que quieras. Andá a saber con qué los regaron.

ANTONIO. — ¿Y los tuyos?

NICO. — Yo los lavo cuidadosamente bajo el chorro de agua fría.

ANTONIO. — Yo también.

NICO. — Pero vivís en otro barrio. El Pelado...

ANTONIO. — ¿Quién es el Pelado?

NICO. — Un amigo. Uno que usa peluquín. Él dice...

ANTONIO. — ¡Qué me interesa lo que dice!

NICO. — Tiene mucho cerebro. Cursó comercial. Él dice que el agua de tu barrio no es buena.

ANTONIO. — ¡Si es de la misma cisterna!

NICO. — Sí, pero los caños que la llevan a tu barrio son obsoletos, están llenos de moho, de orín, él dice que en esos caños se encontró de todo, ratas muertas, ratas vivas..., hasta un perro se encontró... dice... una vaca.

ANTONIO. — ¿Adentro del caño?

NICO. — Así dice. Y yo le hago caso.

ANTONIO. — ¿Pero cómo van a encontrar un perro adentro del caño?

NICO. — Era chico.

ANTONIO. — ¡Una vaca!

NICO. — Él dice y sabe. Si fuera otro, no, pero él es una luz en esto de los caños.

ANTONIO. — ¡Qué...! ¡Qué va a ser una luz! ¡Me arruinás todo! ¡Pepa dice, la vecina dice, la cuñada de tu sobrina, el Pelado, el tío de tu prima!

NICO. — No. El primo de mi tía.

ANTONIO. — (*pega la cabeza contra la columna*) ¿Por qué? ¿Por qué?

NICO. — ¿Qué te agarró?

ANTONIO. — ¡Pensá vos por tu cuenta! (*Con una sonrisa histérica*) ¡Usá la cabecita!

NICO. — ¿Te parece que no la uso? Tengo fatiga de material. Tito dice que no hay que ser ignorante.

ANTONIO. — ¿Tito? ¿Quién es Tito?

NICO. — Lo peor de los ignorantes es que creen saberlo todo. Dice.

ANTONIO. — ¡Callate! ¡No hablés más! Tirame otra sogá.

NICO. — No. Yo no subo ahí. Me da mareos. Subo y me rompo una pierna, ¡qué ganancia! Vamos a comer. (*Se sienta. ANTONIO hace lo mismo dándole la espalda. NICO se acerca con un tomate*) Tomá. ¡Puede ser que el páncreas no se dé cuenta de que le mandás un tomate! (*Ríe*)

ANTONIO. — No quiero.

NICO. — ¿Qué te pasa?

ANTONIO. — ¡Guardate el tomate!

NICO. — ¿Querés pan? Está seco. Yo lo untaba con aceite, pero el calabrés de la verdulería dice que el aceite aquí es de máquina. Que no es como el de Italia dice. *ANTONIO se levanta; de desesperación se cuelga de una sogá y gira alrededor de la columna.*

NICO. — ¡Pará, pará! ¡Qué mal carácter tenés! Mi mujer me dice siempre que tenés mal carácter. Como hacés para trabajar con él, dice. Sos un santo, dice.

ANTONIO. — ¡Te callás, te callás!

NICO. — Es tan violento, dice. Mañana pido el traslado. Porque yo, con los tipos violentos... (*Muy triste*) Se me fue el hambre. Es así, en un segundo... (*Se le quiebra la voz*)

ANTONIO. — (*se deja caer. Controlándose*) Preguntame si soy violento.

NICO. — No, no, ¡no te lo pregunto! Mi mujer dice...

ANTONIO. — ¡Olvidate de tu mujer! (*Lo sacude violentamente*) ¡Hacé trabajar las neuronas!

NICO. — ¿Ves cómo me sacudís?

ANTONIO. — (*lo suelta*) ¿Te pegué alguna vez?

NICO. — No...

ANTONIO. — Te presté plata.

NICO. — Sí...

ANTONIO. — Todos los meses me pedís más. Me decís que tu mujer dice que no le alcanza. Ella dice... ¡Ah! (*Se tapa la boca*)

NICO. — El mes que viene te la devuelvo.

ANTONIO. — Yo no te pongo contra la pared. ¿Sabés qué haría un tipo violento? ¡Te bajaría los dientes! A mí no me importa.

NICO. — ¿No?

ANTONIO. — Entonces, no soy violento. Soy una pasta, tranquilo.

NICO. — Pero ella dice...

ANTONIO. — Siempre soy yo el que sube allí. (*Señala*) No protesto, no me enoja.

NICO. — ¿Querés que suba yo? ¿Por eso estás tan extraño? Sufro de vértigos, puedo caerme. No hace falta que te pongás rabioso. ¿Querés que suba?

ANTONIO. — No. ¡Lo que quiero es...!

NICO. — ¡Subo ya mismo! (*Sube por la columna*)

ANTONIO. — ¡Vas a venirte abajo! ¡Agarrate fuerte!

NICO. — (*desprende una pierna. Alternativamente, desprende un brazo, otra pierna, las dos piernas. Contento*) ¡Soy un equilibrista!

ANTONIO. — ¡Poné atención! ¡Cuidado!

NICO. — ¡La estrella del circo!

ANTONIO. — ¿No te mareás?

NICO. — ¡Para nada! ¡No me mareo! (*Mira a la distancia*) Se ve lindo desde aquí. ¡Todo el campo! Los de la casa sacaron unos banquitos afuera.

ANTONIO. — ¿Ves los árboles?

NICO. — Sí. Pusieron los banquitos en círculo. (*Mira, anonadado*) ¡Qué desastre!

ANTONIO. — ¿Por qué?

NICO. — Pepe dice que sentarse en banquitos sin respaldo hace mal a la columna. Que quedás todo torcido. (*ANTONIO se demuda, se muerde los puños*) Está fresco aquí arriba. ¿Querés subir? (*Jocoso*) ¡No subas con la bicicleta! Porque ya sabés, sin velocidades, mi cuñado dice... (*con un grito, ANTONIO se encarama a la columna. NICO lo ve venir, termina en un susurro*) ...son pura chatarra. (*Grita y baja rápidamente. Cuando llega a la altura de ANTONIO, le aplasta los dedos con el pie. Suben y bajan. NICO se desliza por una de las sogas. Caer al suelo e intenta escapar, pero ya ANTONIO ha descendido por*

la columna. Lo arrastra y lo sujeta inmóvil contra ella)

ANTONIO. — *(sonríe, con ojos de loco)* ¿Qué decis?

NICO. — Yo, nada...

ANTONIO. — ¿No hablás más? *(NICO niega voluntariosamente con la cabeza)* ¿Se terminó?

NICO. — ¿El trabajo? ¡Sí! Lo terminamos mañana. Y yo, ¡mudo! *(ANTONIO lo suelta)* ¿Eso te gusta? ¡Mudo! *(Lo mira, sonríe)* ¡Qué día agitado! *(Se sacude los pantalones)* Me asustaste. Parecías un loco furioso. ¿No querés oír otras opiniones? Me callo. Mi mujer tenía razón, no es tonta. Dice... *(ANTONIO se le tira encima, lo agarra por el cuello, aprieta)* ¡Esperá! ¡Esperá un momento...! Dice que... que... que tenés mal carácter. Pésimo... Dice... ¡Aaaajh! *(Muere)*

ANTONIO. — *(un gran suspiro. Recoge su bicicleta, coloca la valijita en el portaequipajes, monta. Feliz, comienza a dar vueltas cada vez más rápidas alrededor de la columna y el círculo de sogas mientras enumera)* Una velocidad, dos, tres, ¡cuatro, cinco...!

2. Caminos indirectos

La misma columna. Entran ANTONIO y JOSÉ. ANTONIO lleva la bicicleta del manubrio; en el portaequipajes, una caja de herramientas. JOSÉ sostiene un bolso.

ANTONIO. — El trabajo es fácil. ¿Sabés algo de mecánica?

JOSÉ. — Sé de autos. Cómo corren, las escuderías, los campeonatos... Tengo una lista de todos los corredores que espicharon en las pistas.

ANTONIO. — ¿Para qué?

JOSÉ. — Los autos son menos seguros que los aviones. Dicen.

ANTONIO. — (*pálido*) ¿Dicen?

JOSÉ. — A mí no me importa. Yo no hago caso de lo que dicen.

ANTONIO. — Ah.

JOSÉ. — Me gustan los autos.

ANTONIO. — (*pone la caja de herramientas en el suelo. Señala la columna*) Hay que subir allí. No te asustés, por lo general subo yo. ¿Sos muy charlatán?

JOSÉ. — Para nada.

ANTONIO. — Mejor.

JOSÉ. — Al contrario. Me revientan los tipos charlatanes. Esos que se dan cuerda. Yo conocí a uno que no paraba de hablar de la mañana a la noche. ¡De dormido hablaba! Era un chorro. Te quedabas abombado cuando terminaba. En realidad no terminaba nunca. Tenías que rajarle. (*ANTONIO deja de buscar herramientas en la caja. Lo mira alelado*) Era capaz de hablar de cualquier cosa, se metía con la política, la física, la filosofía, los vecinos...

ANTONIO. — (*ladra*) ¡Bueno!

JOSÉ. — No. ¡Qué va a ser bueno! Te dejaba abombado, te digo. ¿Siempre venís en bicicleta?

ANTONIO. — (*escaldado*) ¿Qué pasa con mi bicicleta?

JOSÉ. — Yo vengo en ómnibus. Vivo cerca de la terminal. Hago la cola y me siento. Conozco a todos. De tanto verlos todos los días..., te imaginás... ¡Conozco cada historia! Un tipo que vive enfrente de mi casa...

ANTONIO. — Me la contás después. (*Sube a la columna como si huyera. Arroja una soga*) Sujetala al tarugo.

JOSÉ. — (*se agacha*) Estos tarugos son muy bajitos.

ANTONIO. — Que quede bien tirante.

JOSÉ. — Y estas sogas son para amarrar barcos. ¿Los viste en el Riachuelo? Son unos barcos negros, están a la miseria.

ANTONIO. — Cede mucho. Tensá la soga.

JOSÉ. — Es dura, le vendría bien un poco de grasa.

ANTONIO. — ¿Cómo se te ocurre?

JOSÉ. — Hay una grasa formidable. Sirve para todo. Parece crema de belleza. Yo creo que traje una lata. (*Busca en su bolso*)

ANTONIO. — Si engrasás la soga, se te resbala de las manos.

JOSÉ. — (*saca una lata del bolso, la abre*) Mirá qué lindo color. (*Muestra en el dedo*)

ANTONIO. — (*a su pesar, mira*) Como caca de nene...

JOSÉ. — (*ríe*) Más sólida. ¿La engraso?

ANTONIO. — ¡Guardá esa lata!

JOSÉ. — La compré en la calle. Siempre estoy atento. Algo rebajado y ¡zas!, compro.

ANTONIO. — Más tirante la sogá. Todavía más.

JOSÉ. — (*quiere engrasar la sogá pero no se atreve. Deja la lata al pie de la columna*) Yo engrasé la máquina de cortar pasto. ¡Me dio un resultado! La máquina volaba. (*Ajusta la sogá. Voluntarioso*) ¿Qué tal? ¿Lo hice bien?

ANTONIO. — Sí.

JOSÉ. — (*sonríe conmovedoramente*) Eso que no usé grasa. ¿Estás conforme? ¿Lo decís sinceramente?

ANTONIO. — No soy el patrón.

JOSÉ. — Pero sos el jefe. No quiero fallar. Si uno falla el primer día de trabajo... (*termina con un gesto*) Quedó tirante.

ANTONIO. — (*se ablanda*) Sí.

JOSÉ. — Quién sabe me compro una bicicleta. Me vendería.

ANTONIO. — Te ahorrarás el ómnibus. ¿Dónde vivís?

JOSÉ. — Pero el ómnibus es puntual, lo tomo vacío, viajo sentado.

ANTONIO. — (*trabajando*) ¿Vivís lejos?

JOSÉ. — Lejos vivía un amigo.

ANTONIO. — Vivís cerca.

JOSÉ. — Y este amigo mío tenía problemas para tomar el ómnibus.

ANTONIO. — Alcanzame un destornillador.

JOSÉ. — (*busca en la caja, sube*) Venía lleno, no le paraba nunca. (*Pierde el equilibrio, se aferra al tobillo de ANTONIO*)

ANTONIO. — ¡Cuidado! Casi me hacés caer.

JOSÉ. — El que hizo caer a un chico a un pozo ciego fue un tipo jugando a la pelota. Le pegó un pelotazo y lo volteó.

ANTONIO. — Nunca te agarrés de mí.

JOSÉ. — Esta columna es un monumento. Qué trabajo habrá dado armarla, ¿no?

ANTONIO. — Y subí siempre del lado opuesto al mío. Uno evita tropezarse.

JOSÉ. — A mí siempre me gustó subir escaleras, montañas.

ANTONIO. — ¿Trajiste el destornillador?

JOSÉ. — (*se lo da*) Subir al Aconcagua, plantar la banderita arriba.

ANTONIO. — Es muy chiquito.

JOSÉ. — ¡Qué va a ser chiquito el Aconcagua!

ANTONIO. — El destornillador. Traé uno más grande.

JOSÉ. — Con un destornillador como este, ajusté unos tornillos en la puerta de mi casa.

ANTONIO. — Yo no te digo lo contrario. Te digo que para esto no sirve.

JOSÉ. — Y me acuerdo que quise usar un destornillador grande y se resbalaba. (*ANTONIO cruza nerviosamente por encima de él y baja*) ¡Me pasaste por encima! Me caigo y me rompo la cabeza. ¿Por qué bajaste a buscarlo? ¿No soy tu ayudante?

ANTONIO. — Sos.

JOSÉ. — (*ofendido*) Me gustaría saber cuál es mi trabajo.

ANTONIO. — Ajustar las sogas. Alcanzarme las herramientas. ¡Aprender el oficio!

JOSÉ. — Suerte que tengo músculos entrenados y no me caí.

ANTONIO. — ¡Bueno, bueno, bueno! (*Se olvida para qué bajó, sube como un relámpago, lucha con las sogas, arroja una*)

JOSÉ. — ¡Te enredaste! ¿Qué hago ahora?

ANTONIO. — Lo mismo.

JOSÉ. — Si las engrasaríamos sería más fácil.

ANTONIO. — ¿Somos estúpidos? ¿Cómo vamos a engrasar una sogá?

JOSÉ. — No me gusta que me griten. Cualquier cosa que te digo, te cae mal.

ANTONIO. — ¡No! Me divierte, ¡tenés una manera de ir al grano! No te desviás nunca, siempre contestás directamente, es... es... Nunca encontré a nadie que... que fuera tan... tan... Me parece bárbaro, ¡fabuloso! (*Ríe histéricamente*)

JOSÉ. — ¡Andá a tomarle el pelo a tu abuela! Con vos no se puede hablar. Trabajé cinco años en una fábrica y todos me trataban bien. Y acá, al primer día... ¿Yo qué te hice? ¿Te soy antipático?

ANTONIO. — No.

JOSÉ. — A veces pasa que uno no cae bien. Seguro que querés darme el raje. ¡Querés rajarme! Decímelo y me voy. (*Lo mira ansiosamente*) Renuncio antes de que me echen. Tenía muchas ilusiones, pero... Si te molesto... Si ya al primer día me tenés entre ojos...

ANTONIO. — No. Disculpame. ¡Cómo voy a tenerte entre ojos! Traeme un destornillador. Grande.

JOSÉ. — Enseguida. (*Voluntarioso, busca en la caja de herramientas*) ¡Cuántas herramientas! ¿Son tuyas?

ANTONIO. — Sí. El destornillador.

JOSÉ. — Necesito un alicate. (*Muestra uno*) ¿Me lo prestás?

ANTONIO. — Sí.

JOSÉ. — (*sube*) Hay de todo en la valija. Justo necesitaba un alicate. ¡Puf! Cansa subir, ¿eh? (*Le tiende el alicate*)

ANTONIO. — No te pedí un alicate.

JOSÉ. — Hay mucho desorden en esa valija. A mí me gusta el orden. En todo. En mi casa, en mi ropa... Veo un repasador fuera de su sitio y me broto. ¡Y si descubro una pelusa...!

ANTONIO. — (*va cayendo de escalón en escalón*) Yo no. Yo no me broto. Es el primer día de trabajo y hay que ser paciente, comprensivo, porque la gente viene asustada, confusa, ¡enferma!...

JOSÉ. — Se me cortó la luz. Un cable pelado. Para torcer los cables, para cortarlos, es bueno el alicate.

ANTONIO. — (*detiene su caída. Suavemente*) Y para un tornillo torcido, el destornillador.

JOSÉ. — ¿Y quién lo puso torcido? ¿Qué hacés ahí abajo?

ANTONIO. — (*histérico*) ¡No sé, no sé! ¡Necesito el destornillador! Pasan estas cosas... ¡increíbles! (*Ríe*) ¡Necesitar unas tenazas, un destornillador, un martillo! (*Sube*) ¿Para qué? Decime, ¿para qué?

JOSÉ. — El tornillo torcido.

ANTONIO. — Ah, entendiste.

JOSÉ. — Dejame descansar un momento. No estoy acostumbrado a subir y bajar. De chiquito era asmático. Respiraba así. (*Respira afanosamente*) ¿Estoy pálido?

ANTONIO. — (*lo mira*) Un poco. Bajo yo. (*Baja, sube con el destornillador y unas tenazas*)

JOSÉ. — No te sirvo de mucho, me parece.

ANTONIO. — Es el primer día.

JOSÉ. — Esto es muy distinto de la fábrica.

ANTONIO. — ¿Qué hacías en la fábrica?

JOSÉ. — Unos pintaban chasis de autos. Muy insalubre.

ANTONIO. — Vos. ¿Qué hacías?

JOSÉ. — ¿Yo...? Teníamos un capataz que era una fiera.

ANTONIO. — Dijiste que te trataban bien.

JOSÉ. — Venía torcido y tenía zumbando a todo el mundo.

ANTONIO. — ¿A vos también?

JOSÉ. — Y no te cuento si tomaba unas copas de más. Metía suspensiones a granel. (*Ríe*) Un día dejó la sección vacía...

ANTONIO. — A vos también te suspendió...

JOSÉ. — Y un tipo le preguntó qué le ocurría para maltratarnos así...

ANTONIO. — Eras vos.

JOSÉ. — Lo echaron a patadas.

ANTONIO. — ¿Al capataz?

JOSÉ. — No. Al tipo.

ANTONIO. — ¿Y vos?

JOSÉ. — ¿Yo qué? ¡Cómo te gusta charlar! ¿Siempre hablás tanto?

ANTONIO. — ¿Yo? ¿Yo hablo tanto?

JOSÉ. — (*ríe*) Uno gana fácil el sueldo aquí. No como en la fábrica.

ANTONIO. — ¿Trabajabas mucho?

JOSÉ. — Mi tío me hizo entrar en la fábrica. Coimeó al gerente. El gerente tenía un auto que medía dos cuadras.

ANTONIO. — ¿Y vos?

JOSÉ. — No. Yo no tenía auto.

ANTONIO. — Le pagaste la coima a tu tío.

JOSÉ. — Una vez le pagué una coima a un cana.

ANTONIO. — ¿Y a tu tío?

JOSÉ. — El cana me quería llevar preso.

ANTONIO. — ¿Y tu tío?

JOSÉ. — No. Mi tío no me quería llevar preso. Era un buen hombre, y además, pariente. (*ANTONIO arroja violentamente las tenazas*) ¡Se te cayó! Suerte que no había nadie debajo. Me salvé por un pelo.

ANTONIO. — Soy muy nervioso.

JOSÉ. — Si hubiera estado yo, me partías el cráneo. ¡El primer día!

ANTONIO. — Muy nervioso. Bajá a buscar la tenaza.

JOSÉ. — (*lo mira con alegre sorpresa*) ¡Por fin! ¡Estaba esperando que me pidieras algo directamente! ¡Me siento útil! (*Baja rápidamente*) ¿Y por qué la tiraste? (*Se la alcanza*) ¿No podés con el destornillador?

ANTONIO. — La cabeza del tornillo está gastada.

JOSÉ. — ¿Viste que los tornillos tienen una ranura en la cabeza? Ahí se pone el filo del destornillador, el tornillo gira y sale. (*ANTONIO lo mira fugazmente; con odio. Sigue trabajando*) ¿Tenés perro?

ANTONIO. — Sí.

JOSÉ. — ¿Lo hacés ver por el veterinario?

ANTONIO. — ¿Para qué?

JOSÉ. — Cada quince días yo hago venir el veterinario a casa.

ANTONIO. — ¿A casa? Es un perro fino.

JOSÉ. — Le da inyecciones, vacunas.

ANTONIO. — ¿Es un perro enfermo?

JOSÉ. — ¡Es un gato sano! Tiene un virus.

ANTONIO. — Entonces está enfermo.

JOSÉ. — ¡No! Si duerme conmigo.

ANTONIO. — (*lo mira fijamente. Arroja una sogá*)
Ajustala.

JOSÉ. — (*baja*) Le saco las pulgas. Yo tenía un amigo que no podía ver a las pulgas. Era muy limpio. Se afeitaba las axilas.

ANTONIO. — Yo no me afeito las axilas: ¿soy sucio?

JOSÉ. — Mi amigo sí que era limpio. ¿No podemos parar?

ANTONIO. — ¿Para qué?

JOSÉ. — En la fábrica había comedor. Sonaba el pito al mediodía y todos paraban. Nos daban siempre lo mismo. ¡No se podía comer!

ANTONIO. — ¿Ajustaste la sogá?

JOSÉ. — Algunos como yo tienen un reloj en el estómago. Cuando siento hambre es mediodía. ¡No me falla nunca!

ANTONIO. — Estás trabajando. Poné tu estómago a horario.

JOSÉ. — ¡Diez minutos para un sándwich! (*Saca un sándwich y un termo del bolso*) Baja. Te invito con un café. No seas oso. Aceptalo. (*Sonríe conmovedoramente*) ¿Querés un sándwich? Dos te puedo dar. Tengo cuatro. Son de milanesa.

ANTONIO. — (*cede*) No. Solo un café. (*Baja*)

JOSÉ. — (*come*) Uno que no se murió de hambre fue mi tío.

ANTONIO. — ¿El que te hizo entrar en la fábrica?

JOSÉ. — Era panadero. (*Ríe*) Gordo como un tonel. Nos traía el pan.

ANTONIO. — ¿A la fábrica?

JOSÉ. — Una fábrica grande.

ANTONIO. — ¿Dónde quedaba?

JOSÉ. — Tres depósitos, oficinas, talleres...

ANTONIO. — ¿Y te echaron?

JOSÉ. — Lo que quería era trabajar al aire libre, sin pintura.

ANTONIO. — ¿Te hacía mal la pintura?

JOSÉ. — Los tipos que trabajaban con el soplete escupían los pulmones.

ANTONIO. — ¿Y vos?

JOSÉ. — Después instalaron otro sistema, más moderno.

ANTONIO. — ¿Y vos?

JOSÉ. — Yo no instalé nada. El sistema lo instaló un técnico.

ANTONIO. — ¿Y vos?

JOSÉ. — Yo andaba por ahí. ¿Qué querés que te conteste?

ANTONIO. — (*desconcertado*) No sé.

JOSÉ. — (*ríe*) Ya vi. Es difícil conversar con vos. Te vas siempre por las ramas y te perdés.

ANTONIO. — (*deja caer la taza*) ¿Yo me pierdo?

JOSÉ. — (*la recoge*) Sí, sos autista, seguís tu pensamiento. Te resbala lo que te dicen, no escuchás.

ANTONIO. — No escucho.

JOSÉ. — Sí, completamente autista. No te ofendas. Lo advertí apenas llegué. Te propuse engrasar la sogá y me criticaste la grasa. Te hablé de la fábrica y me saliste con mi tío, te conté de un amigo muy limpio que se afeitaba las axilas y me preguntaste

si te consideraba sucio... Sos de una incoherencia absoluta. (*ANTONIO le salta encima*) ¡Eh! ¿Qué te pasa?

ANTONIO. — (*le aprieta el cuello*) ¿Por qué siempre tengo que terminar así? ¿Por qué siempre tengo que terminar así? (*Lo deja caer*) Ahora, ¡a trabajar! (*Busca frenéticamente en la caja de herramientas*) ¿Qué necesito? Una tenaza, un destornillador, un alicate... (*Agarra un martillo. Sube y empieza a golpear violentamente la columna*) Esta columna es un monumento. Y si la tiro abajo nadie me molestará, mi tío coimeará a la cana y...

JOSÉ. — (*se incorpora*) Me voy. ¡Guardate el alicate! En la fábrica nos trataban bien. ¡Nunca me pusieron las manos encima!

ANTONIO. — ¡Está vivo! (*Le arroja el martillo*)

JOSÉ. — ¡No seas neurótico! ¿Qué te hice? (*ANTONIO se desliza por la columna. Lo sigue unos pasos. JOSÉ grita y retrocede. ANTONIO se queda inmóvil. Lo mira. JOSÉ, en guardia*) ¿Te ofendí? Perdoname. ¿Querés... un café? (*Eructa*) Se me atragantó la milanesa. Necesitás... ¿el martillo? (*Lo recoge. Siempre en guardia, se lo entrega*) Quedate tranquilo. Me voy. No tenés que enfurecerte. (*ANTONIO sopesa el martillo*) ¡Ay! (*ANTONIO lo arroja lejos. JOSÉ recoge sus cosas*) Vení. Tomemos otro café. Después me voy. En la fábrica me trataban... (*recapacita*) igual, ¡bárbaro! El capataz me adoraba, una vez también me quiso... ahorcar... (*Con gran precaución, manteniendo las distancias, le pone la taza de café en las manos*) ¿Está caliente?

ANTONIO. — (*no bebe*) Sí. Está caliente.

JOSÉ. — ¿Te gusta? Me voy y te dejo las milanesas, ¿quierés?

ANTONIO. — No tengo hambre.

JOSÉ. — Pero después, trabajando, uno tiene que reponer fuerzas, ¿no? (*ANTONIO lo mira fijamente*) ¿Por qué me mirás así? ¿Por qué te enojás?

ANTONIO. — Nunca contestás... directamente.

JOSÉ. — ¿Sí? ¿No eras vos?

ANTONIO. — Yo no era. (*Deja la taza*)

JOSÉ. — Y bueno... ¡Puede ser! ¿No es lo mismo? Si vos me decís, ¿quierés una manzana?, yo te voy a contestar, me gustan las flores. Pero en el fondo sé que me ofreciste una manzana. Y me la como.

ANTONIO. — ¿Y por qué no te la comés sin hablar de las flores?

JOSÉ. — ¡Soy así! Como un amigo que se peleaba con todo el mundo. Nadie lo podía ver. Yo tampoco. Quería ser simpático y te decía que tenías cara de infeliz, que tu mujer te engañaba, que tu hija se parecía al vecino. Se hacía odiar. Pobrecito. Yo no lo tragaba, pero me daba cuenta.

ANTONIO. — ¿De qué?

JOSÉ. — ¡Soy igual! No sé cómo callarme. Quiero establecer contacto y... y me estrangulan.

ANTONIO. — ¿Qué hacías en la fábrica?

JOSÉ. — En... en la fábrica yo entraba temprano, iba en mameluco y... ¡Ya bebí el café! Me voy. Lamento que esto haya fracasado porque... hubiéramos podido ser amigos, ¿no? Tengo tres chicos, ¿te conté? Comen mucho, devoran. ¿Viste cómo comen los chicos?

Son como lobos, ¡leones! Les das el pan, y después quieren la leche, y después quieren...

ANTONIO. — No me importa.

JOSÉ. — A mí sí. (*Ríe*) Claro, son míos. Chau. (*No obstante, espera*)

ANTONIO. — (*toma un destornillador, se lo pone en la mano*) Subí. Pero no hablés.

JOSÉ. — (*se ilumina*) En la fábrica no me echaron. (*Contento*) ¡Duré tres meses! ¿Subo por aquí?

ANTONIO. — Y yo por aquí.

JOSÉ. — No sos un mal tipo. ¿Ves cómo me canso? No me dan los pulmones. La pintura que tragué en la fábrica, yo vivía lejos porque había un compañero que vivía cerca... ¿Querés una manzana? (*Saca una del bolsillo*)

ANTONIO. — ¡Odio las...! (*Lo mira con ganas de matarlo. Suspira*) ¡los malvones! (*Toma la manzana, le da un gran mordisco*) ¿y sabés por qué? Porque tenía una tía que andaba con un perro.

JOSÉ. — Les meaba los malvones.

ANTONIO. — Ganaba las carreras.

JOSÉ. — ¿El perro?

ANTONIO. — Corría tres mil metros como nada. Un portento. Era una luz. ¡Y corría sobre el agua!

JOSÉ. — (*comienza a demudarse*) Ah, sobre el...

ANTONIO. — Como una lancha.

JOSÉ. — Como una...

ANTONIO. — No lo paraba nadie. Ganaba por dos cuerpos, por tres cuerpos. ¡Increíble! Ningún pura sangre podía seguirlo. ¡Arriba, Bonifacio! ¡Arriba, Bonifacio! (*José lo mira desorbitado*) Vení. Vamos al bar. Ese café que trajiste era jugo de paraguas. (*Baja*)

JOSÉ. — (*respira*) ¡Sí! ¡Un café caliente!

ANTONIO. — Echaban los bofes. ¡Y él, fresquito!

JOSÉ. — (*con un hilo de voz*) ¿Quién?

ANTONIO. — ¡El perro! Ganaba siempre, lo condecoraron. ¡Qué uniforme tenía! Lleno de medallas. Había muchos envidiosos. Imagínate. (*Señala con la mano cruzándose el pecho*) Las medallas terminaron de hundirlo, mucho peso para el agua, se hundió como plomo. ¡Lista la carrera! ¡Plaf! ¡Glu-glu! Le tiraron un salvavidas, pero no hubo caso. Podía correr sobre el agua pero no sabía nadar. ¡Todo por no aprender de chiquito...!

JOSÉ. — (*alelado*) ¡Mirá vos!

ANTONIO. — No, yo no miro nada.

JOSÉ. — Está bien. Tranquilo.

ANTONIO. — Tranquilo, ¿por qué? Si el que miraba era el perro. Antes de ahogarse, miraba todo.

JOSÉ. — ¡Mirá vos! No, Digo... Tranquilo. No... ¡Genial!

ANTONIO. — ¡Qué va a ser genial! Se amargaba. Comía un hueso y sentía culpa. Quería ser presidente. ¡No te cuento si hubiera tenido educación! Nadie le ganaba. Al perro. Y entonces, ¡este país...! (*Señala para arriba. Salen*)

3. Razones de espacio

La misma columna. En el extremo superior cuelga un bolso chato. Las sogas están atadas tensamente a los tarugos dispuestos en círculo. SARA está acurrucada en el extremo superior de la columna. Lacrimosa, protesta algo que no se entiende. Entra MATÍAS.

MATÍAS. — ¡Sara! ¡Sara! (*La descubre en lo alto*)
¡Hablame! (*Ella gira y le da la espalda*) Estoy arrepentido. (*Va a subir*)

SARA. — ¡Quedate ahí! (*Le arroja un zapato*)

MATÍAS. — ¡No me rechacés de esta manera! ¡A zapa-
tazos!

SARA. — Es poco. Tendría que alzar una pared, ¡muros
de cincuenta centímetros de espesor! ¡Sin ventanas!
¡Así no te vería!

MATÍAS. — Estoy arrepentido, te dije. Quiero arreglar la
situación. (*Le muestra el zapato*) ¿Te lo llevo?

SARA. — ¡No! Fuiste violento, desagradable. Cortante
como un cuchillo. Conseguiste lo que deseabas. Se
fue.

MATÍAS. — Lo traje de regreso.

SARA. — ¿Lo encontraste?

MATÍAS. — Sí.

SARA. — (ríe) ¿Dónde está? Subí dos escalones.

MATÍAS. — Afuera.

SARA. — ¿Y por qué no pasa? (*Él sube otros dos escalones*) ¡No subas! Andá a buscarlo.

MATÍAS. — Ya. Un momento. Esto no significa que lo acepte.

SARA. — ¿Y entonces? ¿Estás jugando conmigo? ¡Nada cambió! (*Le arroja el otro zapato*)

MATÍAS. — Quise probarte mi buena voluntad. (*Recoge los zapatos*)

SARA. — ¿De este modo? Si me hubieras probado la mala, no sé qué habría ocurrido. ¡Lo estrangulabas!

MATÍAS. — ¿Yo? ¡Perdí media mañana siguiéndole las huellas! Recorrí el barrio, pregunté a los vecinos, me metí en todos los bares.

SARA. — Te metiste en todos los bares porque sabés que no bebe. ¡Jamás se metería en un bar!

MATÍAS. — Podría tomarse un café. Y me costó convencerlo. Parecía un duque. (*Ríe*) ¡Yo gasté saliva en convencerlo! ¡Hice un papel de estúpido...!

SARA. — Ah, ¡cuando hacés algo bien te motejás de estúpido! No sos capaz de atreverte a un paso fuera de lo común. ¡Pusilánime! ¡No es anormal compartir un sentimiento!

MATÍAS. — ¡Los sentimientos no están en el aire! Se refieren a personas. A mí y a él.

SARA. — ¿De qué te asustás?

MATÍAS. — De nada. Quien tiene el dilema sos vos, no yo. ¡Bajá! ¡No puedo hablar a la distancia! (*Sube él. Ella baja. Se cruzan en el medio. Por inercia, él sigue*)

subiendo y ella bajando. MATÍAS) Tomá los zapatos. (Se los alcanza. Furiosa, ella los recoge y vuelve a arrojarlos. Él baja rápidamente a su altura, la sujeta del brazo. Se miran)

SARA. — *(tristemente)* Hace años que lo discutimos. Ya está todo dicho, ¿no?

MATÍAS. — Para mí no. Te quiero.

SARA. — ¡No puedo aguantar tus indecisiones! ¡Soltame! *(Se aparta. Sube. Él la sigue. Suben y bajan mientras discuten)* Un día te sentís con ánimo de aceptarlo, al otro día no lo podés ver. Te mostrás como un león en una jaula. Solo te falta mear por los rincones para marcar el territorio. ¿Yo qué hago en el medio?

MATÍAS. — ¿Yo qué hago en el medio? ¿Quién comparte dos hombres? ¿Lo viste en algún lado? No se puede: darle a uno cariño y al otro cariño, lavar la ropa de uno y de otro, compartir la mesa.

SARA. — No comparto la cama.

MATÍAS. — Por poco.

SARA. — ¡Ah, a vos te destruyen los celos!

MATÍAS. — ¿Y cómo no?

SARA. — Ignoralo.

MATÍAS. — Es una presencia, ¡no un fantasma! Yo soy el hombre de tu vida, él es un capricho, una fatalidad.

SARA. — *(se detiene)* A veces las cosas se arreglan por sí solas. En algún momento puedo aclararme. Me levanto una mañana, ¡y el cielo se despejó! Entiendo todo, no más dilema. ¡La solución está ahí!

MATÍAS. — *(se deja caer hasta el suelo, se sujeta la cabeza con los puños)* ¡Te casaste conmigo!

SARA. — ¿Y ahora qué te pasa?

MATÍAS. — Discutir con vos es como batir agua en un mortero. Salpica por todos lados y no queda nada. Ni el agua del mortero queda.

SARA. — ¿Por qué no lo ves de otro modo? Sos egoísta. Él espera en la calle. Ni siquiera se atrevió a venir por su cuenta. ¿O lo fuiste a buscar para echarlo de una patada? Alcanzame los zapatos. (*MATÍAS los recoge, sube*) Gracias. (*Tiende la mano en una caricia*) No te enojés. Traelo. Espera. No está acostumbrado a oírnos discutir como perros.

MATÍAS. — No tengo ganas.

SARA. — Yo no puedo ir. Si voy a buscarlo yo, creeré que solo a mí me importa. Debe de estar tan mortificado...

MATÍAS. — ¡A ese no lo mortifica nada!

SARA. — ¡No es ese! ¡Es un ser humano, con sentimientos, pasiones. ¡Sufre! ¿Cómo se encuentra?

MATÍAS. — (*masticando las palabras*) Bien. Animoso.

SARA. — ¿Protestó?

MATÍAS. — ¡Y cómo! Estaba empacado.

SARA. — ¡Ángel! Tiene su orgullo.

MATÍAS. — ¿No te digo? ¡Lo preferís!

SARA. — Lo conozco de más tiempo. Él estaba antes que vos. Esto no significa que lo prefiera. Él es tierno, pero no se puede comparar.

MATÍAS. — ¡Claro que no! (*Sube y pasa de una soga a otra. Se desliza al suelo cabeza abajo*) ¿Él hace esto? ¿Y esto? ¿Es capaz de esto? (*Espera su reacción. Ella mira impávida. Decepcionado*) Te matabas de risa.

SARA. — (*se disculpa*) ¡Lo vi tantas veces! Hacés siempre lo mismo. Ya me aburrí.

MATÍAS. — (*herido*) ¿Y por qué no le pedís a él que te divierta?

SARA. — ¡Buena idea! Es ágil. Quizás se le ocurra algo distinto.

MATÍAS. — ¿A él? ¡Ahorcarse! ¡Lo único que se le puede ocurrir es ahorcarse!

SARA. — ¡Hablás por envidia! Fue campeón de salto en alto.

MATÍAS. — ¡Y ahora es campeón de arterioesclerosis!

SARA. — Te gusta ofender, ¿eh? (*MATÍAS salta por las sogas*) ¡Eso ya lo vi! ¡Es más ágil que vos, más cortés, más delicado! (*MATÍAS ríe estentóreo. Se cae de las sogas. Se apresura a levantarse frotándose el brazo*) ¿Viste? ¡Él nunca se cae! Tiene buen equilibrio, huesos de fierro. (*MATÍAS se frota una pierna. SARA endulza la voz*) ¿Te lastimaste?

MATÍAS. — Caí de pie.

SARA. — No lo prefiero, tonto.

MATÍAS. — ¿Ah, no?

SARA. — ¡No! En mi corazón cabe una multitud.

MATÍAS. — Entonces, viví con la multitud.

SARA. — ¡No se resuelve así! ¡Con mufa!

MATÍAS. — No tengo mufa. Soy desdichado.

SARA. — ¿Y yo? ¿Estoy contenta? ¿Salto como un pajarito? Si me abandonás, me muero.

MATÍAS. — Para no morirme, elegime a mí.

SARA. — ¡Dejame! (*Sube hasta la cima*) ¡No puedo resolver tan fácilmente!

MATÍAS. — (*sube tras ella*) ¿Quién cuenta más de los dos? ¿Los dos por igual? ¿Somos el zapato derecho, el zapato izquierdo?

SARA. — Estoy escindida. ¡Dejame! Necesito soledad para pensarlo. (*Lo echa*)

MATÍAS. — (*baja. Con furia*) Conclusión: ¡estoy de más! ¡No te importo!

SARA. — ¿Por qué tengo que elegir entre el agua y la sed?

MATÍAS. — (*esperanzado*) ¿Yo soy el agua?

SARA. — No. Vos sos la sed.

MATÍAS. — Definitivamente, está todo aclarado. Finalmente, se resolvió el problema. ¡Ah, me quitaron un peso de encima! ¡Ahora estoy libre, me siento como nuevo! ¡Tan feliz! ¡Me compro un auto, me alquilo una casa en el Delta...! (*Ríe*) ¿Cuánto hacía que no me reía así, con tantas ganas? ¡Qué pesadilla! ¡Se terminó! Para mí, ¡se despejaron los nubarrones! (*Ríe. Bruscamente*) ¡Oh, Dios mío, qué sufrimiento! (*Se golpea*) ¡Me arrancan las vísceras! ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! ¡La perdí! ¡Por ese miserable, ese...!

SARA. — ¡Matías! (*Baja rápidamente*) No, mi amor, ¿qué estás diciendo? (*Se aprieta contra él*) ¿Estás loco? Callate, bobito. Tranquilízate. ¡Si te adoro! Para mí no hay otro hombre. ¡Nunca habrá! Mi cuerpo no podría vivir sin el tuyo. Mis dedos son tuyos, mis piernas, mi barriga, ¡todo! ¡Hasta mi sombra es tuya!

MATÍAS. — (*desvalido*) ¿Es cierto?

SARA. — ¿No lo sabés? (*Se besan*)

MATÍAS. — Entonces, le digo que se vaya. Que no aparezca más. Que... que fue una equivocación de la naturaleza, de... de los sentimientos...

SARA. — Sos impaciente.

MATÍAS. — (*en vena generosa, quiere demostrarle que no lo es*) No, mi amor, al contrario. Es una historia vieja como el mundo. Elegir entre dos personas, entre un pajarito y un gato, entre un zorro y una gallina. Imaginate, tenés que cruzar un río.

SARA. — (*no entiende*) ¿Por qué?

MATÍAS. — Está crecido. Para vos no es problema.

SARA. — ¿Nado bien?

MATÍAS. — Lo cruzás caminando. Hay dos niños y solo podés llevar a uno sobre los hombros.

SARA. — Como San Cristóbal.

MATÍAS. — Exacto.

SARA. — San Cristóbal hubiera llevado a los dos.

MATÍAS. — ¡Pero llevó a uno solo! A Jesús.

SARA. — Porque no había nadie más. ¿Por qué querés disminuirlo? Además, no veo a Jesús siendo egoísta.

MATÍAS. — (*la mira, desorbitado. Insiste*) Imaginate, hay un naufragio.

SARA. — ¿Dónde?

MATÍAS. — En el océano, alta mar. En el bote hay lugar para dos personas. Una sos vos, sabés manejarlo. Los otros no saben. Tenés que elegir.

SARA. — ¿El bote ya está lleno?

MATÍAS. — Es un bote chiquito.

SARA. — Las medidas de seguridad son un desastre. ¿Y dónde estamos?

MATÍAS. — En el barco. Naufraga.

SARA. — ¿Cuántos somos?

MATÍAS. — Tres.

SARA. — ¿Tan pocos en un barco? ¿Y los otros pasajeros? ¿La tripulación?

MATÍAS. — (*subraya, excedido*) Estás-ima-ginando. ¡Son tres!

SARA. — ¡Qué problema! (*Lo piensa*) Un niño no pesa mucho, un viejo no pesa mucho. Compensamos. Si hay un gordo, yo soy flaca. Podemos salvarnos los tres en el bote. Repartimos la comida. Tengo hambre. Del disgusto no comí. (*Sube*) Quiero una manzana. ¿Vos?

MATÍAS. — ¡Yo quiero...! ¡No decidiste nada! ¡Te esca-bullís!

SARA. — (*abre el bolso*) Oh, ¿no la terminarás nunca?

MATÍAS. — ¿Qué contestás?

SARA. — ¡No puedo contestar a sus espaldas! ¡Decidir subrepticamente a sus espaldas!

MATÍAS. — ¡Voy a buscarlo!

SARA. — ¡No vayas! Ahora no quiero verlo. No me sien-to con valor.

MATÍAS. — ¡Qué me importa! (*Sale*)

SARA. — (*le arroja la manzana*) ¡Insistente! ¡Desalmado! ¡Se olvida por un instante y vuelve a las andadas como un maniático! ¡Yo en el medio! ¿Cómo podré decidir entre los dos? ¿Qué pretende? ¿Cómo podré? *Matías aparece trayendo a Vicente, un viejo de as-pecto animoso pero muy frágil.*

VICENTE. — (*se abalanza hacia la columna. En el camino, recoge la manzana*) ¡Sarita! ¿Estás ahí? ¡Mirá qué te traje de regalo! (*Le muestra la manzana. Empieza a subir. Sube dos escalones y se cae uno*)

SARA. — (*se inclina hacia abajo*) No te apresurés. ¡Me ponés el corazón en la boca!

MATÍAS. — Está presente, ¡contestá ahora!

VICENTE. — ¡Es bueno! ¡Me vino a buscar a la plaza!
Estaba aburrido... ¡Pero no pensaba regresar!

SARA. — (*se inclina tendiéndole la mano*) ¡Despacio!

VICENTE. — Ya llego, ¡ya llego...! (*Se cae unos escalones.*
Se aferra. Con una sonrisa de felicidad) Esperá que
tome aire. (*Respira ruidosamente*) ¡Nunca me caí!
Conozco esta casa como... si hubiera nacido... ¡aquí!

SARA. — (abre los brazos) ¡Abuelo!

MATÍAS. — ¡Se abrazan! ¡Soy nada, menos que nada!
¡No puedo aguantarlo!

VICENTE. — ¡Linda! (*La huele*) ¡Qué rico olor! ¿Te acabás
de bañar?

SARA. — Hace un ratito.

VICENTE. — (*sigue oliéndola con delectación*) ¡Una delicia!

MATÍAS. — (*sube*) Esto se termina hoy mismo. No va a
pasar un minuto, un segundo. Si no decidís vos,
decido yo. (*SARA lo mira en silencio*) Quien calla...

SARA. — Asiente. Pero yo no callo ni asiento. Dudo.

MATÍAS. — Una duda que es firme como una roca. Esa
roca me rompe la cabeza, ¡me la aplasta!

VICENTE. — ¿Qué? ¿Por qué grita?

SARA. — No quiere que vivamos juntos.

VICENTE. — (*triste*) Me lo sospechaba. (*Se cae*) ¡Aaaaah!
(*Unos escalones abajo, MATÍAS lo ataja involuntaria-*
mente) Gracias. Sos un hijo para mí.

MATÍAS. — Soy huérfano.

VICENTE. — ¡Qué lástima! Ponete contento. Sos un hijo
para mí.

MATÍAS. — No soy su hijo. ¡Lo odio!

SARA. — Quiere que te vayas.

VICENTE. — ¿Y vos?

SARA. — ¿Cómo me preguntás? Sería como si me arrancaran un brazo, una pierna.

VICENTE. — (a MATÍAS) ¿Ves?

SARA. — Llueve.

VICENTE. — (a MATÍAS, amablemente) ¿Me odiás mucho o podés soportarlo?

SARA. — ¡Llueve! ¡Suban! Subí, abuelo. ¡No te mojés!
(Se arraciman dificultosamente en la punta)

MATÍAS. — Entonces me voy yo. (Toma el bolso)

SARA. — (se lo arranca) ¡No, vos tampoco! ¿No lo comprendés? Te amo. Él es mi abuelo. Me crío.

VICENTE. — Te llevaba a la escuela. (Tose y se cae hasta la mitad)

SARA. — ¡Abuelo! (Baja a recogerlo)

VICENTE. — Ahora soy un fastidio.

SARA. — No.

VICENTE. — Me resbalo.

SARA. — Es la edad. Matías, ¿no se te parte el corazón? Uno cosecha lo que siembra. Y vos sembrás con el puño apretado. Y cuando lo aflojás, no caen semillas sino cascotes.

MATÍAS. — (reticente) Puede vivir bajo las sogas.

SARA. — (se indigna) ¡Al aire libre, bajo la lluvia!

MATÍAS. — Paró de llover.

SARA. — (irónica) Debajo de un puente sería mejor. Más confortable.

VICENTE. — ¿Por qué no seguimos como hasta ahora? Yo estoy cómodo.

MATÍAS. — Le hago un techito. ¿Qué te parece?

SARA. — Los techitos que vos hacés se derrumban en un minuto. ¡Y no pudiste ni terminar la columna!

MATÍAS. — Entonces sobro. Soy tu sed y él es el agua.

VICENTE. — (*admirado*) ¡Oh, qué belleza! No sabía que podías expresarte así.

SARA. — ¿Pero por qué quieres obligarme a alegir? ¡Es una obstinación demente! ¿Cómo vas a sobrar? Si salís por esa puerta, ¡yo me tiro de cabeza, me suicido!

MATÍAS. — No me conmovés con esa historia. Ya no.

VICENTE. — Yo me arreglo con cualquier rinconcito. No discutan por mí. Me quedo dos escalones abajo, ¿está bien?

MATÍAS. — ¡Dame el bolso! ¡Quiero llevarme mi ropa!

SARA. — ¡Me mato!

VICENTE. — ¡No lo digas ni en broma! ¡Nena, nenita...!

MATÍAS. — ¿Cómo te lo voy a impedir? Si no hay más remedio...

SARA. — ¡Ah, cuánta serenidad! ¿Querés que te lo pruebe? ¡Te lo pruebo! ¡No es una tonta amenaza!

MATÍAS. — (*sonríe, para nada convencido*) ¿No?

VICENTE. — ¡Se ríe! ¡Es imposible! ¡Es imposible llegar a estos extremos! ¡Dejá que se vaya!

SARA. — ¡Después los arrepentimientos son inútiles!

MATÍAS. — ¿Dónde están mis pantalones? (*Busca en el bolso*) ¡Se los diste a él!

SARA. — ¡Me arrojo! (*Espera*) ¿No me detenés? ¿Tan tranquilamente permitís que me suicide? ¡Estaré dura, rígida! No respiraré, no comeré. Me pondré flaquita, puro hueso.

MATÍAS. — ¿Y qué importa si estarás muerta?

VICENTE. — ¡Esta conversación me enferma! Tantos amargos con tirarse, ¿y por quién? ¡Por ese imbécil!

SARA. — ¿Entonces no me lo impedís? ¡Muy bien!
Pasará en un instante. Después...

MATÍAS. — Los arrepentimientos son inútiles. ¡Tirate!

SARA. — ¡Sara, Sara!, gritarás, ¡y yo estaré bajo tierra!
¿Sí? ¿Lo hago? (*se arroja, obviamente con la precaución de no caer a plomo. Permanece inmóvil, los ojos cerrados*)

MATÍAS. — (*mira incrédulo*) ¡Sara! ¡Sara!

VICENTE. — ¡Lo hizo! No le creías, ¡y lo hizo! ¡Nenita!
¡Oh, qué dolor, qué dolor! (*Se agarra la cabeza, pierde el equilibrio y cae, con un alarido. Se queda rígido y desparrado*)

MATÍAS. — (*alelado*) ¡Lo hizo! ¡Por mí...! ¡Me cansé de mortificarla! (*Baja rápidamente*) ¡Oh, Dios mío!
¡Sarita, Sarita! (*Se arrodilla junto a ella, la abraza, la besa repetidamente*) ¡Una palabra! ¡Qué egoísta fui! ¡Qué cruel! ¡No entendía, no quise creerte!
¡Y ahora es tarde! Me dejaste solo, ¿cómo pudiste dejarme solo? Tenías razón. Estás bajo tierra y te llamo, ¡Sarita, Sarita!

SARA. — (*después de un momento, abre los ojos*) ¿Viste qué duro es?

MATÍAS. — (*la suelta*) ¡Farsante!

SARA. — Quería probártelo. Pero no de manera tan definitiva.

MATÍAS. — ¡Farsante! ¡Recojo mis cosas y me voy! (*Sube a la columna*)

SARA. — ¡Vení! ¡No te enojés! ¿Querías que fuera verdad? ¿Por qué llorabas tanto entonces? (*Descubre al abuelo*) ¡Abuelito! (*Lo mira compungida. Le levanta un brazo, lo deja caer. MATÍAS suelta el bolso, mira.*)

SARA) ¡Vení! ¡Sos tonto! ¿No ves? Está todo arreglado. Era bueno. Se murió. (*MATÍAS baja. Todavía enfurruñado, le pone la mano en la cintura, ella apoya la cabeza en su hombro. Lo miran. SARA, con acento cariñoso y tranquilo*) ¡Abuelito! (*Suben lentamente, y en cada escalón, dulcemente se besan*)

Telón

Estudio de *La malasangre* y otras obras de teatro

Por Alicia Stacco

[Biografía de la autora]

Griselda Gambaro se destaca como una de las figuras de mayor importancia dentro del contexto social y cultural, tanto dentro del panorama teatral como del narrativo. Nació en el barrio de Barracas, Buenos Aires, el 24 de julio de 1928. Está casada con el escultor Juan Carlos Distéfano.

Comenzó con la narrativa y pronto la alternó con la dramaturgia. Se exilió en Barcelona en 1977, durante la dictadura militar argentina, ya que el 27 de abril de 1977 un decreto del gobierno de facto del general Videla prohibió su novela *Ganarse la muerte*, por ser “contraria a la institución familiar y al orden social”. En 1980 regresó a la Argentina, donde reside actualmente.

En sus obras de teatro hay una preocupación constante por la condición humana (la justicia, la dignidad, el perdón) y las relaciones interpersonales. En sus textos, los vínculos sociales engendran humillaciones, odios y rencores, pero también existen la posibilidad de la rebeldía y el intento de reivindicación. Su literatura está poblada de personajes, generalmente perdedores y débiles por naturaleza, que se ven ante la difícil situación de elegir entre seguir dejándose dominar o

rebelarse; la valentía que requiere esa decisión contrasta con la debilidad de su naturaleza o lo endeble de su situación, y se genera entonces un conflicto profundo entre quienes dominan y quienes son dominados.

En 1965 estrenó su primera obra teatral, *El desatino*. Muchos críticos la entendieron como totalmente desligada de su época y del compromiso social, que el realismo reflexivo imperante había propuesto como eje fundamental para el teatro.

Esta corriente teatral surgió en el Río de la Plata con el estreno en 1961 de *Soledad para cuatro*, de Ricardo Halac. Este teatro fusionó la crítica social de Arthur Miller (dramaturgo y guionista estadounidense) con la tradición teatral realista preexistente en el país (el costumbrismo de Florencio Sánchez, reformulado por Carlos Gorostiza en los cincuenta).

Para Osvaldo Pellettieri, uno de los pioneros en la investigación teatral argentina, *El desatino* fue “fundamental para la evolución del absurdo en Argentina”.

En Teatro Abierto, Gambaro estrenó su obra *Decir sí*. Con el regreso de la democracia, el grupo de Teatro Abierto se dividió, y a partir de 1983 varias obras de la autora se centraron en el tema de la dictadura, entre las cuales destacan *Antígona furiosa*, de 1986, *La casa sin sosiego*, de 1991, y *Atando cabos*, también de 1991.

En esta huida del naturalismo, la autora recoge influencias de las principales corrientes europeas de los años cincuenta, como el existencialismo, el teatro de la crueldad o el teatro del absurdo; sin que sus obras puedan ser clasificadas como completamente pertenecientes a estas corrientes.

La obra narrativa de Griselda Gambaro es numerosa y está construida sobre los mismos parámetros que sus piezas teatrales. Se destacan sus novelas: *Una felicidad con menos pena* (1967), *Ganarse la muerte* (1976), *Dios no nos quiere contentos* (1979), *Lo impenetrable* (1984), *Después del día de fiesta* (1994), *El mar que nos trajo* (2002).

Entre sus obras para niños pueden citarse: *El caballo que tenía un sueño* (2003), *La bolita azul* (2005), *A nadar con María Inés* (2007) y la saga de Giménez: *Los dos Giménez* (2010), *El investigador Giménez* (2011), *Giménez y el Drácula fingido* (2014).

Algunos de sus textos han sido empleados como libretos para óperas. Así, Jorge Liderman utilizó *Antígona furiosa* en 1991 y Gerardo Gandini, *La casa sin sosiego*.

Gambaro ha recibido numerosísimas distinciones, entre las que se cuentan el premio del Fondo Nacional de las Artes, el Municipal de Teatro, el Konex, el de la Fundación Torcuato Di Tella y la Beca Guggenheim.

En 2005 pronunció el discurso inaugural de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, “Del autor al lector”. Fue la primera vez que la Feria fue inaugurada por una mujer.

En 2010, en la Feria del Libro de Frankfurt, Alemania, habló en nombre de los escritores argentinos. En 2011 fue distinguida como doctora honoris causa por el Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA).

En 2012 fue distinguida en Córdoba con el Premio Universitario de Cultura “400 años UNC”.

También recibió el premio Atahualpa del Cioppo, que entrega el Festival Iberoamericano de Teatro de

Cádiz, en reconocimiento a su trayectoria artística. Gambaro cerró su discurso con una alabanza “a la hermosa persistencia del teatro, que nos otorga, seamos público, seamos actores, como a niños asombrados, la eternidad en un día”.

[Análisis de la obra]

Griselda Gambaro ocupa un lugar relevante en la dramaturgia argentina contemporánea. La autora construye un espacio en el que son constantes el análisis crítico de la sociedad y la denuncia de la violencia opresora.

La dominación y la fuerza represiva sobre el otro están presentes en su teatro en la figura del poder avasallador.

Las relaciones entre los personajes de sus obras son expresión de una sociedad enferma en la que hay víctimas y victimarios, represores y reprimidos. Para que alguien ejerza la violencia sobre otro debe haber un cuerpo social que se lo permita. Las víctimas muchas veces son cómplices de sus victimarios o la situación termina transformándose en un juego escénico de cambios de roles, como en *Decir sí*. Esto no significa que en sus obras no quede claro quién es quién y que no se condene la violencia.

Los personajes principales, generalmente, están en conflicto con su propio accionar (como el Hombre de *Decir sí*), con el medio (Dolores, en *La malasangre*;

Antonio, en “Segundas opiniones”) o son destruidos por el entorno (Rafael, en *La malasangre*). Los únicos elementos de la víctima para expresar su impotencia son, a veces, los silencios y los gritos. Por eso, muchas obras acaban con un alarido, un aullido que animaliza a los condenados al mutismo por su mera condición de oprimidos.

La malasangre, escrita en 1981 y estrenada en 1982, poco después de la Guerra de Malvinas, en el Teatro Olimpia de Buenos Aires, está ambientada en la Buenos Aires de la época de Rosas.

La casa familiar es una gran alegoría de nuestro país durante la dictadura de 1976 a 1983, y de la Argentina federal del pensamiento rosista. El país y la casa de Benigno y su familia se rigen bajo el método de la violencia y el terror y dan muestra, de forma sutil, del dilema del argentino frente al totalitarismo.

En la obra se nota claramente la presencia del personaje colectivo (el pueblo) que aprueba con el silencio el terror que acompaña la voz de los pregoneros que anuncian melones y dejan cabezas. La pieza permite reflexionar sobre cualquier gobierno dictatorial (Rosas, el nazismo), sobre cualquier situación de desequilibrio de fuerzas en el delicado manejo del poder, aun fuera de la relación gobernador-gobernado, y apuesta a la rebeldía frente a toda violencia.

Las acotaciones referidas al salón de la casa de Benigno representan todas las gamas del rojo: “...paredes tapizadas de rojo granate. La vestimenta de los personajes varía también en distintas tonalidades de

rojo”, excepto Rafael, al que vestirán de “rojo sangre” al final de la pieza. Benigno es el que lleva el rojo más intenso, más macabro. El Rafael-cadáver al que Dolores puede llorar en la última escena representa a los cadáveres ausentes, a los que no se puede llorar porque desaparecieron.

La violencia se instala con las primeras palabras de los personajes; Benigno se maneja además con violencia física, sobre todo con su esposa, débil y sumisa, no así con Dolores, más fuerte que su madre, contra quien ejerce una violencia sutil, casi cínica. Las relaciones sociales le sirven para desbaratar el capricho de su hija, imponiéndole un marido que la ultraja.

A Dolores la espanta la violencia explícita y, a diferencia de su padre, es más pasional, más impulsiva, su inteligencia le advierte lo que pasa en el exterior. No soporta escuchar el carro de los melones, sabe lo que significa y se enfrenta a su padre para manifestarle que no está de acuerdo con el asesinato, con el horror que se vive. Rafael comparte con ella esa opinión, lo que los unirá mucho más.

El amor de Rafael es para Dolores un escape y una lucha contra ese autoritarismo en el que la sociedad entera está inmersa. Los melones simbolizan esa violencia externa presente en el interior de la casa a través de Fermín, orgulloso criado-bestia, el único que se ensucia las manos con sangre y comunica el exterior con el interior.

Del otro lado, Rafael es un personaje jorobado, que no sigue el recto comportamiento exigido, no viste de rojo, representa al otro bando. Él y Dolores son

los únicos que evolucionan en la pieza. Rafael le da a Dolores aires nuevos y ella le confiere firmeza de carácter. La relación entre ambos es la contrapartida de la de Fermín y Benigno.

En la última escena se revela definitivamente el carácter de la madre, ella no ignora el horror que se vive dentro y fuera de la casa pero no se mete, no toma partido.

La violencia interna familiar explota y sale hacia fuera y desde afuera vuelve a repercutir en lo interno, porque no puede pensarse a la Argentina de 1981 o 1982 sin la remisión al Proceso, y no puede pensarse este proceso sin la referencia a la familia.

El nombre (1974) es una obra protagonizada por un solo personaje, María, una sirvienta, quien a través de su monólogo, intenta recuperar lo que ha perdido: su identidad.

A través de su discurso, el espectador/lector reconstruye la historia. La oposición entre lo dicho y lo omitido es marca presente que permite comprender la historia.

María se compone con un discurso, fragmentado en la búsqueda de su identidad, y con el cuerpo que intenta una y otra vez reconstruirse.

La pérdida se produjo de modo gradual. María narra su vida cronológicamente, mientras que su alocución busca un encadenamiento concreto (contar su biografía), el cuerpo se hace presente con acciones acompañadas por palabras de supuesta incoherencia, que paradójicamente representan lo que la narración opaca u oculta.

Por ejemplo, los gestos que realiza al constatar cómo “moja el sol”.

Dentro de la construcción espacial de la obra, podemos plantear dos espacios: uno real y público que ubica al personaje en la plaza, y otro virtual desde la palabra.

El banco de la plaza que ocupa María es un lugar público, real, único sitio posible para la rebelión, que no llega a ser tal. En cambio, el espacio virtual construido por frases como “Era como una princesa, ahí, en mi pieza, después del trabajo...” denota el estado alienado del personaje.

María se llama con muchos nombres, porque en su fantasía todos valen igual y, por este motivo, se niega a sí misma y pierde su identidad.

Ella cree encontrar algo, pero las relaciones con sus señoras la renombran como Ernestina, Lucrecia, Florencia o la Muda, tanto como ella convierte a cualquier particular en señora. El único personaje que decide llamarla por su nombre es negado. María adopta el nombre de Eleonora y le extrae la identidad a esta última llamándola “señora”. En este sentido, la protagonista nunca desarticula su situación, porque nunca llega en realidad a conocerla. Se encuentra enquistada en el lugar de la oprimida y es manipulada por las distintas “señoras”, encajadas en el lugar de las opresoras. La ruptura del lazo parece imposible porque la violencia está en la interacción, por eso, al final solo puede expresarse mediante el grito, síntesis del vínculo, recurso expresionista que reafirma la queja, es decir, la imposible salida hacia la libertad.

Decir sí es una pieza breve estrenada en el contexto de Teatro Abierto, en julio de 1981, en el Teatro del Picadero de Buenos Aires, dirigida por Jorge Petraglia. El Teatro Abierto reunió a grandes creadores y público de directa oposición al régimen militar instalado en 1976 en la Argentina. La autora lo definió como “una idea del dramaturgo argentino Osvaldo Dragún, que junto con otros creadores y gente de teatro decidieron hacer una serie de veinte obras de veinte autores diferentes, representándose tres por día y donde intervinieron los mejores actores y directores de la Argentina, trabajando todos gratuitamente, como un modo de impugnar política y teatralmente la atomización que había implantado la dictadura militar respecto a la cultura”.

La obra, escrita en 1974, transcurre en una peluquería y tiene dos personajes: el Peluquero y el Hombre. El eje central es el de la relación dominador-dominado.

En *Decir sí*, los objetos de escenario propuestos por las didascalias (acotaciones del autor) —un espejo, un sillón giratorio, utensilios de afeitar, pelo cortado por el suelo— representan una peluquería convencional. No obstante, la actitud del peluquero ante la llegada del cliente (no saludarlo, darle la espalda para mirar por la ventana) constituye el primer indicio de ruptura con la cotidianeidad, con los códigos de comportamiento socialmente aceptados. La relación convencional entre ambos personajes está invertida. Esta vez, el cliente es el que charla, el que canta, el que busca adular y complacer. Frente al enigmático mutismo del peluquero,

asume todo el peso del discurso verbal, busca construir el diálogo. Responde a preguntas que él mismo imagina e intenta verbalizar acertadamente las respuestas de su interlocutor. La palabra del cliente —cada vez más desconcertado— se torna errática e incoherente. Habla, dice, pero sus palabras no le sirven. No pide explicaciones ni alega una defensa. Miente y se miente a sí mismo, intenta engañar y se autoengaña, interpreta, aterrado, los silencios, los gestos, las miradas y las vagas palabras del peluquero, como órdenes a las que obedece sin rebelarse.

Con las palabras justifica lo injustificable y llega, inclusive, a subvertir los datos de la realidad (define la navaja vieja y oxidada como “impecable” y el líquido nauseabundo como “agua de colonia”).

El peluquero retribuye con el silencio la verborragia y se comunica, casi exclusivamente, a través de gestos, muecas o cambios de entonación inquietantes. Invierte la situación e invita al Hombre a sentarse en el sillón, lo degüella, se quita la peluca y la arroja sobre el cadáver de su cliente.

El gesto final muestra al Hombre como víctima de un siniestro engaño. Si el pelo mal cortado era falso y no hubo “culpa”, no existe justificación alguna para el crimen. “Decir sí” significa aceptar, coincidir, pero también, someterse. El cliente, salvo tímidos e inútiles intentos de rebelión, acepta ocupar la figura complementaria de la víctima.

En la columna (1994) reúne los títulos de las tres sintéticas piezas: “Segundas opiniones”, “Caminos

indirectos” y “Razones de espacio”. Fue estrenada en 2001, dirigida por Helena Tritek.

Las escenas se desarrollan en torno a una columna que tiene un manojó de sogas en la parte alta y está rodeada por tarugos en el piso a los que los actores amarran las sogas en diferentes momentos. Esta propuesta circense permite un juego escénico permanente.

La columna, en las dos primeras piezas, remite a una realidad concreta: es un poste; en la última, sin embargo, puede ser la vivienda de tres personas o un nido de aves.

Esta división también se mantiene temática y estilísticamente. “Segundas opiniones” y “Caminos indirectos” están relacionadas por la presencia de un mismo personaje en las dos obras (Antonio).

En “Segundas opiniones” se expresa con ácido humor el resultado de la falta de un pensamiento propio. Se pone en escena la exasperación que provoca el repetir prejuicios y frases hechas y los errores que se cometen cuando se intenta salvar la incomunicación.

NICO. — Mi cuñado dice...

ANTONIO. — Es su opinión. ¡Entérrala!

Los diálogos se construyen con palabras huecas, acompañadas a veces de una gestualidad cómica.

Estas personas no establecen una sincera comunicación entre sí y el vínculo culmina con un desenlace compulsivo.

Aunque se trata de obreros especializados, el tema no recae directamente en un conflicto laboral sino en la incomunicación que se puede establecer entre dos hombres que comparten muchas horas de trabajo.

En ese clima, desde el inicio se reconoce la dramaturgia de Gambaro: por un lado, la incomunicación que se plantea a partir de las modalidades caracterológicas de cada individuo; por el otro, la acumulación de molestias que provocan reacción en uno de los sujetos y recae en la violencia.

El aislamiento comunicacional de los personajes y el sadismo burlón de las constantes recomendaciones de Nico hacia su compañero van *in crescendo*, transformando el clima escénico en insoportable hasta desembocar en el asesinato del final y la alocada carrera del homicida en su bicicleta.

(ANTONIO se le tira encima, lo agarra por el cuello, aprieta.)

En la segunda obra continúa Antonio en escena frente a otro personaje, también con características peculiares, pero que acierta al no provocar la ira de su compañero y consigue, por el contrario, llegar a conmovirlo con su historia familiar.

Finalmente, en la tercera obra, la autora cambia el clima en más de un sentido. Para empezar, son personajes que tienen una relación familiar (un matrimonio y el abuelo de ella), que viven en el poste y remiten, no explícitamente, a la noción de hogar. El conflicto se insinúa con la presencia del viejo que entorpece la

relación amorosa de la pareja. Sara, que aparenta no tomar conciencia de ningún daño y que no encuentra sitio para el abuelo, es quizás el personaje más malicioso de estas tres piezas, que sugieren un micromundo en el que predominan la fugacidad y lo inasible.

Así, las ideas, los sentimientos y las actitudes se desenvuelven alrededor de ese poste, elemento central de las tres obras. Cualquiera que sea el lugar en que se sitúen, todas estas historias tienden trampas a sus protagonistas, gente sin rumbo y quizás en situación de peligro, como suele suceder con los personajes de Gambaro.

[Índice]

A título personal GRISELDA GAMBARO	5
La malasangre	11
El nombre	83
Decir sí	91
En la columna	103
Estudio de <i>La malasangre y otras obras de teatro</i> ALICIA STACCO	141

Aquí termina este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí termina este libro que has leído,
el libro que ya eres.



9 786078 842735

¡El silencio grita! ¡Yo me callo,
pero el silencio grita!

Una nueva edición de la aclamada obra teatral de la dramaturga argentina Griselda Gambaro. En ella quedan condensadas las profundas desigualdades y asimetrías de la sociedad.

Tres obras acompañan a *La malasangre: El nombre, Decir sí* y *En la columna*. La mirada de Gambaro, crítica y aguda, nos deja atónitos ante los hechos aberrantes y por demás naturalizados del mundo que nos rodea.

www.loqueleo.com/mx

loqueleo®

 SANTILLANA®